

ON
IA
OS
IA
IA
IA

02214

Tít.: Discursos : leídos ante la Rea
Aut.: Mérida y Alinari, José Ramón (18
Cód.: 501142914



DPO-2014

IBERIA ARQUEOLÓGICA ANTE-ROMANA

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1906



MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

Impresor de Cámara de S. M. y de la R. Acad. de la Hist.

C. de San Francisco, 4.

1906



3º-5.363,

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

SEÑORES ACADÉMICOS:

No con fórmulas de cortesía ni con artificios retóricos, quiero manifestaros en esta solemne ocasión y momento dichoso de mi vida, la gratitud que os debo por haberme elegido para que venga á sentarme entre vosotros, en este alto Tribunal de la Historia patria: aceptad hoy, como muestra de los sentimientos que me embargan, difíciles de ser expresados con palabras, la diligencia en el presentarme á recibir la preciada medalla que honrará mi pecho; acredítelos mañana, en todo momento, mi solicitud en auxiliar vuestras doctas tareas. Y al prometer tanto, bien se me alcanza la escasez de mis fuerzas, que aún menguadas me parecen al dirigirme á quienes poderosas las mostraron; pero justamente de éstas vuestras tan superiores esperan fundamentalmente las mías generosos estímulos.

Ejemplo y estímulo hallo por herencia nobilísima en la provechosa labor del insigne varón á quien vengo á suceder, D. José María Asensio y Toledo, por ella benemérito de la Patria, pues enamorado de sus glorias vivió para enaltecerlas. Rindió culto en primer término al genio que la sintetiza, y en lenguas de la fama universal la representa en un portentoso libro, el *Quijote*, consiguiendo notables esclarecimientos en la bio-

grafía de su autor, y ganando con ello honroso título de cervantista. Señaló bizarramente su admiración á las Letras y las Artes de nuestro siglo de oro, rescatando del olvido y haciendo reproducir en magnífico facsímile el *Libro de descripción de verdaderos retratos* de Francisco Pacheco, cuya biografía, acertadamente trazada, le llevó á enriquecer en algún punto la del gran Valázquez, el pintor español por excelencia, y por ello imán poderoso del entusiasta investigador para tal conquista. Glorificó el hecho capital que marca punto de partida á la Historia moderna del mundo, el descubrimiento de América, narrando la vida del inmortal descubridor Cristóbal Colón. Fué Asensio, en suma, hombre recto y bueno, cuyo espíritu magnánimo y generoso se complació en ensalzar y venerar las altas manifestaciones que de su pujanza dió el espíritu nacional en los días memorables de la grandeza española.

Y pues cada uno debe aportar aquí, como contingente á la obra común, el fruto de sus estudios, aceptad el que vengo á ofrecer, modesto como mío: obrero de la Ciencia soy, que eso somos no más los arqueólogos, y como tales, á semejanza de los mineros que de entre las escorias sacan el preciado metal, tenemos por misión exhumar de entre las cenizas de lo pasado sus restos auténticos, para que con ellos puedan reconstruir el templo de la Historia sus esforzados arquitectos y consagrarle sus inspirados sacerdotes.

Al contemplar todos esos restos que, merced al esfuerzo de varias generaciones de arqueólogos, se cuentan ya por miles y miles; al observar su variedad inagotable, y reconocer en ella los productos de distintos

pueblos y razas, naciones y épocas, creencias y leyes, costumbres y gustos, estados de cultura y momentos psicológicos, siéntome poseído de un deseo vivísimo é insaciable de reconstituir, siquiera sea por vía de ensayo ó avance, páginas históricas ignoradas, tan sólo comprensibles al observar las huellas de la vida humana en el tiempo y en la mudable corteza terrestre. No todas las fases de esa vida tuvieron su cronista, ni al lenguaje por medio de expresión. Forman ellas entre sí una cadena cuyos eslabones le es dado apreciar al arqueólogo mejor que á nadie. Y si la repasamos desde lo más conocido y general á lo más recóndito, de la escritura pasaremos al ideograma, del ideograma al símbolo, del símbolo á la imagen; diversos grados en la manera de expresar el pensamiento de lo material á lo abstracto, y variedades plásticas de un lenguaje, que se suman en uno solo, universal y eterno, á través de las edades: el Arte, el que de un modo directo, sintético y expresivo nos revela lo que á la Historia escrita sólo es dable en largas é incompletas páginas que á veces no son más que trasunto ó copia desfigurada de las auténticas y perdidas. ¿Dónde expresión más clara y exacta del espíritu religioso de los egipcios que en sus magníficos templos y tumbas, que son por cierto en las que más el hombre glorificó la muerte? ¿dónde del poder despótico de los reyes asirios, sino en las series monotonas de relieves de sus palacios, en los que se cantan en vigoroso ritmo plástico las conquistas con que esclavizaron pueblos enteros, los épicos deportes y voluptuosos placeres á que se entregaron? ¿dónde la superioridad intelectual y material de la Grecia, sino en aquellas Acrópolis, bosques sagrados y demás centros de piedad y de cul-



tura á la vez, en los cuales periódicamente se congregaban aquellos hombres libres, cuyos hechos famosos quedaron allí consignados en mármoles y bronce de incomparable belleza, como su poderío en los atléticos desnudos de Policeto y su elegancia sin par en los efebos de Praxiteles? ¿dónde, en fin, el espíritu cristiano y caballeresco de los siglos medios, sino en los imponentes monasterios fortificados, en las góticas catedrales de nervuda estructura y en el austero simbolismo de sus arcáicas imagerías?

Tales restos, en que aún palpitan los sentimientos y viven las ideas de las edades y los pueblos que pasaron, son oportuno y utilísimo comentario de los otros restos de Historia escrita: preciosos aquéllos para suplir las deficiencias de éstos; inapreciables é imprescindibles cuando se trata de páginas históricas incompletas, escasas, obscuras, tal vez en blanco, aguardando al historiador que haya de escribirlas á la luz de los conocimientos modernos.

En este caso se halla el período ante-romano de nuestra Historia, del cual sólo registran las obras doctrinales vagas referencias de los escritores antiguos, reduciéndolo los modernos á tan breve espacio, que en más de un manual aparecen mencionados á la par hechos como las poblaciones de iberos y celtas, tan distantes en miles de años, que la primera está considerada como la que dejó sus huellas en la formación geológica cuaternaria, y la segunda se registra como acontecimiento notado en el SO. de Europa á principios del siglo IV antes de Jesucristo, habiendo ocurrido en el intermedio los repetidos viajes á nuestras costas de distintas gentes fenicias y griegas, que fundaron importantes colonias y

ejercieron indudable influencia en los naturales, como que los colonizadores traían la civilización, y los naturales eran salvajes que de ellos la recibieron poco á poco. Y este hecho capital, que constituye toda una evolución, la primera que sufrieron los españoles desde el más remoto y obscuro prehistorismo hasta la luz de la civilización, cuyos anales constituyen la Historia, con ser tanta su transcendencia, no ha merecido aún toda la atención que reclama de nuestros modernos historiadores, acaso porque no es apreciable en toda su magnitud y en su lógico desarrollo más que desde el campo de la Arqueología.

El problema no es nuevo: señalaronle primeramente, con relación á las monedas caracterizadas por las llamadas *letras desconocidas*, en el siglo xvi, el insigne prelado D. Antonio Agustín (1); en el xvii, el erudito Don Vicencio Juan de Lastanosa (2); en el xviii, bajo los auspicios de esta Academia, su digno individuo Don Luis José Velázquez, Marqués de Valdeflores (3), y el inolvidable P. Flórez (4), á quien son debidos los sólidos fundamentos de la Numismática española. Pero la gloria de haber puesto de manifiesto en toda su magnitud el variado cuadro que ofrece nuestra Arqueología

(1) *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, por D. Antonio Agustín, Arzobispo de Tarragona: Tarragona, 1587.

(2) *Museo de las medallas desconocidas españolas*, por D. Vicencio Juan de Lastanosa: Huesca, 1645.

(3) *Ensayo sobre los alphabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*, por D. Luis Joseph Velázquez, de la Academia Real de la Historia: Madrid, 1752.

(4) *Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*, por el R. P. Enrique Flórez: Madrid, 1757 y 1758.

ante-romana, corresponde al siglo XIX, en el que las investigaciones relativas á la prehistoria, llevadas á cabo por mi maestro D. Manuel de Assas (1), por D. Casiano de Prado (2) y por los Sres. Góngora (3), Vilanova (4), Tubino (5), Villaamil y Castro (6), Martorell y Peña (7), Sampere y Miquel (8), y los trabajos dedicados á las antigüedades del período que se ha llamado protohistórico y que yo llamaría colonial, debidos al P. Lasalde, á los Sres. Rada y Delgado, Savirón y otros eruditos (9), dieron oportunidad á obras de más empeño, como son las del sabio epigrafista R. P. Fita, honra

(1) *Nociones fisiónómico-históricas de la Arquitectura en España*, por D. Manuel de Assas: *Semanario Pint. Esp.*, 1857.

(2) *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, por D. Casiano de Prado: Madrid, 1864.

(3) *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, por D. Manuel de Góngora y Martínez: Madrid, 1868.

(4) *Geología y Protohistoria ibéricas*, por los Sres. D. Juan Vilanova y Piera y D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.—Volumen de la *Historia general de España*, publicada por *El Progreso Editorial*: Madrid, 1893.

(5) *Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal y los aborígenes ibéricos*, por D. Francisco María Tubino: *Museo Español de Antigüedades*, tomo VIII, página 303.

(6) Véanse en el *Museo Español de Antigüedades* las monografías de D. José Villaamil y Castro sobre joyas y bronce en los tomos III y VI, y en el VII la que dedicó á *Los castros y las mamoas de Galicia*.

(7) *Apuntes arqueológicos* de D. Francisco Martorell y Peña: Barcelona, 1879.

(8) *Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*, por D. Salvador Sampere y Miquel: *Revista de Ciencias históricas*, tomo I.

(9) Véase buena parte de esta bibliografía en *Las Esculturas del Cerro de los Santos (Cuestión de autenticidad)*, por J. R. Mélida: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1903 á 1905) y tirada aparte: Madrid, 1906.

de esta Academia (1), y las del eminente humanista y arqueólogo D. Manuel Rodríguez de Berlanga (2), dedicadas al tema antes harto obscuro de la antigua población de la Península ibérica, al que también dedicó un docto libro el ilustre Académico D. Francisco Fernández y González (3), y los notabilísimos estudios de Don Joaquín Costa (4), que son también investigaciones históricas á las que prestó especial auxilio la Arqueología.

Sería injusto dejar de reconocer la parte principal que en el esclarecimiento de nuestra Arqueología anteoromana han tomado algunos sabios extranjeros. Basta recordar, respecto de la Prehistoria, los nombres de los hermanos Siret (5) y de M. de Cartailhac (6); acerca de las antigüedades greco-fenicias, los de MM. En-

(1) *El Gerundense y la España primitiva. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del R. P. Fidel Fita y Colomé, de la Compañía de Jesús, el día 6 de Julio de 1879*: Madrid, 1879.—*Busto de Pallas recién hallado en Denia. Museo Español de Antigüedades*, VIII, 65.—En el *Boletín de la Real Academia de la Historia* véanse, entre otros trabajos de suma importancia, *Lámina celtibérica de bronce hallada en el término de Luzaga*, II, 160, y *Templo de Serapis en Ampurias*, III, 130.

(2) *Introducción* (474 págs.) á la obra *Los bronzes de Lascuta, de Bonanza y de Aljustrel*, que publica Manuel Rodríguez de Berlanga: Málaga, 1881.

(3) *Primeros pobladores históricos de la Península ibérica* (tomo II de la *Historia general de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia*): Madrid, *El Progreso Editorial*, 1890.

(4) *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*: Madrid, 1881.—*Estudios ibéricos*: Madrid, 1891 y 1895.

(5) *Les premiers âges du métal dans le sud-este de l'Espagne*: Amberes, 1887.

(6) *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*: París, 1886.

gel (1) y Heuzey (2) y D. Jorge Bonsor (3). Y es necesario declarar que la primera obra en que se sistematizó con admirable precisión esta difícil materia, se trazaron sus líneas generales y se fijaron sus varios aspectos, es debida al insigne profesor alemán Emilio Hübner (4), para mí maestro cariñoso inolvidable.

Como consecuencia de todo esto y de los numerosos é importantes descubrimientos de los últimos años, otro sabio extranjero, el distinguido arqueólogo francés M. Pierre Paris ha escrito una obra especial de conjunto, en la cual (5) trata de nuestras antigüedades antero-romanas, no prehistóricas, de las que ofrece, según se propuso y declara, «un inventario, un *corpus* provisional,» absteniéndose intencionalmente de señalar fechas, para lo cual espera más seguros esclarecimientos.

(1) *Rapport sur une Mission Archéologique en Espagne* (1891), por M. Arthur Engel. *Extrait des Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires*, III, 1892: París, 1893.— Posteriormente ha publicado el autor algún otro trabajo análogo en la *Revue Archéologique*, 1896.

(2) *Statues espagnoles de style greco-phenicien (Question d'authenticité)*, par M. Leon Heuzey.— *Comptes Rendus de l'Academie des Inscriptions et Belles Lettres*: París, 1890, y *Revue d'Asyriologie et d'Archéologie orientale*: París, 1891. *Le Buste d'Elche et la Mission de M. Pierre Paris en Espagne. Comptes-Rendus de l'A. des S. et B. L.*, 1897. *Le Taureau caldéen a tête humaine. Monuments et memoires* (fundación Piot): París, 1890. Sobre el busto de Elche, véase la bibliografía especial que insertamos en *Las Esculturas del Cerro de los Santos*: Madrid, 1906.

(3) *Les Colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Bétis*, por J. Bonsor. *Extrait de la Revue Archéologique*: París, 1899.

(4) *La Arqueología de España*, por el Dr. D. Emilio Hübner: Barcelona, 1888.

(5) Pierre Paris, *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*: París, 1903-1904; dos tomos en 4.º ilustrados.

Por mi parte, como fruto de los estudios que desde hace años vengo haciendo especialmente de las antigüedades españolas de ese período, voy á ofrecer á vuestra consideración un bosquejo no más, trazado tan sólo por vía de ensayo de la indicada evolución de los iberos, desde su salvajismo á su civilización, según creo verla reflejada en la variedad de monumentos y objetos descubiertos en la Península ibérica, los cuales me propongo utilizar para reconstituir, por vía de ensayo también, el cuadro cronológico de tal hecho.

Voy á tratar, en suma, con la posible brevedad, de

IBERIA ARQUEOLÓGICA ANTE-ROMANA

Menester es no perder de vista, cuando de Iberia se trata, que, situada en el confín occidental del mundo antiguo, las razas que la poblaron y los pueblos que se dividieron su imperio, no vinieron á ella sino en el curso ó al término de sus inmigraciones, ó guiados del espíritu de expansión propia de gentes colonizadoras por miras comerciales, ó como invasoras por la fuerza de un éxodo á causa de sucesos registrados en la historia del Oriente. Han sido, pues, tales oleadas pobladoras á manera de repercusiones que, por una especie de ley dinámica de la Historia, se dejaron sentir en la Península, como en otros extremos del mundo entonces conocido (en Egipto la invasión de los Hyksos, en la India la expedición de Alejandro), de movimientos generales de la vida colectiva, iniciados en los grandes centros de la misma.

No me detendré á tratar de la diversidad de gentes que vinieron á nuestra Península antes que los roma-

nos. Nuestro problema étnico está esclarecido con noticias copiosas é investigaciones sabias y bien orientadas, hasta donde lo permitieron las referencias de antiguos geógrafos é historiadores. No trataré de dilucidar el punto más obscuro en esta materia, el origen y dirección que trajo la gente ibera de quien tomó nombre la Península y su río principal y más conocido; pues mientras etnólogos é historiadores han supuesto su venida por el Norte, arqueólogos y antropólogos, conformes en reconocer las huellas y los restos de una raza mediterránea, dan fundamento á señalarla por el Sur. Y tampoco procuraré esclarecer si fueron dos oleadas de esa raza ó dos inmigraciones de gentes distintas, ó la evolución natural de una sola, á lo que debemos las dos fases de la vida primitiva que diferenciamos por los productos típicos de su industria: la piedra tallada y la piedra pulimentada; fases que en la Edad prehistórica constituyen épocas cuya respectiva duración de siglos tan sólo de un modo indeterminado podemos apreciarla en el tiempo, siendo perceptibles, con toda su total diferencia, en las formaciones geológicas del planeta, que al ofrecernos, en sus estratos producidos por aluviones y corrientes de agua en las depresiones y quebraduras de la tierra, aquellos primeros testimonios de la actividad humana, con los restos orgánicos de la vida en tan remotos días, nos permiten conocer que aquella época arqueológica de la piedra tallada corresponde á la época geológica cuaternaria, determinada por los fenómenos meteorológicos del período glacial; época en que el hombre conquista su dura existencia en épica lucha con la inclemente naturaleza, teniendo que disputar á los grandes y fieros mamí-

feros de especies extinguidas las ásperas cavernas para asentar en ellas su morada; y que la época de la piedra pulimentada se desarrolla ya en la formación geológica actual, durante largos días de clima templado que favorece la vegetación embellecedora de la vida, y el crecimiento de animales dóciles y útiles al hombre.

Esta materia, en la que se enlazan por modo lógico y necesario, como partes integrantes del saber, las ciencias naturales con las ciencias históricas, prestando aquéllas á éstas el rigorismo de sus principios, fué tratada ante vosotros doctamente, en ocasión memorable, por D. Juan Vilanova (1), Profesor insigne y propagandista de estos conocimientos, el cual, en uno de sus primeros trabajos sobre el particular (2), señaló la singular importancia de la estación prehistórica de San Isidro, junto al río Manzanares, en Madrid, al hacer constar que las típicas hachas de pedernal en ella encontradas lo fueron á una profundidad de 18 y 19 metros, en vez de seis que fué la mayor á que se hallaron en las estaciones de Picardía, en Francia, y en otros puntos, lo cual da «al *aborigen* ibero, son sus palabras, una fecha mucho más remota que la atribuída á los restos encontrados en condiciones análogas en otros países del continente europeo.»

Sin olvidar este dato, importantísimo y primero, ni tomar en cuenta los inciertos que del hombre terciario fueron señalados hasta en la misma Península, los

(1) *Discursos leídos en la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Dr. D. Juan Vilanova y Piera*: Madrid, 1889.

(2) Vilanova, *Estudios sobre lo Prehistórico español*: Museo Español de Antigüedades, tomo I, pág. 136.



hallamos del cuaternario en la formación diluvial de la campiña madrileña cuyo núcleo más importante es el cerro de San Isidro; en cavernas, como la llamada Cueva de la Solana, en la provincia de Segovia; la del Colle, en León; la de Altamira, en Santander; la conocida con el apelativo de *Lóbrega*, en Logroño; la del Serinyá, en Gerona; las de Valencia y Alicante, de Murcia y de la sierra de Andalucía; y en Portugal, la de *Fourninha* y la señalada con el pintoresco nombre de *Casa da Moura*. Aunque á estos yacimientos se añadan otros que fueron registrados por investigadores y viajeros (1), el cuadro paleolítico de la Península se nos ofrece muy pobre, mientras no se practiquen nuevas y más eficaces exploraciones, sabiamente dirigidas, en nuestro subsuelo geológico. Lo descubierto basta, sin embargo, para apreciar que la vida paleolítica fué aquí menos intensa, aun con haber sido más larga, puesto que empezó primero que en Francia, donde se han reconocido varios períodos de ella señalados por distintos tipos de instrumentos de piedra. Aquí tan sólo podemos señalar hasta el presente el período primitivo, representado por el hacha de San Isidro, cuyo tipo se ha comparado acertadamente con el *chellense* de

(1) Vilanova y Rada y Delgado, *Geología y Protohistoria ibéricas* (volumen I de la *Historia general de España* escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo): *El Progreso editorial*, 1893. Esta obra contiene copiosos datos y un mapa de los yacimientos en que fueron halladas las antigüedades en la Península.

Para las cuevas, debe consultarse el *Catálogo geográfico y geológico de las cavidades naturales y minas primordiales de España*, por D. Gabriel Puig y Larráz: Madrid, 1896.—*Anales de Historia Natural*.

Francia, no faltando instrumentos de formas más prolongadas ó amigdaloides, que recuerdan el *musterien*-se de aquel país, y, por fin, como en analogía con el tipo de la Cueva de la Magdalena, último del cuadro de clasificación paleolítica de nuestros vecinos, tenemos el período que el Sr. Vilanova llamó *mesolítico* y consideró como de transición á la segunda época prehistórica. De ese período reconoció, entre otras estaciones, la de Altamira, señalando algo que á nuestro punto de vista importa mucho: la aparición del Arte.

Discutida entonces la autenticidad de las pinturas de la Cueva de Altamira por propios y extraños (1), éstos han sido los primeros en reconocerla cuando descubrieron en cuevas de la Dordoña (2) los términos de comparación, ó sea pinturas cuyos motivos son figuras de animales, toros ó bisontes y ciervos, trazadas igualmente con peregrina ingenuidad é instintivo realismo en la roca, y pintadas de almazarrón y de ocre, en sitios, mejor en antros hondos y totalmente oscuros, donde no pudieron ser ejecutadas ni vistas más que á la luz de antorchas por gentes que pues conocían el fuego y de

(1) Sautuola, *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*: Santander, 1880; 27 páginas y 4 láminas.—*La Gruta de Altamira. Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. Tirada aparte: Madrid, 1886. Folleto de 19 págs. Contiene la discusión mantenida entre el Sr. Vilanova y el Sr. Lemus sobre la autenticidad de las pinturas de la dicha gruta.

(2) En 1902, con motivo de los descubrimientos de la Dordoña, publicaron artículos los Sres. Hoyos, Sáinz y Lemus en *El Cantábrico* y Mérida en *El Correo*. *La Nature*, tomo de 1902, pág. 22, contiene un curioso trabajo de los Sres. Dr. Capitán y Abate Breuil, titulado *Origines de l'Art. Les Gravures sur les parvis des grottes préhistoriques anciennes*.

su llama se guiaban para ello, cumpliendo acaso ritos que desconocemos, y á tales intentos unían el sentimiento estético, sin duda alcanzaban cierto grado de progreso. No es una caverna, sino un grupo de ellas, lo que en la Dordoña, ó sea hacia el SO. de Francia, da razón de tales gentes; y en España no es sola tampoco la Cueva de Altamira, pues merced á las exploraciones realizadas con feliz acierto por D. Hermilio Alcalde del Río (1) en la misma región santanderina, podemos registrar otro grupo idéntico de cavernas, que, comenzando con la mencionada, cuenta en las de Covalanas, Hornos de la Peña y Castillo, suficientes ejemplares de esas pinturas con iguales toros ó bisontes, cabras, ciervos y caballos que parecen representar el fetichismo de un pueblo cazador, del que hasta ahora no conocemos otras manifestaciones. La representación del hombre no aparece en tales pinturas. Las creencias religiosas de ese pueblo, que llamaremos de las cavernas decoradas, señalaba sin duda al animal como símbolo, y en él, por consiguiente, el objeto de inspiración de los artistas. Estos lo eran por instinto todavía inculto; no se habían señalado las diferencias entre las artes; el hombre prehistórico, que había comenzado por esculpir en trozos de asta, desarrolló sus aficiones figurativas por medio del grabado; y al emplearlo en la bóveda de la Cueva de Altamira, lo hace alguna vez aprovechando salientes de la roca, para que la figura tenga relieve, y no solamente graba ó dibuja,

(1) *Las Pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander, Altamira, Covalanas, Hornos de la Peña, Castillo*, por Hermilio Alcalde del Río: Santander, 1906; 4.º, 90 págs. y 10 estampas.

sino que ilumina lo dibujado. El color, empleado, como es consiguiente, en tinta lisa, no sirve al decorador más que para que la figura destaque del fondo, y solamente se advierte su intento de imitación del natural en el color rojo ú ocre con que recuerda el pelo de los cuadrúpedos representados. El Arte está esencialmente en el dibujo ingenuo, sencillo, revelador de una observación del natural tan justa, que admira á los artistas de hoy, hasta el punto de haberse algunos tornado incrédulos en la antigüedad de tales pinturas, sin comprender que el Arte, cuanto más inconsciente y más falto ó desligado de tradiciones de escuela y de principios sabios, es más verdadero, y su expresión de la realidad más exacta. No es de extrañar, por lo tanto, que los aciertos de los decoradores de la región santanderina y de la Dordoña, se hayan comparado justificadamente con los efectos que da la fotografía instantánea cuando sorprende y desarrolla ante nuestros ojos el galope de un caballo (1). Aquellos decoradores, en su empirismo, desconocen el valor que la figura puede tener como elemento decorativo; no saben agruparlas, disponerlas en series; aisladamente las concibieron y las trazaron, sin orden ni conexión, en confuso amontonamiento, como el artista de hoy lo hace en una hoja de papel por ejercitar la mano y ensayarse en el dibujo de un motivo. Es que la humanidad comenzaba su aprendizaje artístico. (Véase lám. I.)

Los grupos de cavernas decoradas, santanderina y dordoñense, se nos ofrecen hoy, mientras ulteriores des-

(1) Salomón Reinach, *Apollo*, pág. 7, figs. 5 y 5 a; y *L'Art et la Magie*, artículo en *L'Antropologie*, 1903, pág. 257.

cubrimientos no permitan conocer la generalización de tal signo de cultura, como huella de tribus congéneres que aisladamente vivieron en esas comarcas. En las cuevas santanderinas se advierten, además de las figuras de animales, unos signos ó combinaciones lineales que se comprende debieran tener una significación; y aquí debo decir que desde que tuve conocimiento de estos signos, y á su vista acudieron á mi memoria los de Fuencaliente y la Batanera, en la provincia de Ciudad Real; de la *Cueva de los Letreros*, en la provincia de Almería; los de Zuheros y Cuevas de Carchena, en la provincia de Córdoba (1), más los registrados en las islas Canarias (2), y al propio tiempo recordé las pictografías prehistóricas descubiertas en Egipto estos últimos años (3), el recuerdo me llevó á la comparación, y ésta á descubrir singular semejanza entre algunos signos españoles y otros egipcios. Aquéllos y éstos se ofrecen como los rudimentos de la escritura, jeroglíficos de valor todavía ideográfico. Las pictografías de las rocas del Egipto convencen pronto de que son la forma embrionaria y prehistórica de un sistema de escritura que constituye luego una de las características de la civilización, la cual, comprendiendo casi toda una edad histórica, se desarrolla en aquel país; sistema que representa el paso natural del Arte á la caligrafía. En las pic-

(1) Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, páginas 60 á 75, figs. 67 á 87.

(2) *Noticias sobre los caracteres jeroglíficos grabados en las rocas volcánicas de las islas Canarias*, por M. Sabin Berthelot.— *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid*, tomo I (1876), página 261.

(3) Morgan, *Les origines de l'Égypte*, pág. 161, fig. 482 y lámina II.

tografías egipcias vemos figuras de hombres, de cuadrúpedos, aves y peces; barcos, las líneas onduladas que representan las corrientes aguas del Nilo; pirámides, que acaso eran sepulturas, también en su forma embrionaria, y otros macizos que acaso figuraban territorios ó circunscripciones de familias ó tribus. Es de tener en cuenta que tan peregrinas manifestaciones de la escritura ideográfica corresponden al período neolítico del Egipto, el mismo período á que parecen corresponder los signos de las cuevas de Santander, y tal vez las de Ciudad Real y Andalucía. Respecto de las cuevas sanderinas, y puesto que el período geológico á que pertenecen parece haber sido de transición, sin violencia puede admitirse que los signos sean obra y señal de progreso de las gentes que sucedieron en tales viviendas á los que las decoraron con figuras de animales; y en vista de las apuntadas analogías ideográficas, cuando creo reconocer, peor trazados que por las manos egipcias, pero por igual sistema, macizos ó circunscripciones de familias ó tribus, canoas ó barcos, me asalta la sospecha de que las gentes que por tal medio esbozaban en nuestra Península el arte de la escritura fuesen originarias del Egipto (1).

(1) Sobre el origen africano de los iberos, véanse: Dr. Atgier, *Maure, Ibere et Berbère. Extrait des Bulletins et Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris*: París, 1904.—Hoyos, Sáinz y Aranzadi, *Un avance á la Antropología de España*: Madrid, 1892.—Antón y Ferrándiz, *Razas y naciones de Europa. Discurso leído en la Universidad Central en la solemne inauguración del curso académico de 1895 á 1896*.—Cráneos antiguos de Ciempozuelos. Informe: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXVIII (1896).—*Razas y tribus de Marruecos*: Madrid, 1903.

Todavía he de señalaros analogías más evidentes de esta relación en el curso del período neolítico ibero. Pero dando aquí, desde el punto que alcanzamos en nuestro discurrir á través de los siglos, una última y vasta ojeada al período paleolítico; al observar la semejanza de los instrumentos de pedernal egipcios y españoles, mayor aún que con los franceses, y recordar que en aquellos remotos días geológicos nuestra Península estuvo unida al continente africano, se me representa la población paleolítica como impulso de la vida humana que desde el Africa se propaga á nuestra Península, desde ésta pasa á Francia, y por fin la vemos como relegada al Norte, á la Escandinavia, donde la industria de la piedra tallada adquirió mayor perfeccionamiento y perduró más tiempo, aislada del movimiento histórico de las regiones meridionales. No hago más que apuntar una presunción, por si ulteriores descubrimientos consintieran darle carácter de hipótesis.

¿Quién podrá señalar fechas al desarrollo del período neolítico, cuando es un hecho que no necesita comprobaciones el sincronismo prehistórico? Si por punto de partida aceptamos una antigüedad de ocho mil á diez mil años antes de Jesucristo, que calculan los geólogos á la época en que acabó la formación cuaternaria, y como término, en Oriente, la aparición de los focos primeros de la civilización, Egipto y Babilonia, ó lo que es igual, la constitución de aquellos pueblos bajo un régimen político, punto de partida de la cronología hacia el año 4000 antes de Jesucristo; en el Norte y centro de Europa, la época incierta en que se dejó de enterrar en dólmenes, fecha que en general se supone anterior al

año 1000 antes de Jesucristo (1), y en la cual se cree abandonaron sus palafitos los pobladores de Suiza, ¿qué término podemos fijar en España, donde la colonización ó refugio de expatriados de los pueblos históricos no comenzó hasta el siglo xiv antes de Jesucristo, y no se registró más que como hechos aislados, sin fuerza bastante para civilizar de primer impulso á los naturales y someterlos á un régimen, lo que no consiguieron los cartagineses hasta el siglo iii antes de Jesucristo y los romanos después de lucha larga y tenaz hasta el siguiente? Cualquier mediano conocedor de la Arqueología y la Historia de la Península, puede afirmar que en ella los colonizadores que en las costas establecieron pequeños focos de su civilización, hubieron de difundirla entre las tribus iberas más próximas, que de cierto hallaron en su edad neolítica segunda infancia de la humanidad, de la cual pasaron, por virtud de tan saludable influjo, á su adolescencia, ó sea la edad del metal, no todas á un tiempo ni en breve término, sino aislada, sincrónica, trabajosa y paulatinamente; y que mientras en unas comarcas vivían prósperos y adelantados colonizadores y colonizados, muy cerca, al otro lado de un río ó de una cordillera, vivirían tribus indígenas en plena edad neolítica. ¿Cómo, pues, fijar una fecha común al término del neolitismo en un país donde, por causas geográficas, étnicas é históricas, el regionalismo se determina y mantiene en la variedad de su suelo y de la evolución social de sus pobladores desde los días prehistóricos?

(1) Véanse estos datos cronológicos en el libro *Apollo*, por M. S. Reinach, lecciones 1.^a y 2.^a

Para unas tribus iberas, las establecidas en las costas, la fase neolítica pudo ser desde 800 hasta 1300; para otras, las del interior y Noroeste, hasta 500 ó acaso hasta la invasión celta.

La población neolítica en la Península se nos ofrece hoy, por sus restos, intensa y varia. Por doquiera se han descubierto y descubren en ella hachas pulimentadas, cuyas formas demuestran, sobre el sentimiento de la simetría, que ya se reconoce por las hachas talladas como innato en el hombre desde los tiempos paleolíticos, el gusto por el trabajo fino y las superficies pulidas y brillantes. No me detendré á señalar la coexistencia de los dos procedimientos, la talla para los instrumentos ó armas que lo piden, como son cuchillos y puntas de flecha, y el pulimento para las hachas; la diversidad de productos de la industria de la piedra, sus distintas formas, y la perfección verdaderamente artística á que llegaron sus cultivadores. Pero fuerza es, cuando del arte de tal época se trata, dar una ojeada á la cerámica, pues la arcilla, acaso por su docilidad á los dedos del artista incipiente, fué la materia apropiada á los primeros esbozos de la plástica y de la ornamentación. En esa cerámica anterior al conocimiento del torno y del horno, modelada no más con pasta mal trabajada y cocida al sol, ó entre brasas al aire libre, es de notar primeramente la evolución de la forma. La cerámica peninsular hizo su aparición en el período mesolítico: Vilanova registró el hecho en la estación de Argecilla, en la provincia de Guadalajara, señalando entre las piezas allí desenterradas, una escudilla, á modo de casquillo de esfera, que puede considerarse como copia ó remedo del exiguo recep-

táculo que para beber podía prestar al hombre primitivo su propia mano, ó bien de la concha recogida á la orilla de algun río. En la época neolítica vemos cómo el casquillo de esfera se convierte en cuenco hemi-esférico; se prolonga en figura cilíndrica, ovoidea, cónica ó acampanada; la superficie se ofrece negra y pulida, distinguiéndose por su bella manufactura los vasos de Lorca, en Murcia, y los de las sepulturas del SE. exploradas por los hermanos Siret (1). En esta región, y en la Sierra de Andalucía, es donde abunda la cerámica, cuyo tipo más artístico dentro de la forma pura es la copa con pie, que recuerda las etruscas y griegas, de las que pudieron ser imitaciones empíricas los ejemplares á que vengo refiriéndome, si no los produjo simplemente el perfeccionamiento industrial.

No bastó á los iberos la forma pura, sino que llevados de un instinto ornamental, muy propio de su estado de cultura, decoraron los vasos con adornos lineales, obtenidos primeramente con los dedos ó las uñas, cuyas huellas se perciben claramente en no pocos fragmentos de tosco barro; después, valiéndose de punzones de hueso ó de pedernal, con lo que consiguieron cierta regularidad en los trazados. Los tipos ornamentales más toscos proceden asimismo de comarcas distantes, el NO. y Andalucía; los más perfectos, cuyo sistema regular se ofrece con todos los caracteres de un estilo, son las copas y vasos en figura de tulipán, descubiertos en la Cueva de *Palmella*, junto á Setúbal,

(1) Siret, *Les âges préhistoriques du métal dans le Sudest de l'Espagne*. Atlas, lámina XXVII.

en Portugal (1); en sepulturas de Ciempozuelos (2), de Talavera de la Reina, de Carmona (3) y del Argar, en la provincia de Almería; siendo de notar que con esos vasos se han hallado instrumentos de piedra pulimentada y también de metal, lo que señala un período de transición de la vida prehistórica á una nueva y más adelantada época (4). La característica de los vasos á que me refiero, bien apreciable en los ejemplares de Ciempozuelos, con que, merced á la diligencia del señor Vives, se enriqueció el Gabinete de Antigüedades de la Academia, no es tan sólo el dibujo inciso formando zonas de líneas en zis-zás, sino la circunstancia peregrina de estar rellenas las incisiones con pasta blanca, que destaca sobre el tono negro del barro.

Y dejando aparte las analogías entre las piezas cerámicas con ornamentación de *estilo rectilíneo*, recogidas en monumentos megalíticos del N. de Europa, en palafitos de Suiza, en sepulturas pre-etruscas del N. de Italia y en el yacimiento prehistórico de Troya, que pusieron perplejo á M. de Cartailhac (5) para decidir respecto de una relación de origen con los de Iberia, y

(1) Cartailhac, *Les âges préhistoriques dans l'Espagne et le Portugal*, pág. 126.

(2) *Hallazgo prehistórico de Ciempozuelos*. Informe por los Sres. D. Juan F. Riaño, D. Juan de Dios de la Rada y D. Juan Catalina García: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXV, pág. 436 y 10 láminas.

(3) Bonsor, *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis*. Accessit du concurs Martorell. Extr. de la *Revue Archéologique*: París, 1899, págs. 116 á 123 y 127.

(4) Antón y Ferrándiz, *Cráneos antiguos de Ciempozuelos*. Informe: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXVIII (1896).

(5) Cartailhac, *Les âges préhistoriques*, pág. 126.

que en rigor no hallo por mi parte creíble más que respecto de los vasos del NO., como un ejemplar que dió á conocer el distinguido arqueólogo D. Federico Maciñeira (1), permítaseme insistir, tocante á la cerámica hallada en la mitad meridional de la Península, en el origen africano que antes de ahora he señalado.

Entre los restos de cerámica prehistórica egipcia, publicados por M. de Morgan, los hallamos idénticos á las piezas iberas por la ornamentación, compuesta de líneas en zis-zás y rellenas de pasta blanca que destaca sobre el tono negro del barro. Dichos restos egipcios proceden de *kjækkenmæddings* (dispensad el término, admitido en Arqueología prehistórica), de Tukh, y en un mastaba ó tumba particular de la dinastía III, lo que prueba que dicha industria y su sistema ornamental pasó en Egipto de los tiempos prehistóricos á los históricos (2); y pues la mencionada dinastía III imperó unos tres mil años antes de Jesucristo, tal es, aunque parezca extraño, la menor antigüedad que podemos asignar á la introducción de tal sistema cerámico-decorativo en la Península, pudiendo haber sido los introductores, inmigrantes que, no queriendo vivir sometidos al régimen faraónico, buscaran donde mantener su vida independiente é ignorada.

Al tratar antes de ahora de esa ornamentación y de su posible origen egipcio, manifesté algo que no debo omitir (3), y es que el motivo característico de aqué-

(1) Maciñeira, *Investigaciones prehistóricas en Galicia: La Ilustración Artística*, Febrero 1895.

(2) Morgan, *Rech. sur les origines de l'Égypte*, láms. II y IV.

(3) Mélida, *Cerámica prehistórica de la Península ibérica: Nuestro Tiempo*, II (1902), pág 993, con grabados.

lla, el zis-zás, que aparece trazado con tinta roja en vasos prehistóricos egipcios y se perpetúa en vasos de perfumes de vidrio policromos debidos á las industrias orientales de tiempos históricos, es un motivo que, á nuestro modo de ver, no fué un mero trazado lineal, sino que debió tener desde su origen un valor representativo: quiso figurar el agua, el agua corriente del Nilo ó del mar, y por eso consiste en una línea en zis-zás, la cual figura en las citadas pictografías egipcias con ese valor representativo ó ideográfico; y es el propio signo que vemos luego en el sistema jeroglífico, conservando como determinante ese valor representativo, y teniendo además el valor fonético de la letra *n*. Con su primitivo valor debió pasar á Iberia, donde le vemos aplicado á vasos que acaso fueron votivos, hechos con el solo fin de ser depositados en las sepulturas, para indicar su posible contenido, el agua, ideografismo que puede tener un valor mágico.

Y no solamente en los vasos; en las pictografías ya indicadas de la Batanera y de la Cueva de los Letreiros, aparece igualmente el signo del agua trazado, aunque imperfectamente, de análogo modo.

Con estos trazados ideográficos parecen guardar cierto parentesco los puramente ornamentales, cuyos motivos son fajas en zis-zás y picos, que se ven grabados en placas de pizarra recogidas en nuestra provincia de Cáceres y en Portugal, unas de figura trapezoidal y horadadas, como para llevarlas suspendidas á modo de amuletos, según conjetura el Sr. Leite de Vasconcellos (1);

(1) Leite de Vasconcellos, *Religões da Lusitania na parte que principalmente se refere á Portugal*, I, 153 á 169.



otras en figura como de báculo, y otras, en fin, las más interesantes, simulacros de figuras humanas ó de rostros cuyo esquema aparece trazado geométricamente, estando figurados los ojos por los dos consabidos tallados, que debieron ser practicados con punzón de hueso ó acaso de metal.

Si del arte figurativo de las gentes neolíticas pasamos al examen de sus viviendas y sepulturas, hallaremos nuevas características de tribus distintas. No nos detengamos á examinar la variedad de grutas ó cuevas abiertas por mano del hombre, desde las circulares de Palmella, en Portugal, hasta las de la *Maravilla*, en territorio de Gandía (Valencia), y las abiertas formando dos planos dispuestos en ángulo en la montaña de Grau (Gerona), ni otras variedades, como las de San Vicente de Pollensa, de la isla de Menorca. Tan sólo quiero referirme á un género de ellas muy singulares, que bien merecen la denominación de casas prehistóricas, y que desde las citadas de Menorca se nos ofrecen en el mapa ibero como en línea transversal que pudo ser la que siguieran en su avance las gentes que las abrieron conforme á su sistema. En la provincia de Valencia tenemos varias, cuyo grupo más importante, el de Bocairente, fué explorado por D. Luis Tramoyeres (1). Otras subsisten próximas á Madrid, en el valle del Tajuña (2), que han dado luz para la clasificación de tales

(1) Tramoyeres, *Las Cuevas de Bocairente: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3.^a época, III (1899), pág. 138, láminas V y VI.

(2) Quien primeramente se ocupó de las Cuevas de Perales del Tajuña fué D. Ignacio Martín Esperanza, en un artículo titulado *El risco de las Cuevas*, publicado en *La Esperanza* en 1880. Véa-



viviendas, pues un intrépido explorador, el Sr. Laredo, que visitó las más altas, las cuales lo están tanto que nidos de águilas parecen, recogió entre varios restos de la vida troglodítica hachas de piedra pulimentada; y, en fin, tenemos noticias de otras existentes en Salas de los Infantes (provincia de Burgos). Consisten tan singulares viviendas en series de grutas abiertas en algún risco (véanse láms. II y III), en la proximidad de algún río que facilitase la vida, bastante altas para procurar el aislamiento de sus moradores, dispuestas como á varios pisos y de modo tal, que se comunican de uno á otro por medio de orificios y por ventanas sus diversas cámaras.

La necesidad del aislamiento de tribus, que aperci-bidas vivían á las posibles agresiones de tribus vecinas, se advierte en otro sistema de viviendas del período neolítico, típicas en Suiza: las ciudades lacustres, con sus casas fundadas sobre pilotes en los lagos, de las cuales se hallaron restos en el del Puig de Malavella, en Gerona, y en los de Lamas y Carragal, en Galacia, denotando algunos objetos, por ser de hierro, una fase avanzada de la vida prehistórica.

Si de la consideración de la vida pasamos á la de la muerte, además de las fosas, como las descubiertas en Carmona por D. Jorge Bonsor (1), y las de Ciempozuelos exploradas por el Sr. Vives (2), unas y otras carac-

se *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XIX, pág. 131.
—Juan Catalina García, *Cuevas protohistóricas de Perales de Tajuña*.—Mérida, *Las Cuevas de Perales de Tajuña: El Día*, 5 de Enero de 1882.

(1) Bonsor, *Les colonies agricoles pre-romaines de la Vallée du Betis*, págs. 31 á 74.

(2) Hallazgo. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXV, pág. 436.

terizadas por la presencia de copas ornamentadas junto á los restos humanos, tenemos el vasto conjunto de tumbas dolménicas, que así considerado no podemos apreciarlo como característica de una raza, sino de un estado de cultura y de sentimientos religiosos unidos á la idea de la muerte, no privativos de un pueblo, sino de todos, puesto que en todo el globo existen tales monumentos. En los ibéricos se distinguen dos tipos. Las variedades de uno de ellos se hallan, tanto en Asturias y en las Provincias Vascongadas como en Extremadura y Portugal, tanto en Andalucía como en Cataluña. Son las variedades corrientes en el resto de Europa. El otro tipo tan sólo se halla en Portugal y en la parte meridional de Andalucía; y fuera de nuestra Península, solamente en Grecia y Asia Menor. El más importante de los dólmenes españoles es el llamado *Cueva de Menga*, en Antequera, que ofrece la singularidad de que su cámara aparece como dividida en dos naves por unos pilares dispuestos en el eje longitudinal para sustentar la techumbre, lo que despierta en el observador el recuerdo de la Arquitectura arquitrabada, y en nosotros especialmente del templo egipcio menfita, llamado de la *Esfinge* á causa de su vecindad con este colossal monumento de la meseta de Gizé; el cual templo está considerado por los egiptólogos como muestra primera, regular y armónica de tal sistema de construcción y en su género ejemplar único, al que asignan una antigüedad de tres mil años.

También en Antequera fueron descubiertas hace poco tiempo dos tumbas, de las cuales una corresponde por entero al segundo tipo, del que ya se habían registrado en la Península curiosos ejemplares: en la pro-

vincia de Sevilla, junto á Castillejo de Guzmán, la llamada *Cueva de la Pastora* (1), y otras en Gandul, cerca de Carmona, descubiertas también recientemente por el Sr. Bonsor (2); en la provincia de Almería, las que descubrieron los hermanos Siret junto á los *Millares* (3), y varias en Portugal, en Cintra y en el Algarbe (4). El tipo en cuestión, el que los historiadores del Arte antiguo designaron con el nombre de *Tumba de cúpula*, cuyo ejemplar más perfecto, existente en Micenas, es el monumento llamado *Tesorería de Atreo*, se compone de las partes integrantes de toda tumba dolménica: la cámara, el corredor que á ella conduce y el montículo que cubre y envuelve la construcción, constituyendo el *tumulus*. Pero el tipo miceniano no es ya dolménico, pues en vez de constituir sus paredes grandes piedras erguidas, como sucede en una de las tumbas de Antequera inmediata á la *Cueva de Menga*, en la que se observa lo mismo, está construída en aparejo regular; la cámara es de planta circular, hallándose cubierta por bóveda elíptica; contigua á esta cámara se encuentra generalmente otra pequeña, y las puertas afectan figura trapezoidal. Todos estos caracteres típicos concurren en la segunda tumba antequerana, la de *El Romeral*. (Véanse láms. IV á VI.)

La *Tesorería de Atreo*, los muros y la famosa *Puerta*

(1) Tubino, *Los monumentos megalíticos*. Mus. esp. de Ant., tomo VII, pág. 303.—Cañal, *Sevilla prehistórica*: Sevilla, 1894.

(2) Paris, *Essai sur l'Art*, tomo I, pág. 36.

(3) Siret, *Les premiers Ages du metal*.

(4) J. Leite de Vasconcellos, *Religioes da Lusitania*, tomo I, páginas 299 y siguientes, y *Sepulturas prehistóricas de carácter mycenense*. O Archeologo portuguez, tomo VIII (1902) y tirada aparte.

de los Leones de la ciudadela de Micenas, fueron considerados durante mucho tiempo por los arqueólogos como restos aislados de la civilización pelásgica. Su verdadera importancia en la historia del Arte data de los descubrimientos iniciados y en gran parte realizados por el animoso explorador alemán Enrique Schliemann, los cuales han permitido apreciarlos como los ejemplares más perfectos en la serie de tumbas, ciudadelas y palacios de la civilización, que por eso mismo y á falta de otro nombre ha recibido el de *miceniana*, cuyos centros fueron la isla de Creta, Ilión ó sea la famosa Troya de la epopeya, Orcomene, Atenas, y en la Argólida Tirinto y Micenas, y cuya historia solamente podemos apreciarla al través de las ficciones míticas de los poemas homéricos.

Ese pueblo, que no ha dejado monumentos escritos más que en Creta, donde revelan, por cierto, con la filiación jeroglífica de la escritura su relación originaria con el Egipto (1); ese pueblo, cuyas huellas podemos seguir por sus monumentos arquitectónicos en las costas occidentales del Asia, en la Grecia, en Italia, en la cadena que forman las islas del Mediterráneo, y, en fin, en la Península ibérica, parece haber excluído la construcción de dólmenes, los cuales no se hallan en esas regiones del Oriente y sí en las septentrionales de Europa. Pero en nuestra Península, por donde parecen haber pasado todas las tentativas y todos los sistemas, hallamos en las regiones meridionales las tumbas dólmenicas al propio tiempo que las micenianas. Dijérase

(1) Acerca de la copiosa bibliografía de la época miceniana, y en particular de los descubrimientos de Creta, remitimos al lector á la inserta por M. S. Reinach en su *Apollo*, pág. 36.

que los constructores de dólmenes y los constructores de murallas y de tumbas micenianas debieron encontrarse en Iberia.

Luego hablaré de las murallas de carácter miceniano que en las regiones levantinas y en la andaluza se conservan. Pero quiero antes decir, respecto de las tumbas, que justamente en Antequera y Portugal se nos ofrecen las pruebas de la confusión de ambos sistemas, dolménico y miceniano.

Las dos tumbas antequeranas, cuidadosamente estudiadas á raíz de su descubrimiento por el arquitecto D. Ricardo Velázquez Bosco (1), y después por el arqueólogo D. Manuel Gómez Moreno (2), que las atribuye á los tartesios, tienen de común su disposición, pues en ambas se encuentran largo corredor y cámara sepulcral, siendo ésta una sola y cuadrada en la tumba de tipo dolménico, y dos, circulares, una grande y otra pequeña (como en las de Oriente, en las que tampoco falta alguna cámara cuadrada), en la tumba de *El Romeral*, como se advierte también en las del Algarbe. A mi modo de ver, los constructores de unas y otras, que fueron fieles al sistema griego cuando las trazaron, se sintieron impotentes para seguirle al cerrar la bóveda ó cúpula; no hubieron dificultad para formar el aparejo regular, que por superposición de anillos en disminu-

(1) El Sr. Velázquez leyó su Memoria y presentó sus esmerados dibujos de las tumbas antequeranas ante la Academia de Bellas Artes de San Fernando en sesión de 5 de Diciembre de 1904, y dicho trabajo vió la luz pública en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo IX (1905), págs. 413 á 419, y láms. XIX á XXV.

(2) Gómez Moreno, *Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera*. *Boletín de la R. Acad. de la Historia*, XLVII (1905), 81.

ción debían continuar hasta conseguir el cerramiento; mas al intentarlo llegaron á un punto en que no supieron ó no se atrevieron á continuar los anillos, que acaso se rompían, y para resolver de lleno la dificultad, apelando al sistema dolménico que por viejo tendrían abandonado, cerraron la cámara con una grandísima piedra; de modo que lo que habían comenzado por el sistema para ellos nuevo, y que representa un adelanto, uu paso más sobre el dolménico, lo concluían volviendo á las ru_das prácticas de éste. He ahí, en mi sentir, la prueba y la razón del encuentro y mezcla de dos arquitecturas, y, por consiguiente, de dos pueblos. ¿Cómo si no explicar el caso que, como aislado y fortuito, se nos ofrece en la historia del Arte monumental, solamente en nuestro suelo? (Véase lám. VI.) Todavía hallamos otro testimonio de la adaptación del sistema miceniano á otro primitivo: el de la gruta. Me refiero á una descubierta el pasado año en Carmona, que ofrece en su estructura la forma de la tumba de cúpula; singular monumento del que hizo detenido y valioso estudio el arquitecto D. Adolfo Fernández Casanova (1).

Si del examen de las tumbas pasamos al de las murallas, hallaremos que éstas, en general, están mejor construídas, con más sujeción al sistema miceniano: el aparejo, de tipo más rudo, compuesto de bloques más bien que sillares, pues conservan el aspecto rústico de su forma natural, denotando su escasa y tosca labra, asentados por hiladas sin mortero y á veces con pie-

(1) Fernández Casanova, *Monumento subterráneo descubierto en la Necrópolis carmonense: Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XLVIII (1906), pág. 374.



dras pequeñas en los intersticios, aparece en Tarragona y Gerona; en otros ejemplares, como son la Acrópolis de Olérdola, cerca de Villafranca del Panadés, en la provincia de Barcelona, y en la llamada *Castillo de Ibro*, en la provincia de Jaén, se ve el tipo más perfecto, cual el de Micenas, de aparejo bastante regular, cuyos sillares ofrecen la superficie visible mejor pulida. En el ejemplar más completo, que es el de la Acrópolis de Tarragona, las puertas, ligeramente trapezoidales, están coronadas por una enorme piedra, que hace de dintel, más espesa del centro, y aparece como calzada por dos piedras pequeñas que asientan cada una sobre otras dos grandes y mejor labradas, estando cada puerta flanqueada por una torre cuadrada defensiva; todo igual que en las acrópolis micenianas.

Y no son éstas las únicas semejanzas: también las hallamos en las *citánias* ó restos de ciudades, subsistentes en la provincia del Miño, en Portugal, de las cuales la de Sobroso se cree fué la más antigua, y la de Briteiros la mayor. Estas ciudades serranas, que determinan, en forma parecida á los *castros* de Galicia, la existencia aislada y en situación defensiva de distintas tribus, guardan analogía con las acrópolis del Oriente, no sólo en el aparejo de sus muros y en el pavimento de alguna calzada que se parece bastante á una de Troya, sino que se revela de un modo más preciso y elocuente en la ornamentación de algunos trozos arquitectónicos y de la cerámica.

Si fuéramos á recapitular los restos arquitectónicos de carácter miceniano que en la Península se conservan, habríamos de señalar, además de los citados de Cataluña, los de San Miguel de Eramprunya y San Pe-

dro de Caserras; las primitivas murallas de Sagunto; los que registró Góngora en las provincias de Córdoba y Sevilla, donde en Carmona halló el Sr. Bonsor (1) un altar de análogo sistema; aún habríamos de registrar otros restos en Extremadura y en el NO. de la Península, y no dejaríamos de notar la relación que el diligente investigador Sr. Sampere y Miquel (2) señaló con suma oportunidad, existente entre los monumentos peninsulares y los especiales y típicos de las islas Baleares. Pero sin pararnos á tan prolijo examen, por el bosquejado cuadro de tales restos puede apreciarse dentro de su variedad, en la que también reconocemos grupos regionales, los cuales nos indican que hubieron de fortificarse unas tribus ó grupos de población para resistir las agresiones de las otras, que los restos arquitectónicos de carácter miceniano representan en Iberia un período cuyos comienzos están en la transición del uso de la piedra á la del metal. Prescindiendo de recapitular detalles consignados por los exploradores de las señaladas tumbas de carácter miceniano, debo hacer notar que en ellas se han encontrado instrumentos de piedra é instrumentos de cobre. Y las *citánias* nos muestran las fases de la vida no interrumpida en ellas, que enlazan el período neolítico con los tiempos históricos, pues en su suelo secular se han descubierto desde hachas pulimentadas hasta inscripciones romanas, lo cual demuestra que tales ciudades fueron habitadas durante siglos.

Al abarcar de una ojeada tan vasto cuadro, en cuyo

(1) Bonsor, *Les colonies*, pág. 97.

(2) Sampere, *Contribución: Rev. de Cienc. Hist.*, II (1881), 434.

fondo se adivina una evolución importante de las sociedades iberas, ocurre preguntar: ¿quién pudo enseñarlas á construir murallas y tumbas por el sistema miceniano? ó por el contrario, ¿fué posible que tales indígenas, por propio esfuerzo, pasaran del *dolmen* á la construcción aparejada? Esta segunda hipótesis, que sería bien lógica si no tuviese en su contra el mismo evidente parentesco de los dichos monumentos ibéricos con los micenianos, ha sido, sin embargo, mantenida con el argumento de que el aparejo *ciclópeo*, por lo tosco y primitivo, pudo ocurrirse simultáneamente á gentes entre quienes no existiera comunicación. Pero esta conjetura, seguida por M. Pierre Paris, que, sin embargo, no duda del origen miceniano de las dichas tumbas (1), y admisible sin esfuerzo cuando se trata de simples recintos ó construcciones faltas de otra característica definida que el de su misma tosquedad, es, á mi ver, de todo punto inadmisibile cuando se advierte, como en la Acrópolis de Tarragona, una disposición de puertas, torres y demás elementos, y, como en las tumbas de cúpula, principios de construcción tan precisos, que es forzoso reconocer en todo ello el sistema miceniano. Extremar esa hipótesis es el supuesto de que estos pobres monumentos de Iberia representen los orígenes de los de Oriente, cuyos constructores partirían en tal caso de aquí, de Occidente, para importar dicho sistema, cuyo pleno desarrollo encontramos en la Argólida. Pero tan extraña suposición, que de ser cierta asignaría á la Península ibérica, confín del mundo limitado por las columnas de Hércules, importan-

(1) P. Paris, *Essai sur l'Art*, tomo I, págs. 12 á 40.

cia inesperada en la historia del Arte y de la civilización en la antigüedad, tiene en su contra no pocos testimonios del origen oriental del arte miceniano, y en nuestro suelo de su decadencia, que no pudo anticiparse al completo desarrollo que el mismo tuvo en la Argólida.

Mi opinión, antes de ahora indicada (1), y que con más razón quiero manifestar aquí, porque la fundo en lo que el arte mismo confirma á mis ojos respecto de lo que tengo por ley histórica en las oleadas sucesivas de la civilización que pasaron ó llegaron hasta estos confines occidentales, es que los monumentos indicados de Iberia tuvieron su origen en la importación del sistema miceniano. No se propagó éste de Occidente á Oriente, sino al contrario, desde allí donde había nacido con los elementos de la arquitectura maciza de los mastabas y pilonos egipcios, de la construcción por ensamblaje que aplicaron los micenianos, á la erección de los palacios de sus príncipes y de la elevación de *domos* para guardar los muertos, á la manera que lo habían hecho con varios fines los orientales. Permitidme consignar que al recorrer la Grecia y visitar en la Argólida la imponente ciudadela de Tirinto, la mayor de las genuínas micenianas; al observar su desarrollo longitudinal en la inclinada meseta de una colina, la construcción más cuidadosa de la parte alta ó principal, la disposición general de sus puertas y sus torres defensivas, la división interior en recintos, y, en fin, el aparejo y sistema arquitectónico, vino á mi memoria la fortaleza

(1) Mérida, *Nota sobre la Arquitectura miceniana en Iberia. La Acrópolis de Tarragona*. Revista *Arquitectura y Construcción*: Barcelona, vol. de 1905, págs. 6 á 10 y 38 á 47.

de Tarragona, con todos esos precisos caracteres; pero este recuerdo fué como el que se experimenta siempre que, al contemplar una obra de arte en la cual reconocemos al momento un magnífico original, acude á nuestra memoria el de una copia que vimos anteriormente. Y cuando en las tumbas ibéricas de tipo miceniano veo empleado el bárbaro recurso de cerrar por medio de una enorme piedra el *domo* construído por hiladas ó anillos hasta donde pudieron sus torpes constructores, pienso que tal circunstancia no debe imputarse á tanteos de un sistema cuyo origen y desarrollo en Oriente nos es conocido, sino de olvido de las prácticas arquitectónicas orientales; y tal mezcla con el sistema dolménico no puede ser atribuída más que á gentes extrañas, resto postrimero de un pueblo disperso y de una raza decadente, mezcladas en el SO. de la Península con las gentes constructoras de dólmenes. En conclusión, las murallas ciclópeas y las tumbas de cúpula en Iberia son de origen miceniano, y representan en tal sistema su decadencia.

He hablado de influencias egipcias; hablo ahora de influencias orientales, y si aquéllas no hemos podido corroborarlas con alguna referencia histórica, las segundas pudieran ser relacionadas con un hecho importante. En el siglo XII antes de Jesucristo, se dejó sentir en el continente griego aquel gran movimiento étnico que se denomina la invasión doria, el cual determinó la inmigración y consiguiente difusión por las islas y costas orientales y occidentales del Mediterráneo de los primitivos habitantes de Grecia, llamémosles por el nombre que generalmente se les aplica: los pelasgos; las gentes, en suma, que desarrollaron la civilización miceniana.

Su influencia y la decadencia de su arte, antes de que fuera reconocida en nuestra Península, lo ha sido en las fortificaciones, en los recintos funerarios y en las tumbas de Lidia, Frigia, Caria y Licia, y de lo que fué Imperio de los heteos, en Asia Menor; en Italia, en las murallas de las ciudades etruscas; y aun como variantes del sistema, pueden considerarse monumentos tan extraños como son los de las islas, entre los que constituyen grupos aparte los *nurhages* de Cerdeña y los *talayots* y *navetas* de las Baleares.

Al hablar del éxodo pelásgico tocamos los linderos de la historia, y conviene repasar en ella lo referente á las colonizaciones en Iberia. Sus primeros colonizadores, en el siglo XIV antes de Jesucristo, parecen haber sido fugitivos de Sidón, oprimida por la invasión israelita en Siria, que pasaron á la Libia y de ésta á la Península. Después, y antes de otra nueva colonización fenicia en el siglo XII antes de Jesucristo, nos habla la historia de unos griegos rodios que vinieron á las islas Baleares; y en este punto ocurre preguntar: ¿qué griegos podían ser éstos que no fuesen pelasgos ó gentes de su raza en tal época, que viene á ser la del citado éxodo pelásgico? Por débiles que parezcan las conjeturas históricas, ellas concuerdan con los testimonios arqueológicos, los cuales acaso autorizan para creer que las influencias micenianas llegaron á nuestro suelo al modo de oleadas durante un cierto período de tiempo, acaso desde antes de la ruína de los reinos micenianos, puesto que los Sres. Siret en el SO. de la Península (1), y el

(1) Siret, *Les premiers Ages du metal*. Dan cuenta de un ídolo hallado en la Pernera, que reproducen en la pág. 32.

Sr. Bonsor (1) en sepulturas primitivas de Carmona, han descubierto ídolos de esquisto idénticos á los descubiertos por Schliemann en Troya.

De todas suertes y por unas y otras causas, entre las cuales no debió ser la menor el espíritu de expansión de las gentes orientales, á quienes miras comerciales trajeron hacia Occidente, el citado siglo XII anterior á Jesucristo, constituye la primera fecha importante de la evolución de los iberos que hasta entonces debieron estar en la fase neolítica de su prehistorismo, y en la que todavía debieron permanecer algunas tribus, como queda dicho. Entonces debieron aprender á construir conforme al sistema miceniano; entonces vino la nueva y más fuerte oleada de la colonización fenicia, por el Mediodía, con los tirios, fundadores ó engrandecedores de *Gadir* y del famoso santuario de Hércules, cuyas ruínas, batidas por las olas en la isla de San Pedro, aguardan, como dijo Hübner, un animoso y poderoso arqueólogo que les arranque sus secretos.

Se dejó sentir el imperio de los tirios en el Mediodía de la Península desde esa fecha hasta la invasión cartaginesa, iniciada en el siglo VI antes de Jesucristo, y en una extensión que comprendía desde Almería á Cádiz; imperio mantenido por el beneficio de las minas de plomo y las pesquerías de la costa, de lo cual hallamos elocuente recuerdo en los atunes representados en las monedas fenicias de Iberia. Pero conviene indicar que á la acción de estos colonizadores debieron sin duda los indígenas el conocimiento ó la industria de los metales, y esas gentes fenicias y otras orientales,

(1) Bonsor, *Les colonies*, pág. 89.

de cuya venida á Iberia hallamos referencias históricas, justifican los caracteres de algunos monumentos peninsulares.

¿Qué nos resta genuinamente fenicio entre las antigüedades iberas? Señalarlo con absoluta precisión ofrece desde luego la dificultad de que no existe en rigor un arte fenicio que por sus caracteres distingamos como los genuínos de otros pueblos. Aquellos comerciantes del mundo antiguo carecían, como los del moderno, de gusto estético, y no se cuidaron de crear un arte, sino que en los largos siglos de su civilización, mantenida por el tráfico con distintos pueblos, tomaron de éstos el arte y los artistas que les fueron necesarios. No sería aventurado, por lo tanto, pensar que algunos de los monumentos iberos señalados como de carácter miceniano, fueran debidos á los fenicios. Sin embargo, seguros restos de su paso por el suelo ibérico son los peines y placas de marfil con figuras grabadas, en su mayoría de animales, de origen oriental, con marcadas reminiscencias asirias (véase lám. VII), descubiertas en sepulturas de Carmona por el Sr. Bonsor (1); las tumbas y objetos de adorno hallados en Málaga; los hipogeos (véase lám. VIII) y pozos sepulcrales de tipo sidonita, registrados en Cádiz, donde se conserva la pieza capital fenicia de España, el sarcófago antropoide de mármol, de estilo griego clásico, con los amuletos de oro de estilo egipcio y otros adornos (2).

Los colonizadores griegos de la costa levantina de

(1) Bonsor, *Les colonies*, págs. 28, 29, 45 á 47, 53, 54, 83 á 87.

(2) Véase Rodríguez de Berlanga, *El nuevo bronce de Itálica*: Málaga, 1881.—Apéndice segundo de los descubrimientos arqueológicos de Cádiz en 1887. Nuevos descubrimientos arqueológicos



Iberia también vinieron por oleadas, una en el siglo VIII, otra en el VI antes de Jesucristo, ambas de fócios de Masalia (Marsella), que se dedicaban al comercio de cabotaje. Asimismo son escasas, hasta el presente, sus producciones en nuestro suelo; citaremos los vasos de vidrio y de barro pintados de las tumbas de *Emporion*: entre los primeros, tarros de perfumes, debidos á la exportación fenicia, y ánforas, cuya procedencia fócea he comprobado por mí mismo en Delos y en Atenas; entre la cerámica pintada, piezas de estilo corintio, arcáicas de figuras negras, y clásicas de figuras rojas, que seguramente fueron importadas. Habremos de añadir algunos bronce arcáicos, algunas esculturas de mármol, especialmente del Museo de Tarragona, y otros objetos, además de las monedas.

Por último, si hemos de completar el cuadro histórico ante-romano, hablemos de los cartagineses, cuya venida primera, en socorro de los gaderitanos contra los indígenas, fué en el siglo VI antes de Jesucristo, y la conquista al mando de Amílcar Barca en 236. Más escasas todavía que las antigüedades fenicias y griegas, las cartaginesas de la Península, habré de circunscribirme á citar, pues que las monedas son conocidas, unas estelas de piedra descubiertas poco hace en Tajo Montero, en una de las cuales aparece esculpida la imagen de Astarté con la palmera africana (véase lám. X) (1).

cos hechos en Cádiz del 1891 al 1892: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo V (1901).—La más antigua Necrópolis de Cádiz: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo V (1901), pág. 772, y tomo VI (1902), pág. 6.

(1) Rodríguez de Berlanga, *Descubrimiento arqueológico verificado en el Tajo Montero: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, tomo VI (1902), pág. 328, y tomo VII, pág. 28.*

De lo expuesto debe deducirse, á mi entender, que hay un período de la evolución ibera, el ya indicado del metal, en el que son causas eficientes de la misma las invasiones de gentes orientales, pelásgicas y fenicias; período que desde remotas fechas, antes apuntadas, debió extenderse hasta la influencia de la Grecia pujante y civilizada del siglo v antes de Jesucristo, el siglo admirable de Pericles; y otro período, que desde esta fecha, y al calor de esa pujanza que da á la civilización antigua una característica helénica, y á cuya influencia se suma la fenicia, dando impulso más decisivo á la civilización ibera, la cual conserva marcado sello greco-oriental, como nos lo demuestra el arte, se prolonga hasta la conquista romana.

Llego, sin duda, al punto más interesante del tema propuesto; mas no podría tratarle con la detención debida sin repetir lo que largamente tengo expuesto sobre el particular en otras ocasiones, y con ello abusaría de vuestra atención, harto benévola ya. No puedo callar, sin embargo, pues la conclusión del tema pide lo declare, que á medida que los iberos se fueron civilizando al contacto de los colonizadores fenicios y griegos, sintieron la necesidad de satisfacer por medio del arte necesidades de su vida y de sus creencias, y que ese arte, nacido de las dos influencias extrañas y fuertes que compartían el dominio y explotación de las comarcas meridional y levantina de la Península, tuvo un carácter greco-oriental, y sus centros principales estuvieron justamente en la confluencia de aquéllos, el país SE., habitado por edetanos, contestanos, bastetanos, oretanos y turdetanos. Pero no se circunscribieron á esas comarcas la civilización y el arte de los iberos,

que desde las dichas costas se propagó al interior y al NO. poco á poco.

A esos iberos, que son los iberos cuya geografía señala Estrabón y á quienes conocemos por las monedas y las inscripciones, corresponden notables monumentos. Uno de ellos lo constituye la primera reconstrucción que se observa en las citadas murallas de Tarragona y que no debe confundirse con la tercera romana, de que también hay restos. El aparejo ibero, de señalado carácter oriental, se distingue por el almohadillado de los sillares y por estar éstos marcados con signos de cantería, algunos de ellos idénticos á los que se han registrado en sillares del aparejo, idéntico también, de los cimientos del famoso templo de Jerusalén, obra de canteros fenicios, y de otro muro de Knosos, en la isla de Creta (1). Dichos muros de Tarragona son, á mi juicio, los de *Cose*, la ciudad ibera antecesora de la *Tarraco* romana, bajo cuya dominación fueron reparadas aún las murallas, como se aprecia al examinarlas. Estas venerables murallas y las antigüedades, algunas de fechas todavía más remotas, descubiertas en el subsuelo de la ciudad y atesoradas en el interesante Museo local, representan suficientemente las fases sucesivas —prehistórica, miceniana, ibérica, romana—de la evolución de los peninsulares.

A la misma época ibera de civilización greco-oriental corresponden varios restos arquitectónicos, de los cuales, por razones que fácilmente comprenderéis, callaré los de Numancia y citaré tan sólo un reducido recinto existente cerca de Berruecos, en la provincia

(1) Mérida, *La Acrópolis: Arquitectura*, 1905, pág. 43.

de Teruel (1), en los cuales se ve usada la piedra y el adobe, la piedra en grandes cantos ó bloques unidos con barro, formando un aparejo que guarda semejanza, y acaso en ella su filiación, con el sistema miceniano.

No solamente de esta tosca arquitectura, que conserva el sello de los comienzos del arte de construir, sino de la bella arquitectura helénica, se halla también el reflejo en Iberia. Le advertimos en restos de capiteles y de molduras de entablamento labrados en piedra caliza, recogidos en el famoso *Cerro de los Santos*, donde, como sabéis, subsisten los cimientos de un santuario, en los que se ha reconocido la traza del *pronaos* y la *naos* de un templo *in antis* (2); en el *Llano de la Consolación*, también próximo á Montealegre, y del cual proceden algunos de esos restos que figuran en el gabinete de antigüedades de la Academia, y en Elche; de modo que, por lo menos, en las regiones contestana y bastetana imperó la arquitectura en cuestión. Su carácter no es griego puro: ofrécese como una variante del orden jónico arcáico; pero su severo sistema de volutas está fantaseado con una contraposición de ellas, que recuerda algún motivo del capitel persa; de manera que es, en suma, una manifestación del arte ibérico, cuya característica greco-oriental se reconoce más claramente en la escultura de contestanos y bastetanos.

(1) Debemos la noticia á D. Severiano Doporto. Véase *La Acrópolis*, pág. 47.

(2) *Antigüedades del Cerro de los Santos: Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia* en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, pág. 17.—P. Paris, *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne primitive*, tomo I, pág. 46.

La escultura, entre las artes plásticas, la que alcanzó mayor importancia en el mundo griego, la tuvo por lo mismo en Iberia. A propósito de la escultura ibérica, antes de ahora tengo dicho (1) que esas influencias, tanto más extrañas, puesto que recayeron en tribus bárbaras que no estaban dispuestas á recibirlas, lejos de determinar un proceso artístico en el que lógicamente pudiéramos distinguir un arcaísmo, un florecimiento y una decadencia, solamente produjeron imitaciones, felices en sus comienzos, luego desgraciadas, rudas y rutinarias repeticiones de buenos modelos. Así se aprecia con bastante claridad en la serie más numerosa y uniforme de esculturas ibéricas hasta hoy conocida, que es la del *Cerro de los Santos*, la cual es, por su estilo, un resultado de la fusión de los elementos importados, orientales y griegos, en el SO. de España, y producto de un taller bastetano que, aislado y mantenido por exigencias de la devoción que por costumbre tradicional consagraba tales exvotos en aquel santuario, vivía apegada á la rigidez y simetría propias del arte hierático y á la técnica monotonía y dura de los talleres orientales. Esa serie de esculturas en piedra nos da á conocer una escuela artística del arte ibérico. A otras escuelas ó variantes del mismo corresponden el esfinge de Balazote (Albacete), toro con faz humana barbada (2), de marcado carácter caldeo-asirio (véase lám. IX), que recuerda los toros que decoraban las puer-

(1) Mérida, *Las esculturas del Cerro de los Santos* (cuestión de autenticidad): Madrid, 1906, 47 á 52.

(2) *Le Taureau chaldéen a tête humaine*, par Léon Heuzey (tirada aparte del repertorio Piot, *Monuments et Mémoires*): París, 1900.

tas de los palacios ninivitas y que debió tener igual empleo (véase lám. IX); las figuras de toro y de león, entre éstas una hallada en Bocairente (Alicante) y conservada en el Museo de Valencia (véase lám. IX), que por su postura recuerda las esfinges egipcias que bordeaban los caminos de los templos, y unas esfinges aladas, á la manera griega, descubiertas en Sax (Alicante) (1).

La obra capital entre las que del arte ibérico conocemos, la más importante y de mérito sobresaliente, es el busto femenino descubierto en Elche, y que apenas descubierto fué adquirido con destino al Museo del Louvre. No he de repetir aquí lo que en tal ocasión me apresuré á manifestar (2), y es su evidente parentesco con las esculturas del Cerro de los Santos, figuras femeniles igualmente veladas con el manto y adornadas con diademas y collares al modo miceniano de las mujeres de Troya (véase lám. X), y al de las púnicas y sus nietas las argelinas de hoy; la diferencia que, sin embargo, las separa en el terreno del Arte, tan puro en el busto, y en las otras con todos los caracteres de un amaneramiento, por lo cual se nos ofrece en tal conjunto de figuras la hermosa ilicitana como la hermana mayor; la filiación helénica de su estilo, que es reflejo del estilo imperante en Grecia en los días anteriores á las guerras médicas, y, en fin, la fecha que de estos

(1) A. Engel, *Nouvelles et Correspondances: Revue Archeologique*, 1896, y tirada aparte.

(2) Mélida, *Busto ante-romano descubierto en Elche*.—*Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXI (1897), pág. 427; *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I (1897), y *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica Barcelonesa*, número de Enero-Febrero 1898.

caracteres se deduce, el siglo v antes de Jesucristo.

Los eminentes sabios extranjeros que luego se ocuparon del busto, el cual, apenas fué contemplado en el Louvre por el público parisiense, se hizo famoso, apreciaron con idéntico criterio esos caracteres y la fecha de su estilo, siquiera alguno haya hecho la salvedad razonable de que pudo la influencia del arte griego de aquella época no llegar á Iberia hasta el siglo iv (1). Mi creencia de que el busto por su buen arte debe ser considerado como más antiguo que las amaneradas esculturas del Cerro de los Santos, y, por consiguiente, que la tosquedad de ellas y otras muchas obras del arte ibérico, no es producto de los tanteos propios de un arcaísmo, sino de la torpe repetición de buenos modelos, la fundo en el hecho constante en toda serie de antigüedades ibéricas del período colonial, de que las obras mejores de ese arte son aquéllas en que sus caracteres originarios aparecen más puros, y las de escaso valor artístico, en las que esos mismos caracteres se hallan más desfigurados (2). Sirvan de ejemplo y á la vez de términos cronológicos á mi demostración como pieza más antigua, de fecha confirmada por autoridades importantes, el mismo busto de Elche con su realismo ibero y sus rasgos de elegante y severo estilo griego, y como piezas más antiguas algunos monumentos sepulcrales romanos con sus imprescindibles

(1) P. Paris, *Buste espagnol*, pág. 23.

(2) Mérida, *Las esculturas del Cerro de los Santos*, págs. 47 á 52.—*Ateneo de Madrid, Escuela de Estudios Superiores*.—*Memoria de Secretaría referente al curso de 1902 á 1903*, págs. 37 á 47. Resumen de las lecciones de *Historia comparada del Arte antiguo en España*, por J. R. Mérida.

epígrafes latinos y esculturas debidas al pobre gusto y el tosco cincel de los indígenas dominados. Me refiero á los toros de Guisando, á un jabalí de Avila (1), á las estatuas de guerreros lusitanos (2) y á los relieves que por su simplicidad y barbarismo recuerdan los de las estelas hítitas, existentes en lápidas romanas de Lara de los Infantes, en la provincia de Burgos (3). (Véase lám. XIV.) Ocioso me parece hoy, en cuanto á los toros y jabalíes, que aparecen como obras típicas del arte de la Celtiberia desde el Tajo hasta el Mediterráneo por Durango y hasta el Atlántico por Portugal, insistir en que puedan ser otra cosa que productos de ese mismo arte indígena, al que son debidos los toros y leones de la región SE., ni tampoco respecto de que su rusticidad es más aparente que real: esto es, no tan sólo hija de la impericia de la imitación de modelos griegos, sino del natural deterioro del granito en que están esculpidos; ocioso también recordar la autorizada y acertadísima opinión de Hübner de que son como las estatuas de guerreros lusitanos, monumentos funerarios de formas nacionales respetadas aún en la época de Augusto (4). (Véase lám. XIV.)

No son éstos los únicos testimonios de la continuidad

(1) Hübner, *Corpus inscriptionum latinarum*: II. *Inscriptiones hispaniæ latinæ*, registra los toros con epígrafes latinos de Guisando, Avila, San Vicente, junto á Cáceres; Torralba, junto á Talavera de la Reina; Coca y Durango.

(2) Hübner, *Statuen galläkischer Krieger*, estudio publicado en la *Gaceta de Barcelona* en 1861, y del cual se inserta una traducción en la *Historia de Galicia* por D. Manuel Murguía.

(3) Hübner, *Inscrip. hisp.*, pág. 391.—Mélida y Alvarez-Ossorio, *Museo Arqueológico Nacional*.—*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1896, pág. 178.

(4) Hübner, *La Arqueología de España*, pág. 253.

del arte ibérico, reducido ya á una pobre y desnaturalizada copia de sus modelos bajo la dominación romana. Objetos ibéricos, como las fíbulas palentinas en figura de caballo (1), se han encontrado y encuentran juntamente con piezas romanas. Tenemos, pues, un arte ibérico, nacido al calor del arte griego y del arte oriental, con ellos floreciente, cuyos modelos imitó, y que se perpetúa hasta la romanización de los iberos. Para apreciar mejor sus fases y variedad, conviene estudiar, como complemento de las estatuas de piedra, las figurillas de bronce, los mal llamados *ídolos ibéricos*, pues si es cierto que en algunos se reconocen imágenes de Minerva, de Venus Astarté, de Marte y aun de dioses de los indígenas, en su mayoría son como las estatuas del Cerro de los Santos, con las que guardan, por cierto, notable semejanza, representaciones de devotas y devotos, haciendo la ofrenda de la bebida en una copa que sostienen con ambas manos ó haciendo una plegaria. Deidades, jinetes, adorantes y oferentes, piernas y brazos sueltos, figuras de animales y de objetos de uso, los bronce á que me refiero fueron exvotos y juguetillos. Su variedad artística es muy grande, pues se reconocen imitaciones de modelos egipcios (véase lám. XII), de modelos caldeo-asirios y de modelos griegos arcaicos, y, por fin, figuras de peregrinos, del estilo que más propiamente puede ser denominado ibérico (2). Abundan estas figuras en las

(1) Mérida, *El jinete ibérico*.—*Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1900, y tirada aparte.

(2) Mérida, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos: Ídolos ibéricos*, I (1897), 145; III (1899), 98.—*Colección de bronce an-*

regiones meridional y oriental, donde más adelante alcanzaron los indígenas. Sobresalen por su arte las de la Bastetania, las de la Sierra de Andalucía, ó sea de la Oretania, y las de la Turdetania. El hallazgo más numeroso é importante de estas figurillas ibéricas es el ocurrido en Despeñaperros, en un paraje inmediato á Cástulo, que ha sido cuidadosamente estudiado por D. Horacio Sandars (1), el cual ha reconocido con acierto en aquella cuantiosa acumulación de exvotos la larga existencia de un centro de culto que vivió hasta bien entrada la dominación romana, como lo atestiguan las monedas imperiales descubiertas con las figurillas, que nos revelan, no solamente el arte, sino los trajes, el modo de orar y las costumbres piadosas de nuestros aborígenes.

También debe reconocerse arcáico origen griego á la ornamentación de las espadas de hierro, las *falcatas*, cuya forma nos recuerda los sables orientales usados por los habitantes del Mediodía y cuyos ejemplares más antiguos son los hallados en Almedinilla, en la provincia de Córdoba.

¿Qué os diré de la orfebrería, que nos ofrece piezas tan notables como la diadema de Jávea (2) (véase lámina XIII), cuya identificación facilitaron las mismas esculturas del Cerro de los Santos (véanse láminas X y

tiguos de D. Antonio Vives, 1902, y tirada aparte.—Ídolos bastetanos, VII (1902), 272.

(1) Horace Sandars, *Un centro de culto ante romano en el Sur de España.*—*Ateneo*, Revista mensual, I, Abril 1906, pág. 376.

(2) Mérida, *El tesoro ibérico de Jávea: Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1895.—*Las esculturas del Cerro de los Santos, Apéndice 105.*

XI), y que no es una pieza aislada, puesto que hay otra análoga, existente en el Museo del Louvre, la cual procede, no de Extremadura, como hasta ahora se ha creído, sino de Asturias? ¿Qué os diré de la cerámica pintada, tan abundante sobre todo en lo que luego fué la España Citerior, y notable por su ornamentación de estilo generalmente curvilíneo, del que forman parte, no solamente trazados lineales, sino figuras de animales, y de estilo rectilíneo, uno y otro como reflejos de los estilos griegos miceniano y geométrico?

El cuadro es vasto, la materia abundante, los ejemplares numerosos. Mas de su examen tan sólo obtendríamos repetidas pruebas de lo dicho. En resumen: al abarcar de una ojeada sintética el dilatado campo de nuestra Arqueología ante-romana, se advierte que los elementos civilizadores fueron importados sucesivamente del Egipto, del Asia, del Oriente miceniano y de la Grecia helénica; que tales elementos determinaron en un período de muchos siglos una evolución que no fué uniforme ni fácil, sino que se manifestó con caracteres regionales dignos de muy detenido estudio, y que sumándose y confundiéndose, sin embargo, al cabo, esas influencias en una unidad ibérica, nos revelan cómo nuestros aborígenes pasaron de los jeroglíficos á la egipcia de Fuencaliente, la Batanera y Altamira, al alfabeto ibérico de origen al parecer oriental, de la construcción de dólmenes á la de tumbas al modo miceniano, de la arquitectura ciclópea á la helénica, de los ídolos de tipo troyano á las esculturas bastetanas de carácter arcáico griego, de la ornamentación miceniana á la de los dorios; de manera que al ser sojuzgados

por los romanos, que hubieron de tolerarles sus cultos, su idioma, sus costumbres y su arte, debían todo esto á invasores y colonizadores; debíanlo también á su propio esfuerzo y á sus peculiares aptitudes para asimilarse tales elementos y transformarlos. En una palabra, á la civilización que alcanzaban podían llamarla suya, ibérica.

HE DICHO.

EL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ M. ASENSIO Y TOLEDO

I

SU VIDA

En Sevilla, cuna y centro memorable de literatos y artistas, nació el día 14 de Agosto de 1829 D. José M. Asensio y Toledo, «sevillano por familia, nacimiento, educación, aficiones y estudios, más todavía, por su vida entera transcurrida en las orillas del Betis,» como dijo al saludarle galanamente en nombre de esta Academia D. Antonio Sánchez Moguel, cuando para ingresar en ella vino Asensio á la Corte. En Sevilla cursó Leyes y se licenció en Derecho en Julio de 1851.

Tempranas y ardorosas debieron ser sus aficiones literarias y artísticas, pues joven aún, en el año, para él dichoso, de 1864, dió á luz su primer trabajo cervantino, fruto sin duda de largos anhelos de bibliófilo, el volumen de *Documentos inéditos sobre Cervantes*, y realizó la inesperada y singular conquista del *Libro de descripción de verdaderos retratos* de Francisco Pacheco, que andaba perdido, y que más adelante dió á conocer con la interesante biografía del autor.

Quien con tal pujanza mostraba dichas aficiones, ganó con ello bien luego nombre de cervantista y de bibliófilo, amante de las artes sevillanas.

En 1869 creó, con D. Pascual Gayangos, D. José María de Alava y D. Francisco de B. Palomo, la *Sociedad de Bibliófilos andaluces* para la publicación de obras inéditas y repetición de ediciones agotadas. Alma de ella, que muestra su generoso entusiasmo en no pocos de sus curiosos volúmenes, fué Asensio, y alma también de la Real Academia sevillana de Buenas Le-

tras y de la de Bellas Artes de aquella ciudad, ejerciendo en ambas durante años el cargo de Director.

Como cervantista, sus cartas literarias y opúsculos varios le granjearon merecidos aplausos y la estimación general de los eruditos y literatos. Como bibliófilo, la fama de su biblioteca, que él mismo dió á conocer, acreditó sobradamente su competencia. Y, en fin, los estudios históricos y artísticos tuvieron en él un cultivador entusiasta y un generoso protector, que dió de ello muestra singularísima con la magnífica reproducción del libro iconográfico de Pacheco.

Poco afecto á los azares de la política, militó en ella tan sólo pasivamente, y sin duda llevado de la amistad que le unía con D. Antonio Cánovas del Castillo.

La conmemoración del cuarto Centenario del descubrimiento de América le halló propicio para narrar la vida de Cristóbal Colón en una extensa obra que, sobre los méritos contraídos, le abrieron las puertas de esta Academia en la vacante que había dejado D. Aureliano Fernández-Guerra, de la que Asensio tomó posesión el 9 de Junio de 1895, y á su notable discurso, que versó sobre el gran genovés, contestó, como queda dicho, Don Antonio Sánchez Moguel. Desde 1893 había trasladado Asensio su residencia á Madrid, donde ya permaneció el resto de su vida, que siguió consagrando á sus aficiones, las que compartió últimamente con el desempeño de un cargo en la Administración pública, el primero y el único (que sepamos tuvo), el de Consejero de Estado, cuyo nombramiento fué, por cierto, el postrero que firmó en 1897 D. Antonio Cánovas del Castillo antes de ser víctima del anarquismo.

El cervantista ilustre de quien venimos hablando tenía por ello ganado el honroso derecho de sentarse en uno de los señalados siales de la Academia Española, que al efecto le eligió el día 21 de Noviembre de 1901. Pero ya enfermo Asensio, su recepción no se verificó hasta el 29 de Mayo de 1904. Dedicó su discurso á las *Interpretaciones del Quijote*, y en la contestación, debida á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, está aquilatada con singular precisión la figura literaria de Asensio, de cuya labor condensa el juicio que le merece con estas palabras: «No hay escrito alguno del Sr. Asensio, por breve que sea, que no vaya marcado con el sello de la investigación propia, y no traiga alguna novedad á la historia literaria.»

A sus méritos debió también Asensio los títulos de Académico preeminente de la de Santo Tomás de Aquino y de la Colombina onubense; Correspondiente de la de los Arcades y de la Pontificia de Arqueología de Roma, y de la de Ciencias de Lisboa.

La circunstancia de haber residido tantos años fuera de Madrid, retardó sin duda el ingreso de Asensio en las Reales Academias. Vímosle llegar á la Española anciano y achacoso. A pocos días de su recepción agraváronse sus padecimientos, de suerte que no volvió á salir de su casa, donde le sorprendió súbitamente el fin de sus días el 14 de Diciembre de 1905, respetado de todos, que por noble y bondadoso le querían, y bendecido de sus hijos.

II

SUS OBRAS

Trabajos de cervantista.

Documentos inéditos sobre Cervantes: Sevilla, 1864.

Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, con algunas observaciones y artículos sobre la vida y obras del mismo autor, y las pruebas de la autenticidad de su verdadero retrato, precedidos de una carta escrita por el señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, é ilustrados con la copia del retrato que pintó Francisco Pacheco: Sevilla, 1864; 4.º mayor.

Observaciones sobre las ediciones primitivas de Don Quijote de la Mancha: *Revista de España*, 13 Agosto 1869, tomo IX, página 367.

Cartas literarias sobre el Quijote.—Primera, á M. Mariano Droaps: Cádiz, imp. de la *Revista Médica*, 1868; 4.º—Segunda, á D. Aureliano Fernández-Guerra.—Tercera, á D. Mariano Pardo Figueroa: Sevilla, 1870; 8.º

Cervantes y sus obras.—*Cartas literarias dirigidas á varios amigos*: Sevilla, Geofrín, 1870; 8.º (Tirada de 150 ejemplares.)

Recuerdos de Cervantes. El compás de Sevilla: Sevilla, 1870; 4.º (Tirada de 100 ejemplares.)

Catálogo de algunos libros, folletos y artículos sueltos referentes á la vida y á las obras de Miguel de Cervantes Saavedra..... que ha reunido D. José M. Asensio: Sevilla, Tarascó, 1872; 4.º

Los continuadores de El Ingenioso Hidalgo.—La obra de un Avellaneda desconocido: Revista de España, 28 Agosto 1873, tomo XXXIII, pág. 451. Tirada aparte: Madrid, J. Noguera, 1873; 4.º

¿Puede traducirse el Quijote?: Revista de España, 28 Octubre 1873, tomo XXXIV, pág. 529.

El Conde de Lemos, protector de Cervantes. Estudio histórico: Madrid, 1880; 8.º

Catálogo de la Biblioteca cervantina de D. José María Asensio..... publicado en la Revista de Valencia, con una carta-aclaración del Vizconde de Bétera: Valencia, Domenech, 1883; 4.º (Tirada de 50 ejemplares.)

Cervantes inventor. Discurso impreso en un folleto con otros trabajos leídos en la Academia de Buenas Letras de Sevilla el 23 de Abril de 1874, en conmemoración del aniversario de la muerte de Cervantes: Sevilla, Baldaraque, 1874.

Nota de algunos libros, artículos y folletos sobre la vida y las obras de Miguel de Cervantes Saavedra: Sevilla, Rasco, 1885; 8.º (Tirada de 100 ejemplares.)

Un cervantista portugués del siglo XVIII quemado por el Santo Oficio de la Inquisición. Apuntes biográficos: Sevilla, E. Rasco, 1885; 4.º

Proemio á la «lujosa edición» de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, ilustrada por D. J. Moreno Carbonero y D. L. Barrau: Barcelona, Seix, 1898. Dos tomos y uno de Apéndices, en 8.º

Cervantes y sus obras: Barcelona, 1902; 4.º Con un prólogo del Dr. Thebussem.

Interpretaciones del Quijote. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo el día 29 de Mayo de 1904: Madrid, Imprenta Alemana, 1904; 8.º mayor, 41 páginas. Desde la 21, «Discurso de contestación del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.»

Otros trabajos literarios.

Sebastián de Horozco. Noticias y obras inéditas de este autor dramático desconocido: Sevilla, Geofrín, 1867; 8.º

Rodrigo Fernández de Ribera. *Los Antoios de mejor vista*, obra muy útil y provechosa, y *Carta escrita á un amigo suyo, consolándole en la muerte de su padre*: Madrid, Rivadeneyra, 1871; 8.º mayor.

Hércules, poema en 145 cantos, escrito por el Conde de Montesquieu: *Revista de España*, 13 Agosto 1878, tomo LXIII, página 413.

Hércules, poema del Conde de Montesquieu: Sevilla, Gironés y Orduña, 1878; 8.º

D. Juan de Arguijo. Estudio biográfico: Madrid, Tip. Gutenberg, 1883; 8.º

Fernán Caballero. Estudio biográfico: Madrid, *La España Moderna*, s. a.

Necrología del Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca: Sevilla, *El Universal*, 1889; 8.º

Calderón. Rasgos biográficos destinados á una lectura que no llegó á darse. Publicado en varios periódicos.

Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*Colección de Escritores Castellanos*.—*Fernán Caballero: Obras completas*, tomo I (240 páginas): Madrid, «Sucesores de Rivadeneyra,» 1893.

La patria de D. Juan de Jáuregui: *La España Moderna*, tomo CXXVIII, Agosto 1899, pág. 73.

Prólogos á las obras siguientes: *Leyendas y tradiciones sevillanas*, por el Sr. Cano y Cueto.—*Recuerdos de las montañas*, por D. José Lamarque de Novoa.—*Aves y Flores*, por Doña Antonia Díaz de Lamarque.—*El precio de una dádiva*, por Doña Antonia Díaz de Lamarque.—*Azucena entre espinas*, por Sor María de los Angeles.

Trabajos artistico-literarios.

Retratos de autores españoles, sacados en facsímil de antiguas ediciones de sus obras. Primera serie, 1563-1701. Van unidos por apéndice cinco retratos en litografía de poetas de la escuela sevillana del siglo XVIII: Sevilla, 1869. (Tirada de 50 ejemplares.)

Francisco Pacheco. *Sus obras artísticas y literarias, especialmente*

el libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, que dejó inédito. Apuntes que podrán servir de introducción á aquel libro si alguna vez llega á publicarse: Sevilla, Geofrín, 1867; 8.º—Segunda edición: Sevilla, F. Alvarez, sin año (1876?); 8.º

Francisco Pacheco. Sus obras artísticas y literarias. Introducción é historia del libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, que dejó inédito: Sevilla, Rasco, 1886; 4.º

Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, por Francisco Pacheco. En Sevilla, 1599. Volumen en folio; edición foto-cromo típica: Sevilla, 1886.

Murillo. Su inspiración providencial como pintor de la Inmaculada. Discurso leído en la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino el 11 de Diciembre de 1881: Sevilla, Izquierdo y sobrino, 1881.

Monumento á San Fernando. Las columnas del templo de Hércules: Sevilla, Gironés y Orduña, 1883; 4.º

Arqueología: azulejos de Triana, sepulcro notable. Sin lugar ni año; 8.º

Palacio de los Visires árabes en Sevilla. Publicado en *La Ilustración Católica* y otros periódicos.

Trabajos de americanista.

Los restos de Cristóbal Colón están en la Habana. Demostración: Valencia, Domenech, 1881; 4.º (Se publicó primeramente en la *Revista de Valencia*.) Segunda edición aumentada con un artículo sobre el año en que nació Cristóbal Colón: Sevilla, Tarascó, 1881; 4.º

Cristóbal Colón. Su vida, sus viajes, sus descubrimientos: Barcelona, 1891; folio. Dos volúmenes.

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José María Asensio y Toledo el día 9 de Junio de 1895: Madrid, Los Huérfanos, 1895; 8.º mayor, 62 páginas. El tema tratado es *Cristóbal Colón*. En la página 55 comienza la «Contestación del Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Moguel.»

Juan Pérez y Fr. Antonio Marchena: La España Moderna, 21 Septiembre 1890, pág. 93.

La última palabra sobre la salida de Cristóbal Colón en su primer viaje: La España Moderna, tomo XXXVIII, Febrero 1891, pág. 157.

La carta de Cristóbal Colón, con la relación del descubrimiento del Nuevo Mundo: La España Moderna, tomo XXXIV, Octubre 1891, pág. 5.

Martín Alonso Pinzón: La España Moderna, tomos XLI, Mayo 1892, pág. 142; XLII, Junio 1892, pág. 144; XLIII, Julio 1892, pág. 112. Tirada aparte: Avrial, s. a. (1892?)

La Leyenda Colombina: La España Moderna, tomo XLIII, Julio 1892, pág. 127.

Otros trabajos históricos.

Don Pedro I de Castilla: Revista de España, 28 Noviembre 1878, tomo LXV, pág. 168.

Don Pedro I de Castilla. Su reinado. Su carácter. El libro de su vindicación. Sin lugar ni año; 8.º

Logogrifos de la Historia.—*El Pastelero de Madrigal* (1595); *El hombre de la máscara de hierro* (1678-1703). Publicados en varios periódicos literarios.

Costumbres españolas. Toros en Cádiz en 1578. Recuerdo dedicado al Sr. D. Francisco R. de Uhagón: Madrid, Julián Palacios, 1889; 8.º (Tirada de 50 ejemplares.)

Prólogos á las obras siguientes: Historia de Andalucía, por D. Joaquín Guichot.—*Historia Universal*, por D. Manuel Sillén.—*Cristóbal Colón*, por D. José Lamarque de Novoa.

Trabajos académicos.

Relaciones del Yucatán. Dos volúmenes de la *Colección de documentos inéditos de Indias*, publicada por la Real Academia de la Historia.

Conveniencia de excavaciones en Itálica. Trabajo presentado á la Academia de la Historia.

Historia de Vigo y su comarca, por D. José de Santiago y Gómez. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXVIII (1896), pág. 474.



Documentos cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por D. Cristóbal Pérez Pastor. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXX (1897), pág. 399.

Sobre los libros Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros y Descubrimientos y viajes científicos por Mediodía de España y Norte de Africa. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXXIV (1899), pág. 508.

Homenaje á Menéndez y Pelayo. Estudios de erudición española. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXXVI (1900), pág. 149.

Sobre algunos incunables españoles relativos á Cristóbal Colón, por M. K. Haebler. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXXVI (1900), pág. 449.

Consideraciones históricas acerca de las islas Canarias, por Don José Wangüemert y Poggio. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXXVIII (1901), pág. 161.

Sobre la Crónica Troyana, publicada por D. Andrés Martínez Salazar. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XXXIX (1901), pág. 289.

El Loaysa de El Celoso extremeño, por D. Francisco Rodríguez Marín. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XLII (1903), pág. 442.

Apuntes para la historia de Villafranca de los Barros, por Don J. Cascales y Muñoz. Informe leído en la Real Academia de la Historia: *Boletín*, tomo XLIV (1904), pág. 246.

Otros muchos trabajos publicados en *Ilustraciones y Revistas*, sobre *Inauguración del monumento á D. Clemente de la Cuadra, en Utrera.*—*Colón y La Rábida* (libro del P. Coll).—*Las dos Regencias, España en 1833 y 1885.*—*Las ferias de Sevilla.*—*Obras de Cetina* (libro del Sr. Hazañas) y *España y América* (del señor Sánchez Moguel).—*La Eucaristía y La Inmaculada* (libro del señor Arbolí).—*Los verdaderos restos de Colón.*—*Latour.* Artículo necrológico publicado en varios periódicos.—*Fortuny.*—*Mattoni.*—*La Virgen de Valme, etc., etc.*

MADRID 14 de Noviembre de 1906.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

CONTESTACIÓN

DEL

R. P. FIDEL FITA Y COLOMER

ACADÉMICO DE NÚMERO

SEÑORES ACADÉMICOS:

A vuestra sincera aprobación y á la del público, noble y sabio, cuya presencia tanto nos honra, creo conformarme, si digo ser merecedor de unánime aplauso y de eterna alabanza el Discurso que en este solemne acto de su ingreso en nuestra Corporación acaba de pronunciar el Ilmo. Sr. D. José Ramón Mélida, tomando por tema de su disertación la Iberia arqueológica ante-romana, y desarrollándolo con amena claridad, proporcionado método y erudición admirable.

Antes que entrara, hace siete años, como Individuo de número en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, era ya el Sr. Mélida Correspondiente del Instituto Arqueológico de Berlín y Roma, cargo y honor que la docta Alemania no dispensa sino á muy contados entre los sobresalientes arqueólogos de otras naciones. Había compuesto y publicado obras de tan relevante mérito como la *Historia del Arte griego* y la del *Arte egipcio*, y trazado varias producciones literarias que también le ganaron alto renombre. Nombreado en 1886 Jefe de la Sección primera del Museo Arqueológico Nacional, «tal celo demostró—son palabras de un testigo de mayor excepción (1),—tanta constancia en clasificar y catalogar los numerosísimos objetos que se cuentan por miles en ella, y que pertenecen á

(1) D. Juan de Dios de la Rada y Delgado.

*

las diversas edades prehistóricas, ó mejor dicho, etapas que disciernen el paulatino progreso histórico de la primitiva humanidad; á las que nos dejaron los grandes imperios orientales, comprendiendo en ellas el Egipto; á las griegas y romanas, y especialmente á las ibéricas, que no sólo están ordenadas de modo que la sola visita, hecha con algún detenimiento, equivalga á una lección de Historia, de Arqueología y de Bellas Artes, sino que todas, convenientemente numeradas, constituyen un catálogo que consta de varios volúmenes manuscritos.»

Durante el último septenio, bien lo sabéis, Señores, D. José Ramón Mélida, con mayor ahinco, si cabe, y mejor suerte, ni ha dado paz á la pluma que traza, ni al talento que sigue y esclarece, ni al ingenio suyo sagacísimo que adivina y promueve los adelantos de la Historia (1). Los que visitan y recorren el Museo Nacional de Reproducciones artísticas, del que es dignísimo Director, pueden sin salir de Madrid contemplar, reflejándose como en espejo terso y fiel, lo más selecto que la clásica y la no clásica antigüedad desparramó sobre la haz de la tierra, inspirándose de aquella belleza estética y de aquel innato deseo de la inmortalidad, que siempre acompañan á la consciente inteligencia en todas sus obras. Nadie más á propósito para formar y dirigir tan rico depósito de nuestra cultura nacional como

(1) Entre tantas elucubraciones como han brotado recientemente de su pluma doctísima, son dignos de peculiar atención la que lleva por título *Las esculturas del Cerro de los Santos*: Madrid, 1906, y la *Noticia de la vida y escritos del Muy Ilustre Señor D. Martín de Gurrea y Aragón, Duque de Villahermosa, Conde de Ribagorza*: Madrid, 1903.

el Sr. Mélida, que no una, sino muchas veces, ha sido enviado por el Gobierno español para representar á nuestra Patria en Portugal, Francia, Grecia y Turquía europea, asiática y africana, ya con motivo de Congresos internacionales é instalaciones artístico-arqueológicas, ya con el fin de sacar y traer ópimo fruto de las Misiones científicas que ha desempeñado y expuesto por escrito y de palabra en diferentes series de Memorias impresas y de Conferencias didácticas. Y como si esto no bastase, que basta y sobra para encajarse sus méritos de historiador, ha formado parte, poco há, de la Comisión española, presidida por nuestro sapientísimo Decano, el Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, y alentada por la presencia augusta de nuestro ínclito Soberano, la cual, asociándose amigablemente á los Sres. Könen y Schulten, enviados con igual propósito por el Gobierno alemán, ha removido hondamente el suelo del recinto y afueras de la invicta Numancia, y devuelto á la luz del sol infinitos objetos que determinan las épocas retrospectivas de tan memorable pueblo, anteriores á la romana, desde la celtibérica, influída por el trato y comercio de griegos y cartagineses, hasta las prehistóricas.

Entre estos objetos descuellan, á mi juicio, por su importancia, los *epigráficos*, que artifició la ruda mano del hombre protohistórico, así como las hachas de piedra ó bronce. Grabados aquellos signos en la viva roca ó peña bravía, en el bloque suelto y en la cerámica sin cocer, se han visto desparramados por ambos mundos y en las islas innumerables del Océano Pacífico. Su estudio, de un siglo á esta parte, al que se han entregado peritísimos ingenios de todas las naciones, ha



hecho sudar la prensa en tanto grado, que los libros y artículos dedicados á este novísimo ramo de la Ciencia arqueológica rebasan la capacidad de una grande biblioteca (1). Bien comprendéis, Señores, que entiendo hablar de los caracteres de figura semi-esférica en su composición esencial é imitativos de las constelaciones celestes con sus ráfagas de luz, representadas por rayas primeramente rectas y después curvilíneas, que el hombre primitivo, lleno de estupor, contemplaba resplandecientes, como ojos vivos que le miraban al través del azulado manto de la noche serena. La naturaleza terrestre, con sus mil encantos y armoniosa trabazón de sus reinos, inorgánico y orgánico, imprimieron en la mente de nuestros aborígenes la sensación del esplendor del orden; y de ella manó, ni es de maravillar, aquel arte primordial de arquitectura, escultura y aun de pintura, que con tanta verdad de realidad, como elegancia de lenguaje, nos ha descrito el Sr. Mérida; pero tampoco cabe negar, teniendo en cuenta los adelantos modernísimos de la Epigrafía, que el sistema de Champollion, fundado en la enseñanza de Clemente Alejandrino, clave inicial del desciframiento de la escritura egipcia, adolece del defecto de contraerse á muy pocas regiones, y ha sido hondamente modificado por la comparación del de otras gentes y de otros países. Supone aquel sistema que el arte de la escritura nació del dibujo de objetos sensibles que expresaban directa é inmediatamente su realidad, á la imaginación por el re-

(1) Véanse enumerados y descritos, aunque no todos, hasta el año 1901 por Magni (Dr. Antonio) en su obra, iluminada con veintitrés grandes láminas, *Nuove pietre cupelliformi nei dintorni di Como* (Lombardía).

trato y á la mente por el ideograma alegórico, y por espontánea ó docta reflexión, la enunciación de su palabra en el ánimo ó lengua del vidente; que la expresión directamente fonética de todo un vocablo por medio de un monograma, como lo hacen los chinos, que cuentan en su diccionario tantas letras como palabras, ó de una sílaba, como acontece en el asirio, ó de una consonante sobrentendiendo una vocal, como en los más de los idiomas semíticos, ó de una sola letra, como en los alfabetos griego y romano, brotó y se perfeccionó mucho tiempo después de haber reinado aquel primer sistema. Yo creo, Señores, que los dos nacieron á la vez; porque el hombre jamás careció de inteligencia, y tan espontáneo es en ella el expresar su verbo por una señal gráfica exterior de un modo como de otro. ¿Acaso la escritura cuneiforme del Tigris y del Eufra-tes es posterior por el tiempo á la jeroglífica y harto refinada del Nilo? Y en esta misma, ¿no se ven mezclados desde tiempo inmemorial ideogramas y puras letras? Los bereberes, que descienden de los libios, dueños en edades remotísimas de casi toda el Africa Septentrional, ¿no conservan, aun ahora, el sistema gráfico formado exclusivamente de rayas y puntos ó esferillas? La escritura ógmica que usaron los druidas de Irlanda y Escocia, y los siluros del país de Gales, á los que llama Cornelio Tácito antiguos iberos (*Hiberi veteres*), es tan fonética como la griega y la latina, porque en ella las vocales se figuran por una, dos, tres, cuatro y cinco escudillas, y las consonantes por rayas, ya sobrepuestas, ya cortantes, ya pendientes de un cordón que las enlaza. Y si del antiguo pasamos al Nuevo Mundo, ¿qué otra cosa son los *quipos* de los peruanos y los je-

roglíficos de los aztecas, sino clara y simultánea manifestación de entrambos procedimientos?

Día venturoso fué para la Arqueología ibérica el 31 de Enero de 1902. Reunidos en sesión ordinaria oíamos con atenta avidez la exposición que nos hizo el célebre escritor inglés Sir John Rivett Carnac de sus viajes al través de Asia y de Europa, trazando en compendio la extensión y altura á que han llegado los descubrimientos, estudios y publicaciones suscitados por este linaje de escritura arcana y primitiva, que calificó de *hemisférica*, y que acaba de manifestarse entre los escombros antiquísimos y profundos de la ciudad de Numancia. Acompañó á su disertación dibujos y fotografías suficientes para dar idea clara y metódica de tales objetos (1), como lo son un túmulo y un obelisco escoceses, la peña de Cumaón y los túmulos de Nagpûr en la India oriental, y los tipos más usuales en nuestra Europa. Hizo presente que habiendo visitado, un día antes, la Sección primera del Museo Arqueológico Nacional, sabiamente arreglada por el Sr. Mélida, se fijó en los grandes jabalíes de piedra traídos á Madrid desde Segovia y Avila, y que en la espina dorsal de aquellos númenes terminales y simbólicos del tutelar de los celtas (2) se había fijado en que no son hijos de algún accidente de la naturaleza, sino artificios regular y simétricamente por la mano del hombre los caracteres

(1) Véanse las láminas XV, XVI, XVII y XVIII del Apéndice á estos Discursos.

(2) Véanse dos obras del insigne celtista M. D'Arbois de Jubainville, tituladas *Cours de littérature celtique*, tomo XII: París, 1902, y *Les druides et les dieux celtiques à forme d'animaux*: París, 1906.

de la escritura hemisférica que allí se descubren. Atendiendo á la escritura ógmica, de cuyos signos está completamente determinado el valor fonético por medio de las inscripciones bilingües, dispersas en Escocia, Irlanda y en el país de Gales, habitación éste de los silures, á quienes llamó Cornelio Tácito, como ya lo indiqué, *Hiberos antiguos*, se atrevió el noble arqueólogo inglés á descifrar, ó barruntar, su lectura. «El jabalí de Segovia, nos dijo (1) (alto, 915 mm.), que fué regalado por la Comisión de Monumentos de aquella provincia, y el menos alto (950 mm.) de los dos avileses, ostentan sobre el espinazo, con dirección del cuello á la cola, tres cazoletas, distribuídas así:

O OO

En el tercero, que es el otro avilés (alto 1,10 m.), campea sobre el lomo del cuadrúpedo la misma inscripción, aumentada ó completada por otro signo que quizá debe sobrentenderse en aquélla

O OO OOOO

Si las interpretamos con arreglo al alfabeto ógmico, leeremos en los dos primeros epígrafes

A O

y en el tercero

A O I

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XL, páginas 362 y 363.

vocablo, el último, semejante ó análogo á una inscripción ibérica grabada sobre una roca de Asturias y estudiada por el Dr. D. Emilio Hübner (1):

A II Y IV
a h u i

Las cazoletas de los referidos jabalíes se miden por un radio esférico que varía de 17 á 20 y á 25 mm., habiéndose dilatado su boca por la erosión de las lluvias ú otros accidentes. «Opino—añadía—que no fueron abiertas ó excavadas por el escultor anónimo que labró los dioses *¿Termini?* figurados por estos animales; creo que las halló en el pedazo de granito que le sirvió de material, y fué desgajado de la breña ó roca granítica por una conmoción de la naturaleza, y acaso rodó sobre la llanura durante la época glacial.»

A tan atrevidas, mas no improbables, conclusiones, que robusteció poco después el Sr. Rivett-Carnac con una Memoria, publicada en nuestra Revista, sobre la sagrada *pedra de Scone*, que servía de asiento á los antiguos reyes de Escocia cuando eran coronados, faltaba otra, y bien se ve, capitalísima prueba: la de encontrar en nuestra Península vastísimo y adecuado campo de exploración acerca de este ramo epigráfico, á la par que artístico, de la primitiva cultura de los iberos. La exploración y confirmación no se han hecho aguardar, y en adelante no podrán menos de acrecentarse con extraordinario provecho. En Galicia y Portugal, Don

(1) *Boletín* de la Academia, tomo XXX, pág. 230. Véase la lámina XIX.

Federico Maciñeira Pardo (1); en la provincia de Cáceres, D. Mario Roso de Luna (2); en la de Badajoz, el señor Marqués de Monsalud; en la de Almería, D. Luis Siret (3); en la de Alicante, el P. Julio Furgús (4); en la de Teruel, D. Juan Cabré, fundador y director de la Sociedad arqueológica de Calaceite; en la de Santander, D. Hermilio Alcalde del Río (5), y otros diligentes investigadores en otras; por manera que, una vez abierta, recorrida y medida esa vía epigráfico-prehistórica que tiene ya su jalón y estación en la heroica Numancia, podamos y debemos rebajar, no poco, sino mucho, al torpe y bárbaro *salvajismo*, en el cual (sea dicho con el respeto que siempre me ha merecido la opinión del señor Mélida) ciertas escuelas, infectas de materialismo y de darwinismo, presuponen sumidos á los iberos ante-romanos.

He citado al sabio jesuita R. P. Julio Furgús, que en 1902 y 1903 publicó el resumen de sus doctas observaciones en dos monografías, que intituló *La Edad prehistórica en Orihuela*, donde á vueltas de primorosos grabados heliográficos, intercalados en el texto, que dan razón clara y exacta de los innumerables objetos de cerámica, piedra, metal y restos humanos, descubiertos

(1) *Boletín*, tomo XL, págs. 434-439.

(2) *Idem*, tomo XL, pág. 565; XLIV, 357-359; XLV, 352 y 353.

(3) *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo XIV (en prensa): Madrid, 1906.

(4) Revista madrileña *Razón y Fe*, tomo IV, págs. 43-50 (Septiembre 1902); V, 361-374, 484-495; VI, 93-106 (Marzo, Abril y Mayo 1903).

(5) *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander (Altamira, Covalanas, Hornos de la Peña, Castillo)*: Santander, 1906.

y estudiados por el autor, tres láminas exhiben ejemplares de la escritura hemisférica (1). No hay para qué advertir que siendo, como lo son, de la Edad prehistórica todas aquellas viviendas y enterramientos, ningún rastro han ofrecido de las letras que hemos convenido en llamar ibéricas. ¿Cuándo comenzaron éstas á introducirse en España? ¿Qué región invadieron? ¿Hasta qué tiempo se usaron? ¿Cómo se clasifican? ¿Qué lenguaje revelan? A tan interesantes preguntas satisfizo, cuanto era posible, en 1893 D. Emilio Hübner, publicando su admirable obra *Monumenta Linguae Ibericae*. No he de repetir lo que sobrado sabéis, señores Académicos, acerca de esta múltiple cuestión; pero sí, de paso, notar que el foco de que arranca semejante género de escritura, es el fenicio; el cual, contraponiendo su sencillez y utilidad á la complicación del asirio y del egipcio, irradió, simultánea y rápidamente, en todas las playas del Mediterráneo; y rebasando las columnas del Hércules tirio, bastantes huellas de su luz permanente imprimió en lo que va de la costa del gran mar, desde el Guadiana hasta el Tajo, y algunas, como es ya notorio, dejó en las del Cantábrico, descifradas también por Hübner. Sin embargo, con ser tantas, y dos ó tres de no corta extensión, las inscripciones ibéricas que se han descubier- to y de año en año van apareciendo, extendiendo el ámbito de nuestros conocimientos (2), su lenguaje, como

(1) Tomo VI, págs. 95, 99 y 101. Véanse en el Apéndice de estos Discursos, láminas XX y XXI.

(2) A las citadas por Hübner en sus *Monumenta Linguae Ibericae* hay que añadir:

1.—Fraga (Huesca). *Boletín* de la Academia, tomo XXV, página 275.

el de las vénetas y etruscas, salvo algunos accidentes gramaticales y los nombres propios de regiones y personas, es harto difícil. En igual situación se encuentran las inscripciones líbicas y las heteas, que han sido objeto de estudio á filólogos tan eminentes como Faidherbe, Halevi, Jourdan y Sayce; y en la misma se hallaban, hace un siglo, los grandes monumentos epigráficos del Egipto y del Asia anterior, cuyo enigma soltaron los trilingües de Roseta y de Behistún, dándonos fundada esperanza de que por semejante procedimiento, tarde ó temprano, llegaremos á interpretar los ya numerosos y característicos de la Iberia ante-romana.

Con razón se ha fijado el Sr. Mélida, al ir á terminar su docto Discurso, en las letras ibéricas que esmaltan el segundo aparejo de las antiquísimas murallas de Tarragona, sobrepuesto al ciclópico, é inferior al romano, infiriendo del arte arquitectónico y del tipo literario la distinción de tres épocas históricas, de las cuales el comienzo de la postrera coincide, á mi parecer, con la obra de los Escipiones cuando ardía la segunda guerra púnica, que por esto llamó Plinio á

2, 3.—Cagliari (Cerdeña). *Ephemeris epigraphica*, tomo VIII, págs. 513 y 514.

4, 5, 6, 7.—Asturias. *Boletín*, tomo XXX, págs. 227-237.

8, 9, 10, 11.—Pontevedra. *Boletín*, tomo XXXI, págs. 419 y 420.

12.—Ampurias. *Boletín*, tomo XXXVI, pág. 499.

13.—Barcelona. *Boletín*, tomo XLVI, pág. 176.

14.—Calatayud. *Ephemeris epigraphica*, tomo IX, pág. 181.

15.—Salobral (Albacete). *Bulletin hispanique*, tomo VIII, página 223.

16, 17.—Clunia. Inéditas, que ha descubierto en Octubre último el P. Francisco Naval, de las que ha dado noticia á la Academia.

Tarragona *Scipionum opus*. Tirrénica en su época segunda creeré que fuese Tarragona, es decir, cosetana ú oriunda de *Cosa*, cerca de Orbitelo, en Toscana, reducción geográfica que, á la par de los muros, justifican las monedas tarraconenses inscriptas con la leyenda $\curvearrowright \text{SE}$ (*cse*). Dos de sus inscripciones funerarias y otras de Sagunto van encabezadas por los vocablos $\text{P} \text{Q} \text{E} \cdot \text{X} \text{J}$ (*are dg*) ó su variante $\text{P} \text{Q} \text{E} \text{X} \text{C}$ (*aredec*), que Hübner estimó ser equivalentes al significado de los latinos *hic situs est*, y conjeturé (1) que pueden explicarse por los vascongados *aurré dago* ú *or dagó* (aquí está), no sin advertir su confirmación del valor fonético atribuído á las letras ibéricas por el sabio doctor alemán, la coincidencia del nombre del difunto

\blacktriangleright	M	\uparrow	M	M		S	E	\blacktriangleright	\blacktriangleleft
<i>a</i>	<i>i</i>	<i>o</i>	<i>n</i>	<i>í</i>	<i>i</i>	<i>s</i>	<i>e</i>	<i>a</i>	<i>c</i>

expresado por la segunda de las sobredichas lápidas saguntinas con el del toledano *Aiosec* que comparece en una lápida romana descubierta, seis años há, en el lugar de Nava de Ricomalillo (2).

Por último, el aparejo inferior ó ciclópico, de las murallas de Tarragona, cuya robustez maravillosa supo bien ponderar, van ya pasados unos mil años, el historiador y geógrafo árabe Arrází (3), era llamado

(1) *Boletín* de la Academia, tomo XXXVI, pág. 446.

(2) Festiva, Luci *Aioseci* ser(va), an(norum) XX, h(ic) s(ita) e(st). S(it) t(ibi) t(erra) l(evis).

(3) «Tarragona fué de los logares más antiguos, que fallan y fundamentos muy viejos et muy maravillosos. Et ay cosas que se non desfazen por ningun tiempo, maguer que todas las destruyó

por el inteligente cosmógrafo hebreo Benjamín de Tudela, obra de los hijos de Enac (ענק), ó de aquellos enaquitas, hombres de estatura gigantesca, que por la Biblia se dicen arraigados en la tierra de Canaán, cerca de Hebrón y de Jericó, y que en parte expulsados por los fenicios, salidos de la Eritrea del golfo pérsico veinte siglos antes de Jesucristo, avanzaron con *Ínaco*, su jefe y primer monarca pelasgo de la Argólida, y á quienes cabe atribuir la fundación de Argos, Micenas y Tirinto. El Arte miceneo, que tanta ilustración recibe de lo que nos ha dicho el Sr. Mélida, resplandece asimismo en el dique ó muelle del puerto que fué de Ampurias, hoy cegado completamente por las arenas del Fluviá. Visitando las ruínas emporitanas, tuve ocasión de observar que el basamento del dique levantado sobre la escollera es de construcción ciclópica, y que sostiene las hiladas regulares y distintivas de otra ú otras épocas, como acontece en Tarragona. Las tres ciudades que en pos de Estrabón describió Tito Livio, una la indigética, otra la griega, también ante-romana, y, finalmente, la colonia que fundó Julio César, poco después de haber ganado la batalla de Munda, conservan todavía buena parte de las murallas que rodeaba é interiormente separaba la trípolis, ó triple recinto, donde monumentos innumerables, con inscripciones y sin ellas, ponen de manifiesto la respectiva cultura artística y literaria. Las monedas allí acuñadas, y los mármoles grabados con letras ibéricas, compiten en

Tarife [et] el fijo de Nazayr, quando entró en Espania, et él mató las gentes et destruyó las obras; mas non pudo todas, tanto las fizieron de firmes.» *Memorias de la Academia*, tomo VIII, páginas 41 y 42.

belleza y primor de forma con los mejores de la Hela-
de (1). Osténtalos asimismo la ibérica Barcelona, capi-
tal de los ⲚⲢⲙ ⲉⲙⲕⲙ (*laieisken*) ó layetanos; á la cual
Ausonio llamó *púnica*, sin duda por creer, no que debía
su población cartaginesa al paso efímero de Aníbal,
sino á una colonia proveniente de la populosa ciudad
greco-líbia de *Barce*, en la Sirte mayor del Africa sep-
tentrional; y si bien es verdad que no poseemos aún
ningún monumento púnico que lo acredite, ¿cómo no
esperar que pronto aparezca? Así poseemos ya el ro-
mano del tiempo de la República, que hace ver cuán-
do y por quién se construyeron los lienzos, torres y
puertas del primer recinto amurallado de Barcelona.
Comparando esta lápida (2) insigne con sus similares
de Cartagena, pronto se cae en la cuenta de que todas
ellas se grabaron á raíz de las victorias de Publio Cor-
nelio Escipión el Africano, que en el año 206 antes de
Jesucristo acabó con el dominio cartaginés en todos los
ámbitos de nuestra Península. ¿A quién no admira la
perfección del arte púnico, influído por el griego, que
se refleja en algunos bustos marmóreos de Cartagena,
con reminiscencias del asirio-caldeo, traído por los feni-
cios? (3). ¿O bien el puro griego, reflejándose en la cabe-
za hermosísima de Palas Atenea, adorada en la acró-
polis de la focense Denia? (4). Una sola inscripción fu-
neral, trazada en púnico (5), entre tantas como nos ocul-

(1) Véase el fotograbado en el tomo XXXVI del *Boletín* aca-
démico, pág. 499.

(2) Lámina XXII.

(3) Lámina XXIII.

(4) Láminas XXIV y XXV.

(5) Publiqué su fototipia y traducción en el tomo XLVI del
Boletín académico, pág. 428.

ta el suelo español, se ha revelado, y esto muy poco há. Es la que *original* enriquece el Museo de la Academia y ha sido hallada en Villaricos, donde yacen las ruínas de la antigua *Baria*, hoy Vera, hacia el centro del golfo de Almería. Las grandes anclas de plomo que han descubierto los buzos en aguas del cabo de Palos, marcadas con inscripciones griegas y latinas; los infinitos objetos encontrados, clasificados y estudiados con profunda claridad científica por D. Luis Siret, de los que nos acaba de enviar extensa Memoria, y que discurren por gradación sucesiva, augurio son del inmenso servicio que la Arqueología epigráfica y anepigráfica se dispone á prestar á la antigua historia del pueblo ibero, por tantos títulos gloriosísima. Lo que ha pasado en Numancia, ha ocurrido y ocurrirá cuantas veces se reconociere con acertada previsión y constancia el tronco y la raíz de la historia del pueblo ibero. Así en Uclés y en Cabeza del Griego descubrimos, hace menos de veinte años, la inscripción del dios Airón, al que rendían culto los *Oculenses*, y la que resolvió el problema del asiento que tuvo la celtibérica ciudad de Segóbriga (1), lápida romana del siglo segundo, en la que se ve esculpido el *arco de herradura*, como en las de León, asimismo romanas, y en otra de la Edad visigótica en la lusitana Mértola. Hachas de piedra y de bronce, revueltas en aquellos escombros de Cabeza del Griego, nos hacían creer que no distaba mucho una estación prehistórica de la ciudad segobricense; y ésta apareció y fué explorada y estudiada y descrita minuciosamente por el R. P. Eduardo Capelle en el *Bo-*

(1) Véanse las láminas XXVI y XXVII.

letín académico con universal complacencia del mundo sabio. Ya centellea en las provincias del Norte el astro radiante de la Arqueología para vindicarlas de la acusación que espíritus aviesos á la realidad positiva habían formulado, suponiéndolas sumergidas, hasta que vinieron á España los romanos, en las tinieblas del salvajismo y en el colmo de la barbarie. Podíamos suponer, teniendo á la vista las obras de arte que nos legaron los hombres de la Edad paleolítica, que si tanto ingenio desplegaron, no les faltaría talento para inventar la escritura ó los signos gráficos de su habla y de su pensamiento. Pues esto es lo que nos manifiestan, como un hecho real é incontrovertible, las cuevas prehistóricas de la provincia de Santander, donde el cántabro retrató la fisonomía de su rostro aguileño, y buriló con la punta del pedernal el escorzo de aquellas mismas y finas manos que dibujaron y pintaron los animales de la floresta y los domesticados que compartían su labor y albergue, y á mayor abundamiento numerosos dechados de la escritura hemisférica.

¿Y qué decir del arte escultural, que resplandece en la provincia de Alava? (1). ¿Qué de los epígrafes del primero y segundo siglo de la Era cristiana, que tanto en esta provincia como en las de Vizcaya y Guipúzcoa vienen acreditando la cultura romana y ante-romana de toda la *Euscalerría*, al paso que van indicando los vocablos propios del lenguaje de los euscaldunas? ¿Qué de los grandes dólmenes que ha descubierto y diseñado D. Juan de Iturralde, nuestro sabio Correspondiente, en ásperas é intrincadas malezas y casi intransitables

(1) Véase la lámina XXVIII.

breñas de la provincia de Navarra? ¿Qué de lo que ha descubierto en las islas de Ibiza y de Formentera Don Juan Román y Cálvez, y está publicando actualmente (1), no sin feliz enlace de la arqueología fenicia y púnica con la del Cerro de los Santos? Y para no dilatar más de lo justo mi razonamiento, ni abusar, Señores, de vuestra generosa atención, ¿cómo desconocer cuánto ha progresado la historia de Madrid merced á la luz y al apoyo que la Arqueología le confiere? El yacimiento del primer período del terreno cuaternario, cabe el Manzanares, poco distante del cementerio de San Isidro, y riquísimo de aquellas hachas de piedra que colocan á Madrid entre las más antiguas moradas de la Humanidad, ¿cómo puede llamarse primer aro de una cadena de población, prolongada y permanente, ó nunca interrumpida al través de los siglos? Pues ahí están fuera de Madrid, en Valdocarros, junto á Poveda y entre esta villa y Arganda, las estaciones prehistóricas del período de Solutré, de las cuales dió cuenta en nuestro *Boletín* el Sr. Vilanova; más allá, en Torres, Arganda, Alcalá de Henares, Titulcia y Perales de Tajuña y Carabaña, y más acá, en Barajas y Ciempozuelos, y dentro de Madrid, y en Brunete, y en Quijorna, y en Villamanta, y en Villalba, y en San Martín de Valdeiglesias, centenares de inscripciones é infinidad de objetos de arte prehistóricos é históricos, ya conocidos y llamados á rehacer desde sus orígenes la verdadera historia de la capital de España. ¡Ojalá se corten los árboles que al entrar en la quinta de los Carabanche-

(1) *Los nombres é importancia arqueológica de las islas Pythiusas*. En folio mayor, con profusión de láminas; Barcelona, 1906.

les, propiedad de la Emperatriz Eugenia, cubren tal vez y gastan con sus nudosas raíces el mosaico romano iluminado de variados colores (1), del cual tan sólo una exigua parte conocemos! ¡Ojalá se profundice técnicamente el suelo donde se asentó la ciudad de *Miacum*, á corta distancia del nacimiento del arroyo de los Meaques, que fecundiza el parque del Alcázar de nuestros Reyes! ¡Ojalá se reconozcan interiormente las cuevas prehistóricas, vírgenes todavía de exploración, que abren sus bocas como pidiendo gracia y compasivo afecto á los viajeros que van á cruzar el puente tendido sobre el Jarama al alejarse de Madrid por la vía estrecha de ferrocarril que á la villa de Arganda conduce!

Termino, señores Académicos. Ni á vosotros, ni al apiñado público, que tanto nos favorece y honra con su amable y noble presencia, se puede ocultar que el Arte, precedido de la Geología y Paleontología, y seguido de la Epigrafía y Filología, es el agente hermoso, poderoso y central, de los adelantos de la Ciencia histórica, que tiene por objeto recorrer, abarcar, esclarecer, reconquistar y devolver idealmente á la vida de la inmortalidad todos y cada uno de los inmensos dominios de la Iberia ante-romana. En este ramo especialmente se ha distinguido y distinguirá, colaborador infatigable y sobresaliente de las tareas propias de nuestro Instituto, el Ilmo. Sr. D. José Ramón Mélida. Démosle, pues, de todo corazón y con toda el alma, la bienvenida.

HE DICHO.

(1) Véase la muestra iluminada de este monumento en el tomo I, pág. 87 de la *Hist. de la Villa y Corte de Madrid*, por D. J. Amador de los Ríos y D. J. de Dios de la Rada y Delgado.

APÉNDICE

LÁMINAS



LÁMINA I.—Pinturas prehistóricas de la cueva de Hornos de la Peña (Santander).

(De la obra *Las pinturas y grabados de las Cavernas prehistóricas de la provincia de Santander*, por D. H. Alcalde del Río.)



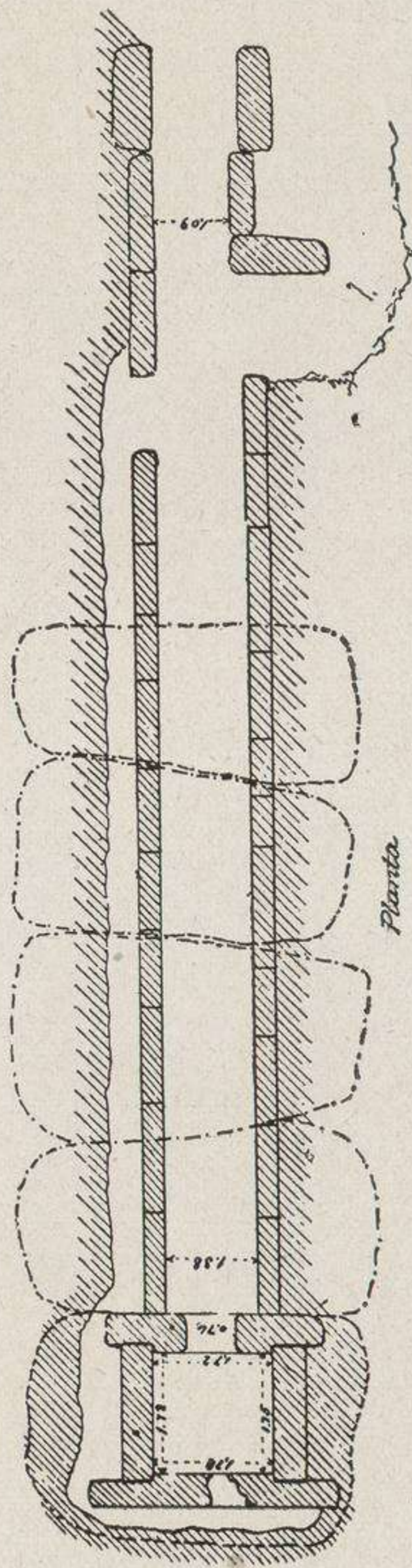
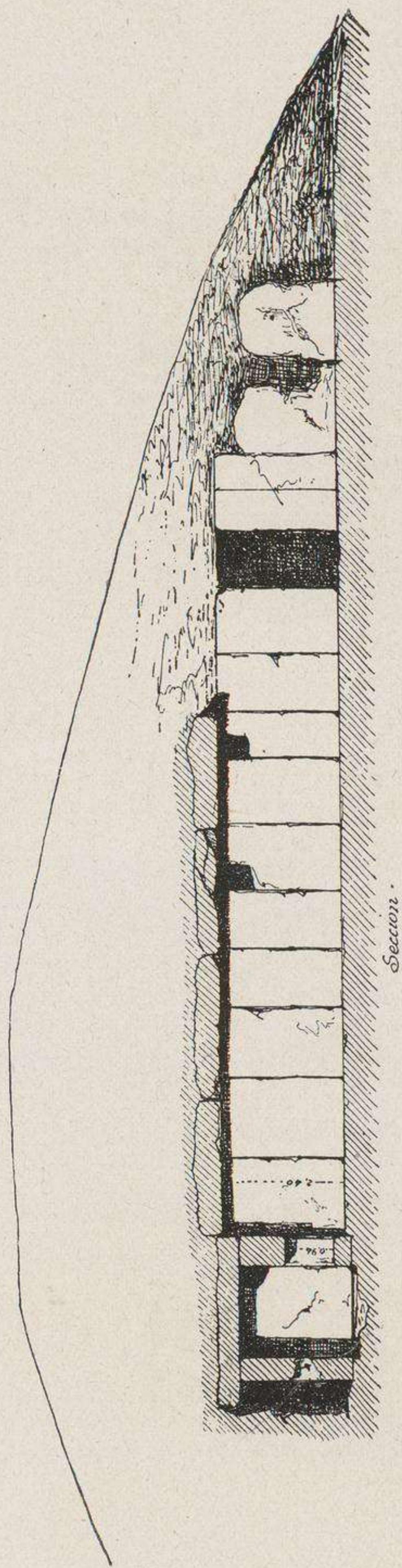
LÁMINA II.—Cuevas prehistóricas de Bocairente (Valencia).





LÁMINA III.—Cuevas prehistóricas de Perales de Tajuña (Madrid).





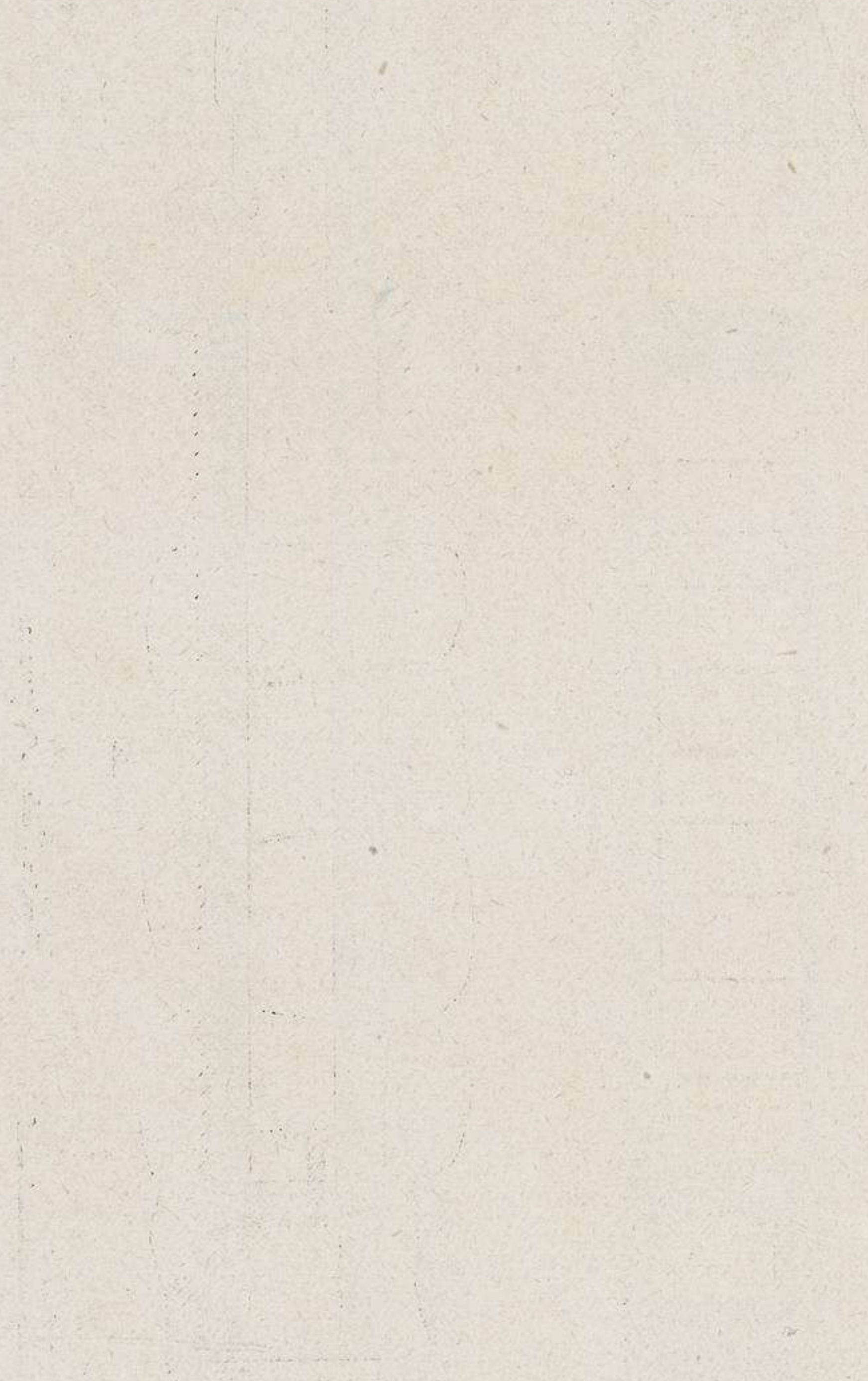
Escala de 00/1 p. m.

Tumba de Antequera

R. V. B.

LÁMINA IV.—Tumba de Antequera.

(Dibujo de D. Ricardo Velázquez Bosco.)



Túmulo del Romeral (Antequera)

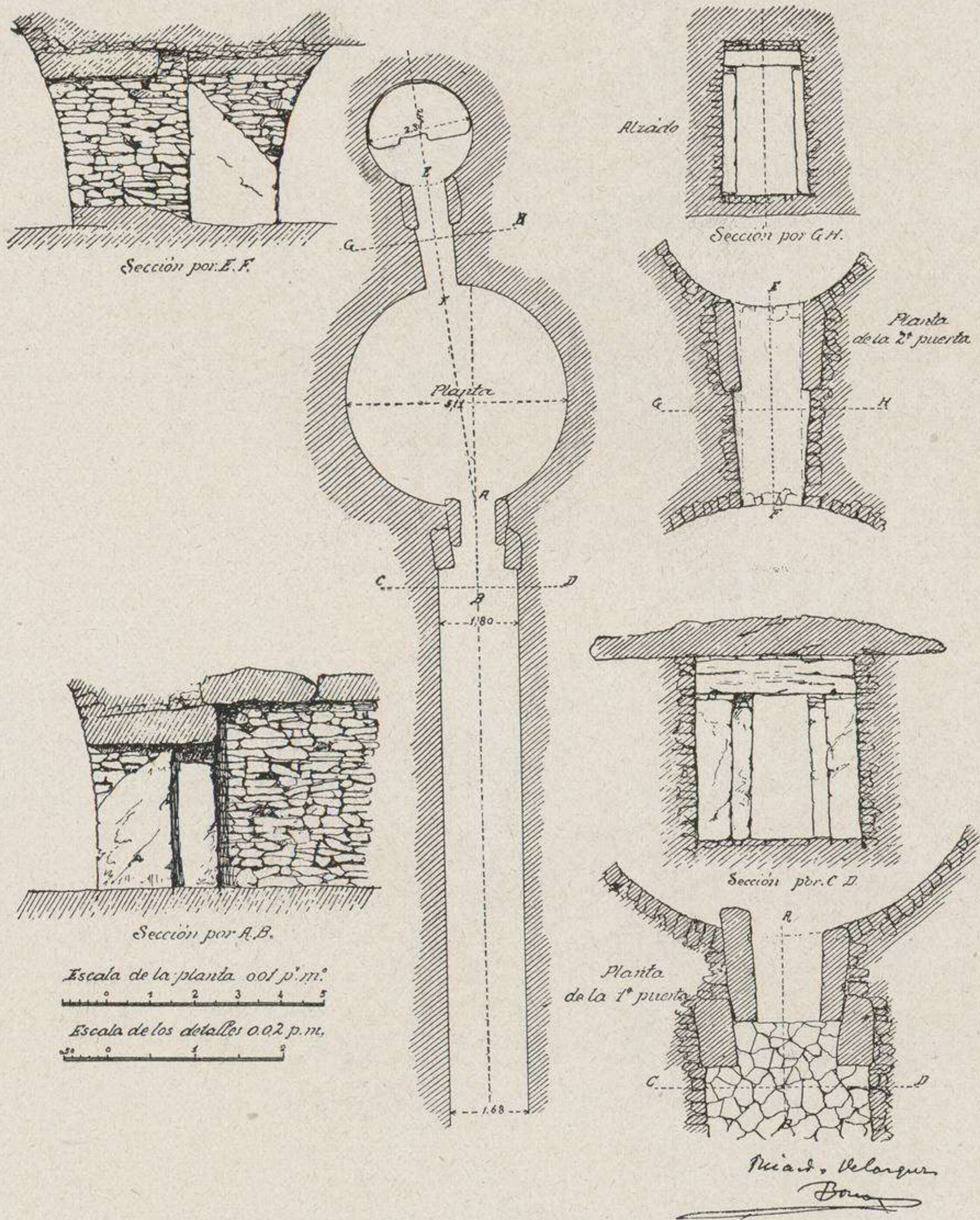
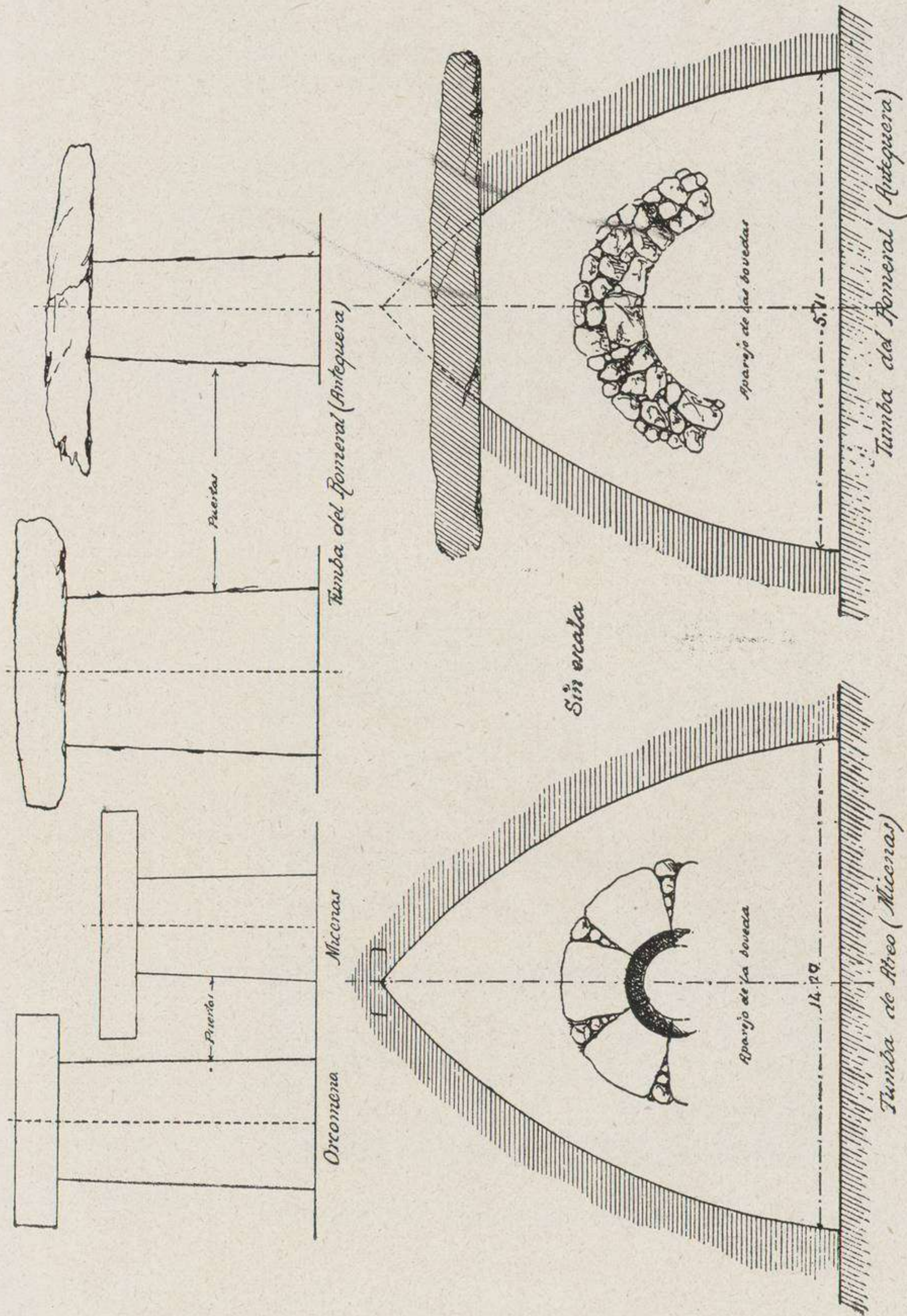


LÁMINA V. —Tumba del Romeral (Antequera).



A. V. D.

LÁMINA VI.—Tumbas griegas y tumba del Romeral (Antequera).

(Dibujo de D. Ricardo Velázquez Bosco.)

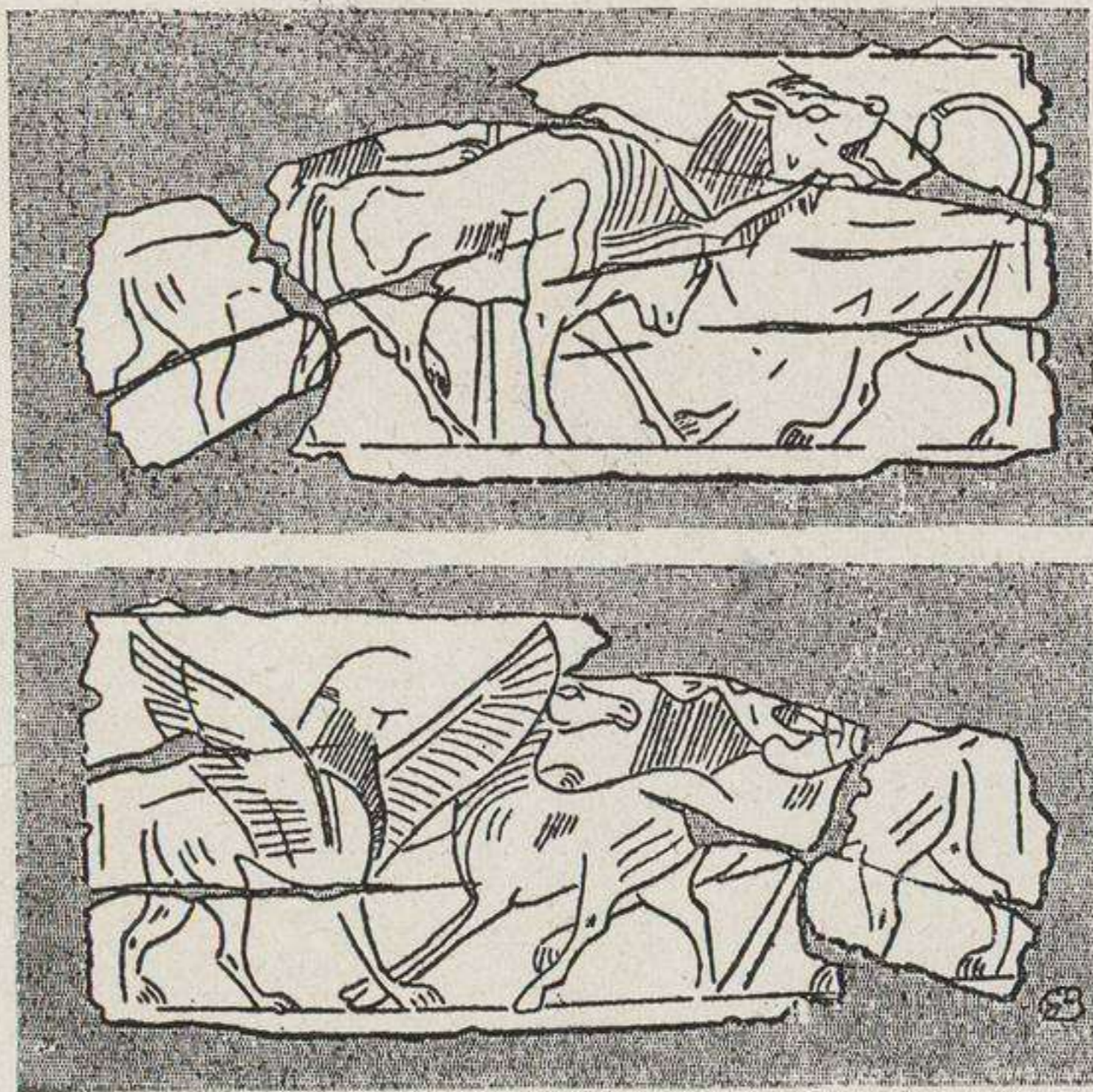


LÁMINA VII.—Marfiles fenicios de Carmona.

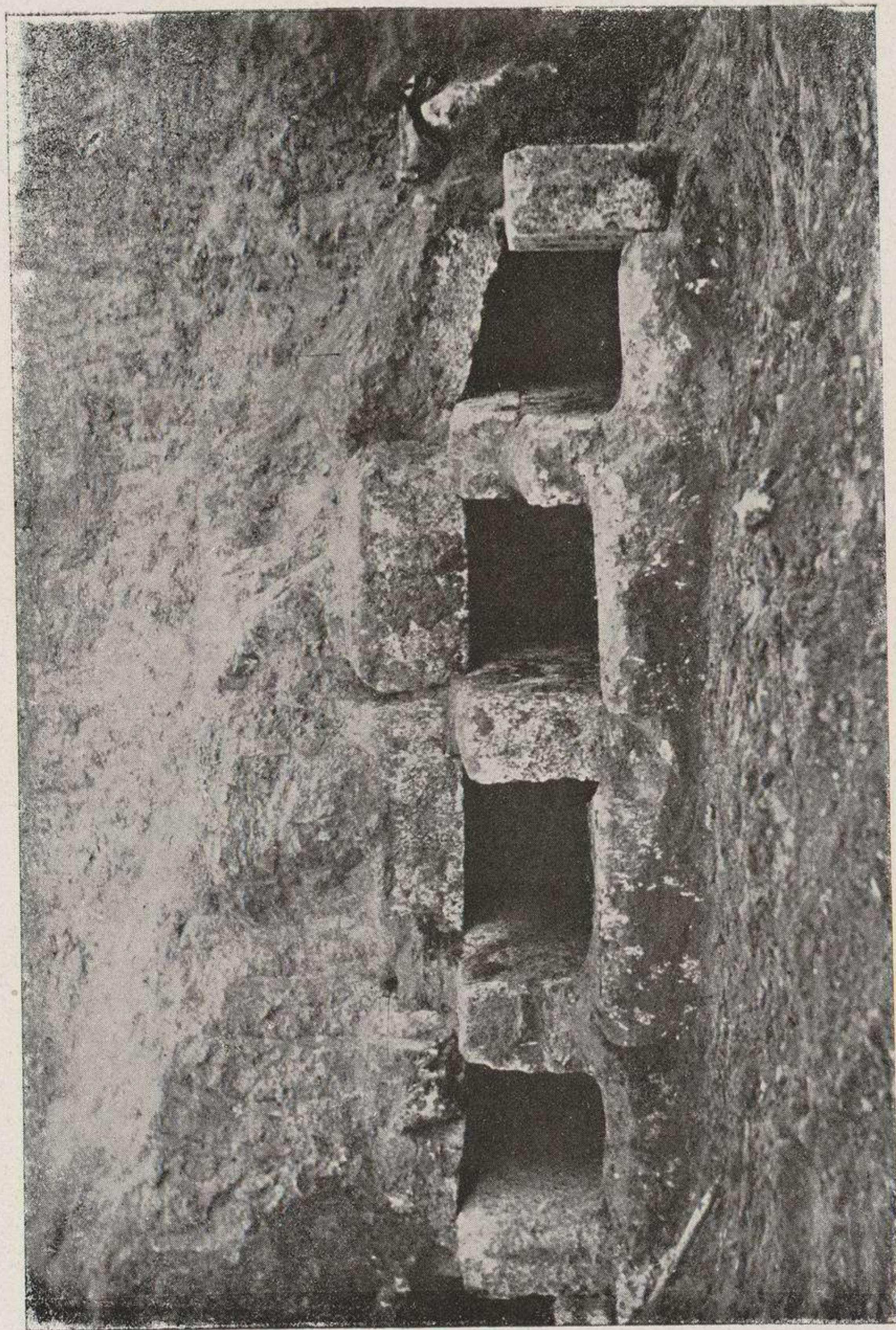


LÁMINA VIII.—Hipogeo fenicio de Cádiz.



Esfinge de Balazote (Albacete).

(Museo Arqueológico Nacional.)



LÁMINA IX.—León de Bocairente (Valencia).

(Museo provincial de Valencia.)



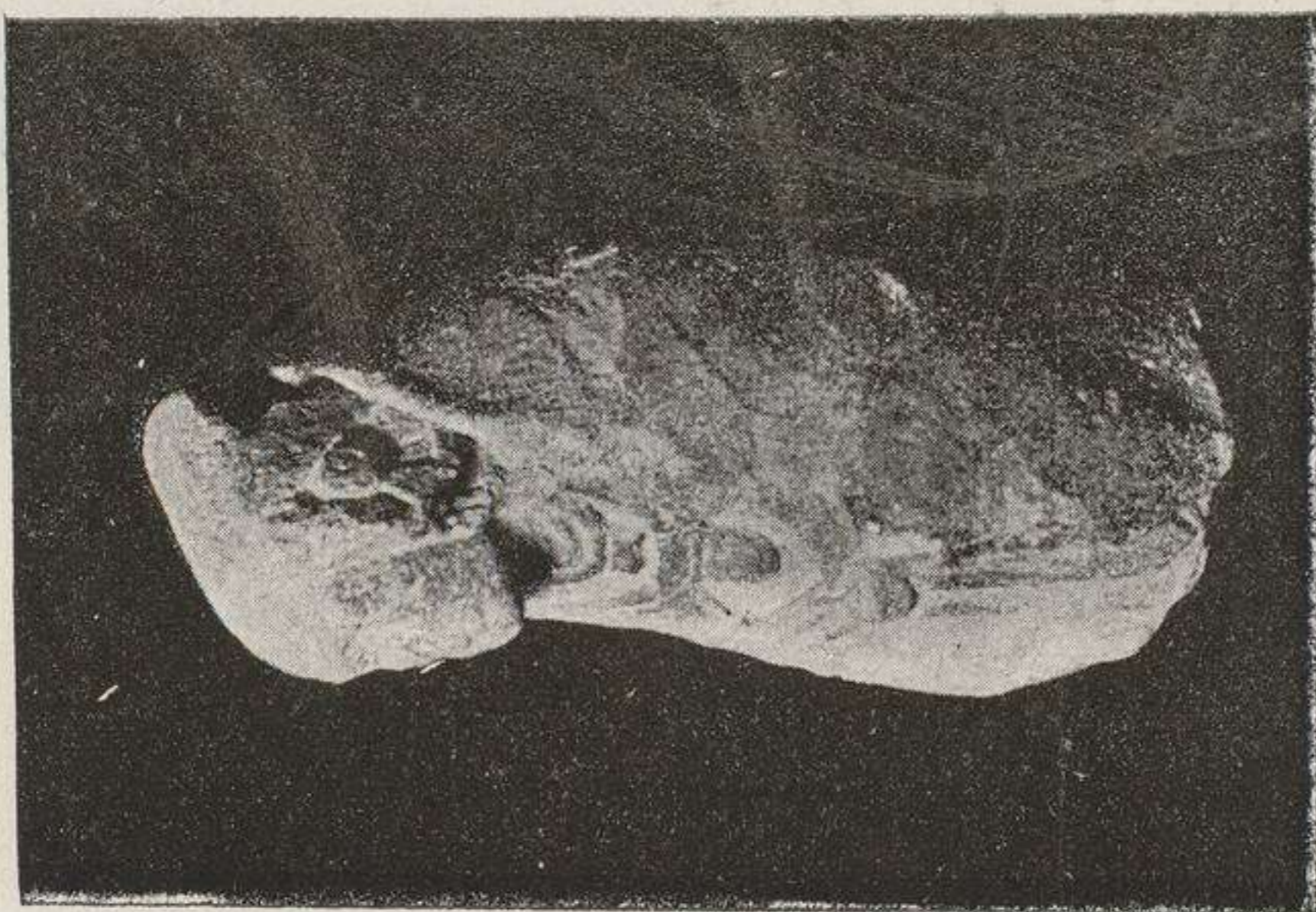
Busto de Elche.

(Museo del Louvre.)



Cabeza bastetana.

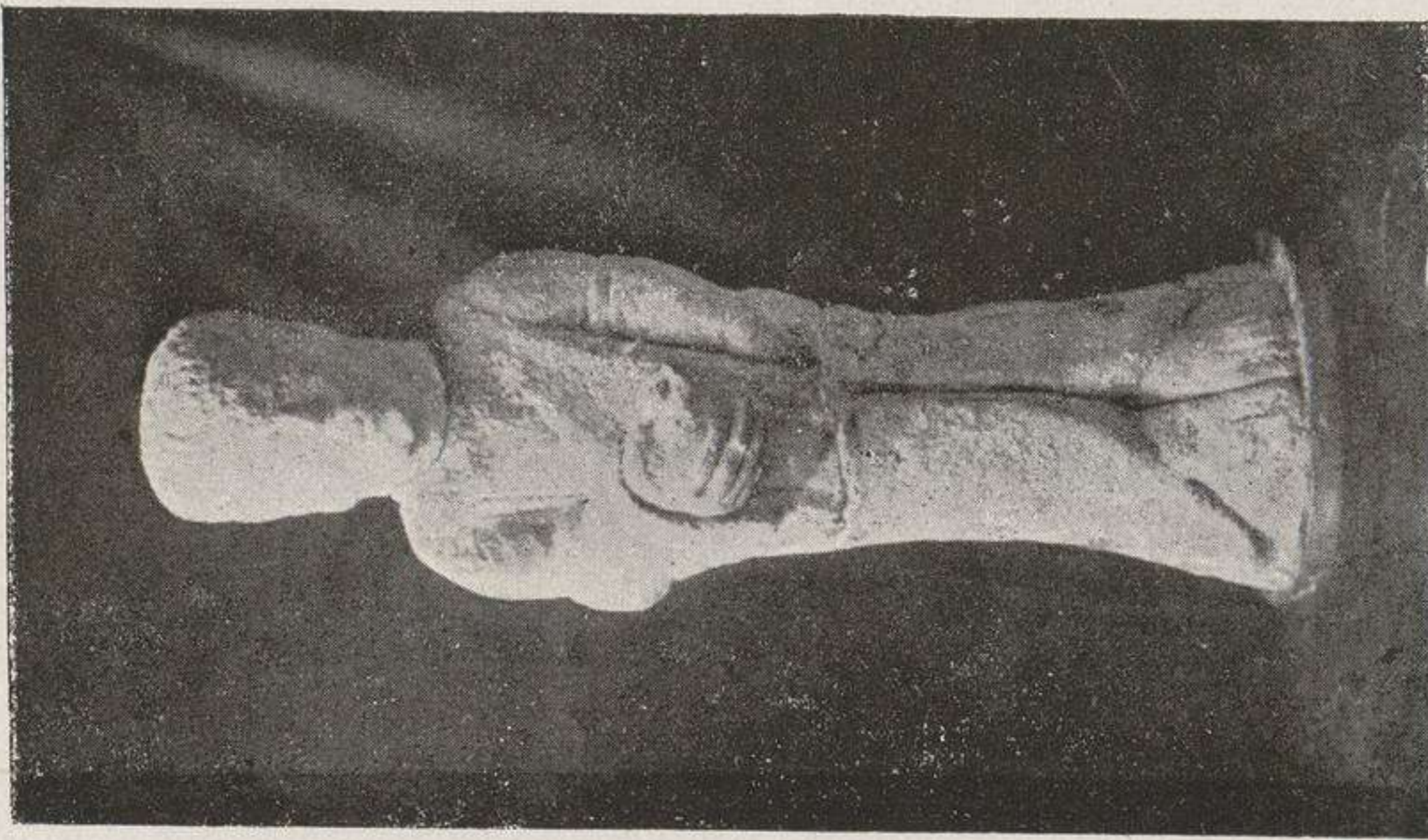
(De propiedad particular.)



Escultura del Cerro de los Santos.

(Museo Arqueológico Nacional.)

LÁMINA X.—Esculturas ibéricas de la región SE.



Estatua varonil del Cerro de los Santos.

(Museo Arqueológico Nacional.)



Cabeza mitrada del Cerro de los Santos.

(Museo Antropológico.)

LÁMINA XI.—Esculturas ibéricas de la región SE.



LÁMINA XII.—Bronces ibéricos de carácter egipcio.

(Colección de D. Antonio Vives.)

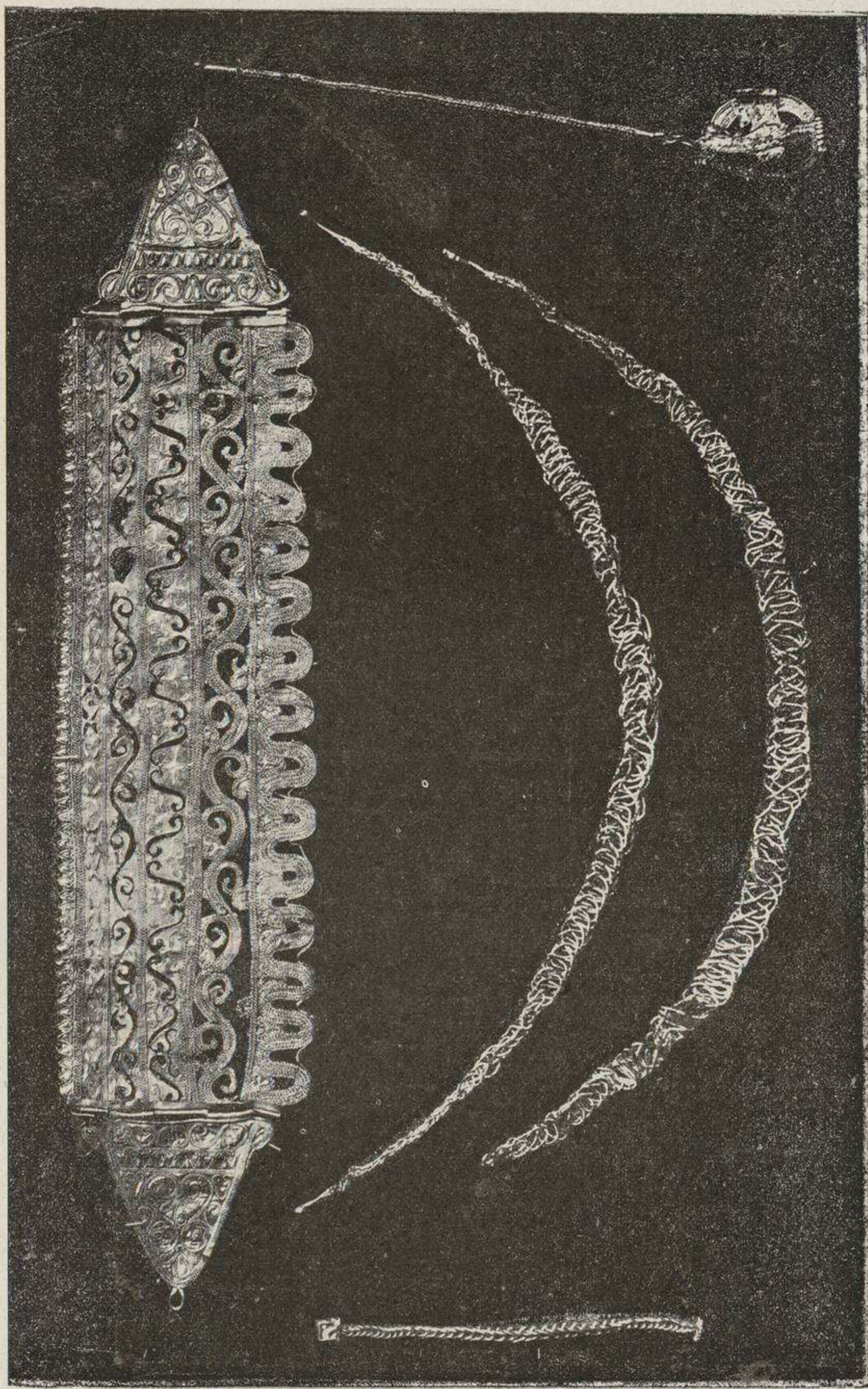
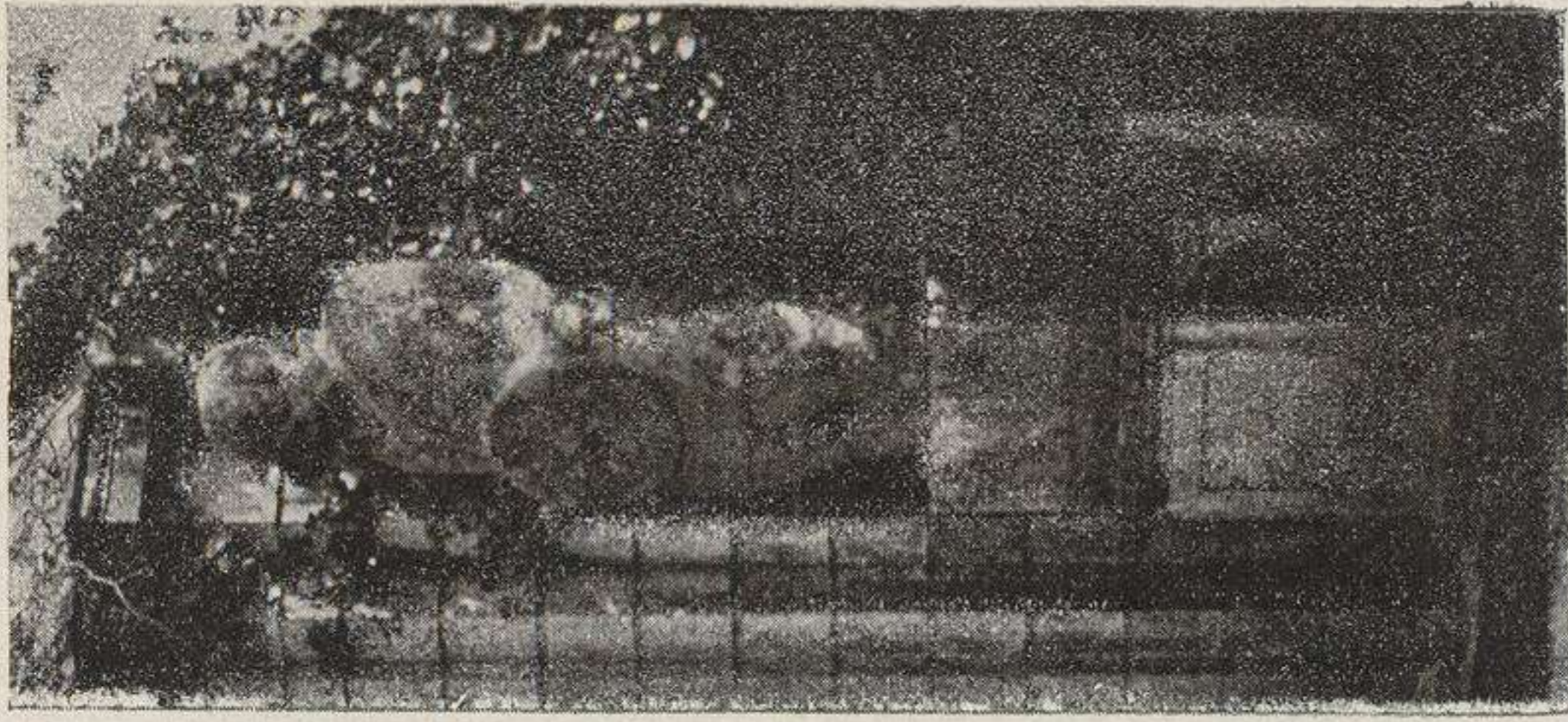
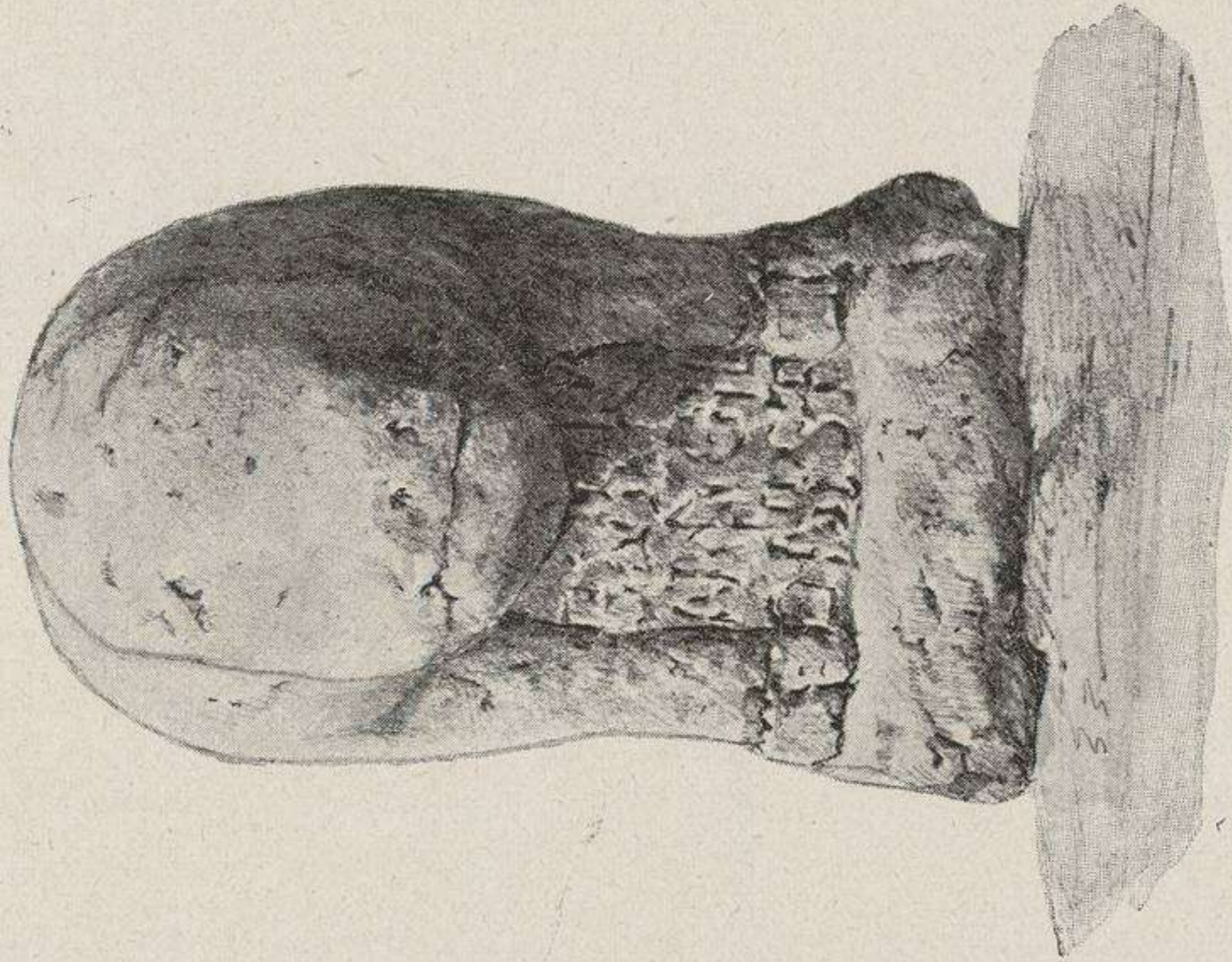


LÁMINA XIII. — Diadema ibérica de oro descubierta en Jávea (Alicante).



Guerrero lusitano.

(Palacio de Ajuda, Lisboa.)



Cerdo ó jabalí de Ávila.

(Cittid: Abr antes.)



Estela romana con relieve ibérico.

(Museo provincial de Burgos)

LÁMINA XIV.—Esculturas sepulcrales ibéricas con epitaafios latinos.

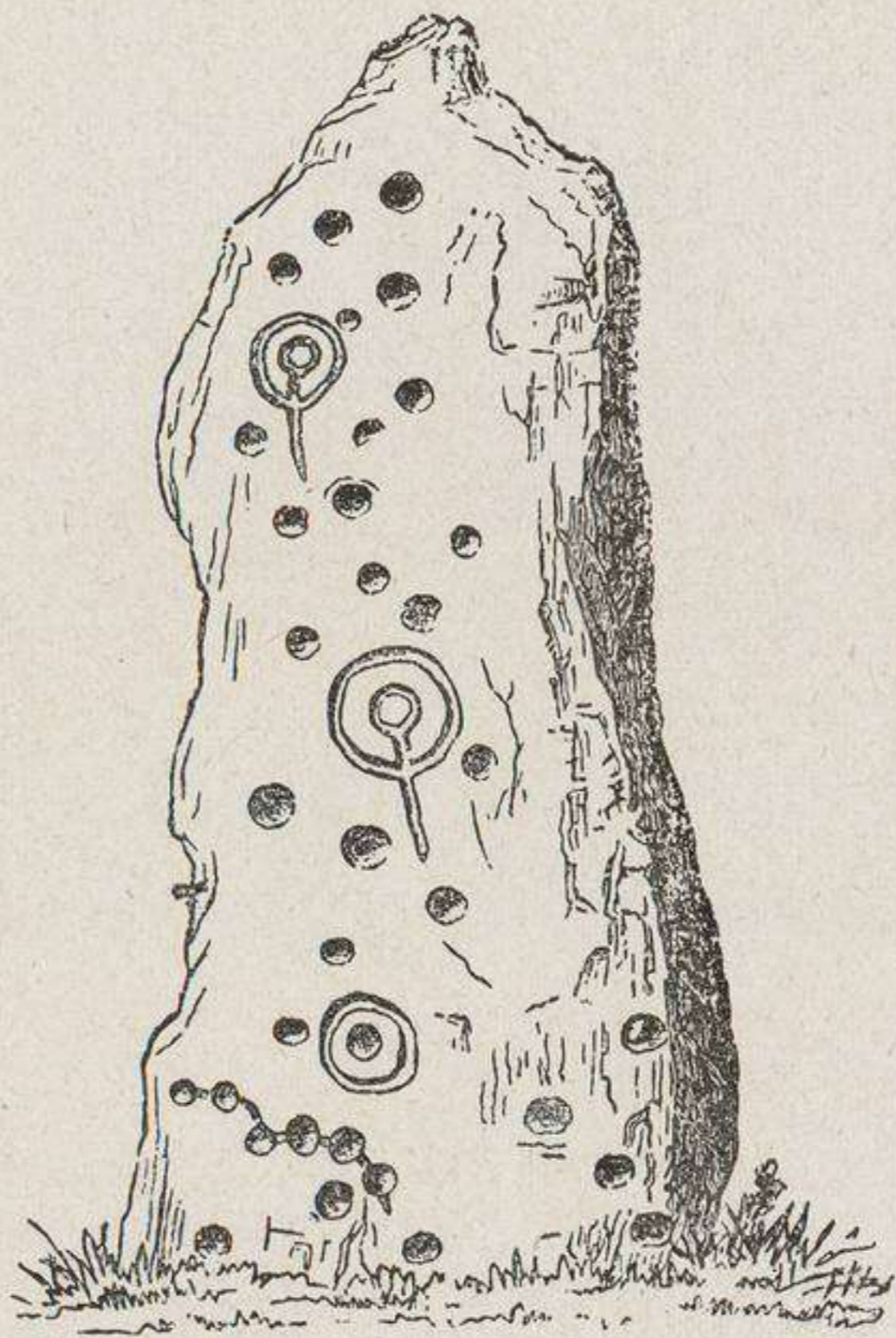
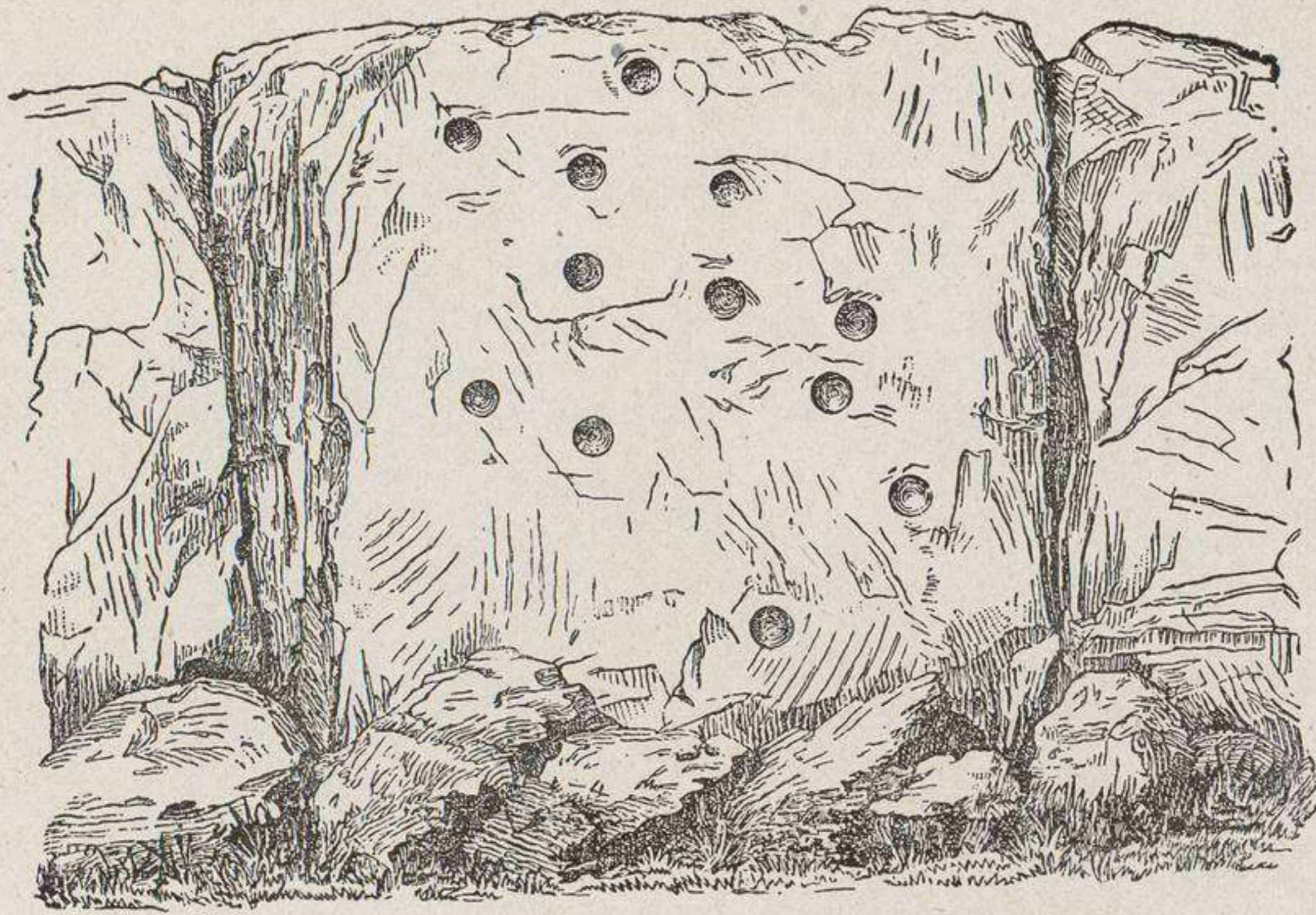


LÁMINA XV.—Escritura hemisférica usada en Escocia.

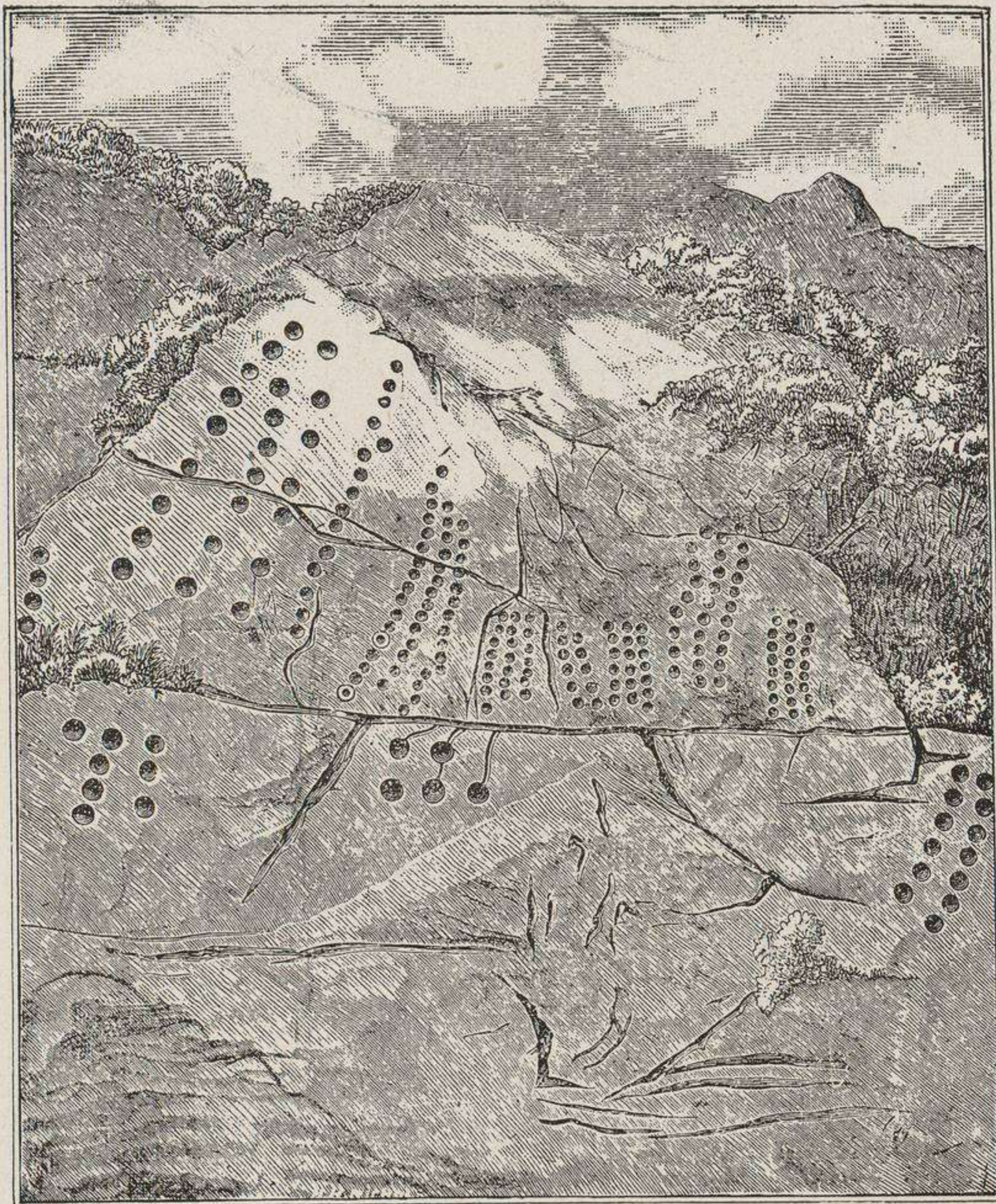


LÁMINA XVI.—Escritura hemisférica en una peña de Cumaón (India).

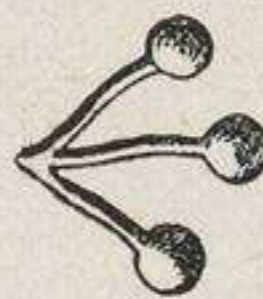
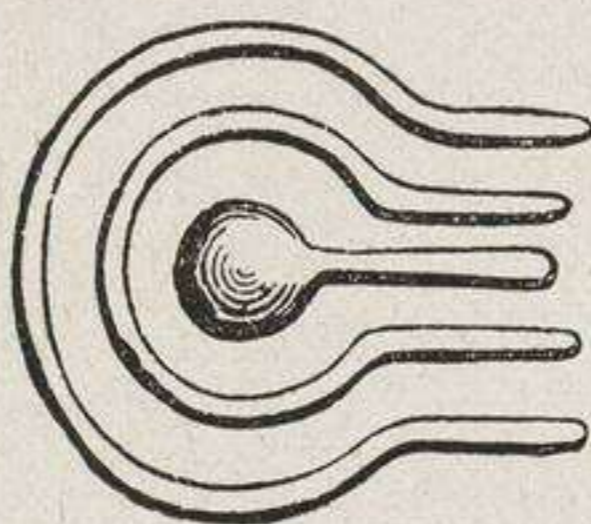
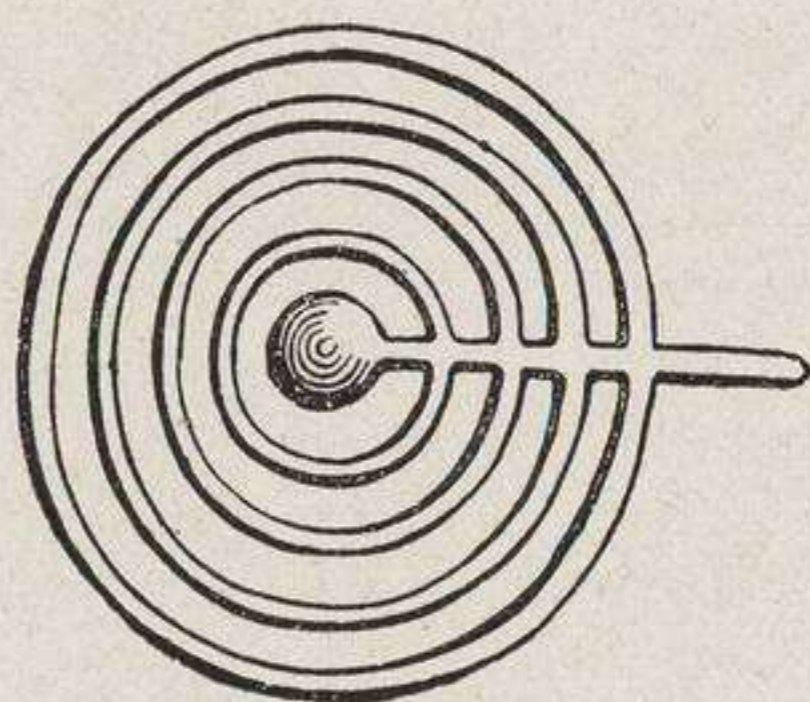
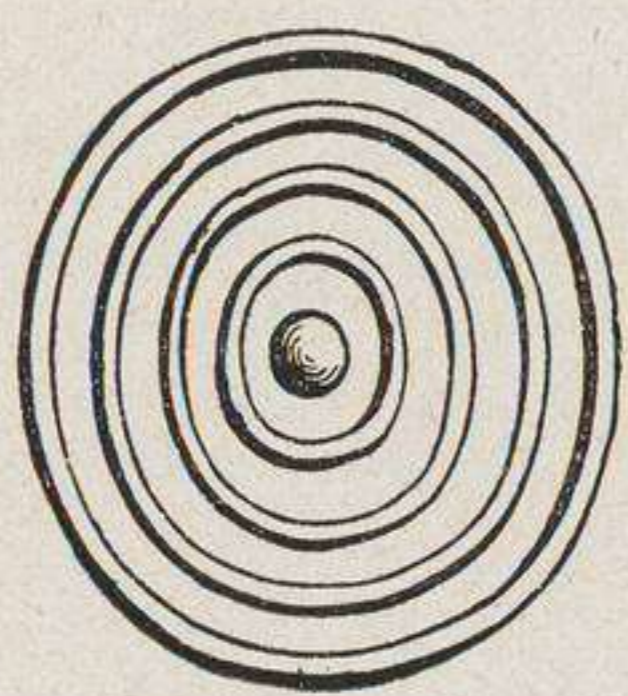


LÁMINA XVII.—Tipos de escritura hemisférica usuales en Europa.

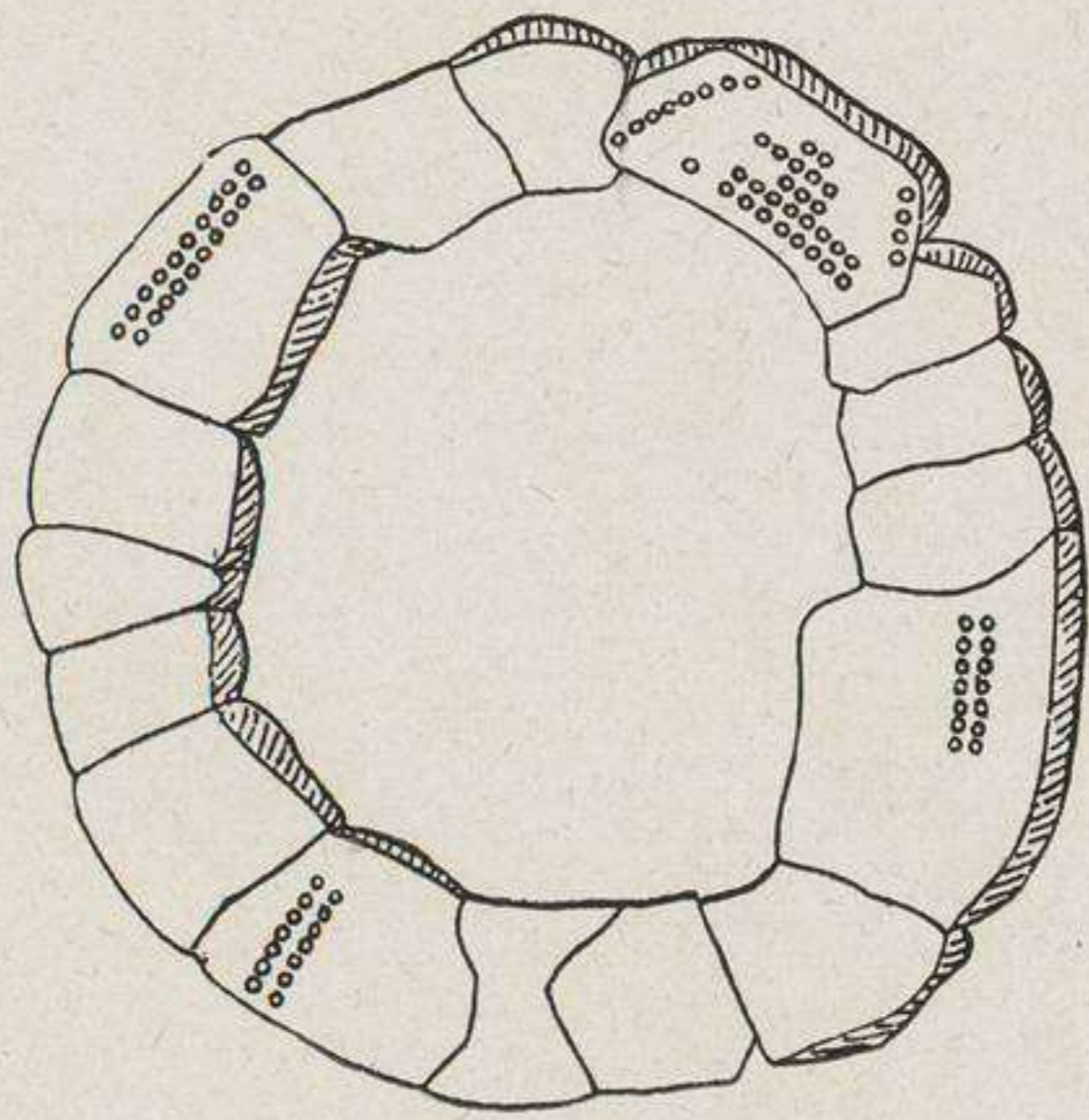
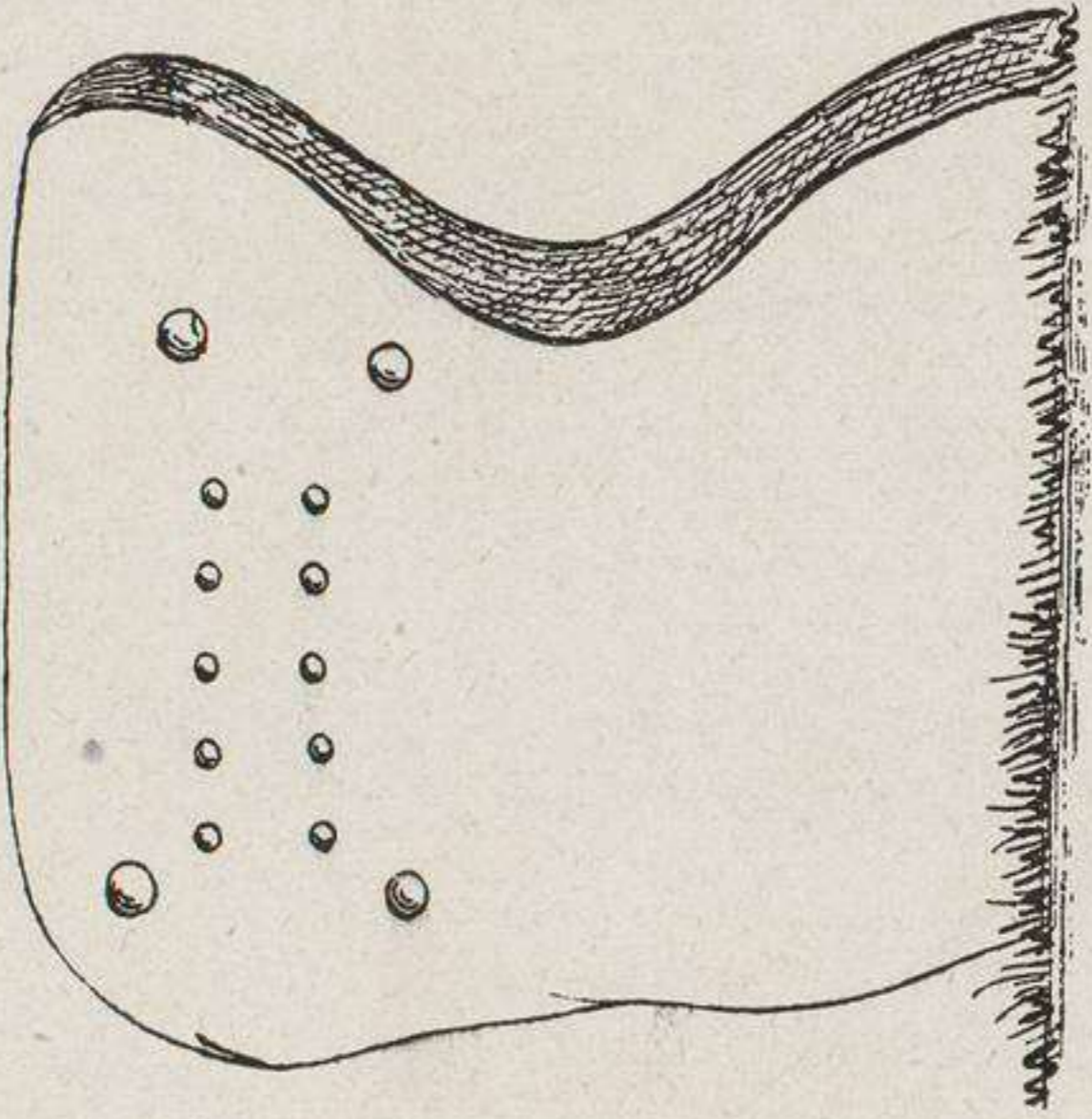


LÁMINA XVIII.—Escritura hemisférica en los túmulos de Nagpûr (India).

FORNITURA PER LE SCUOLE (L. 10)

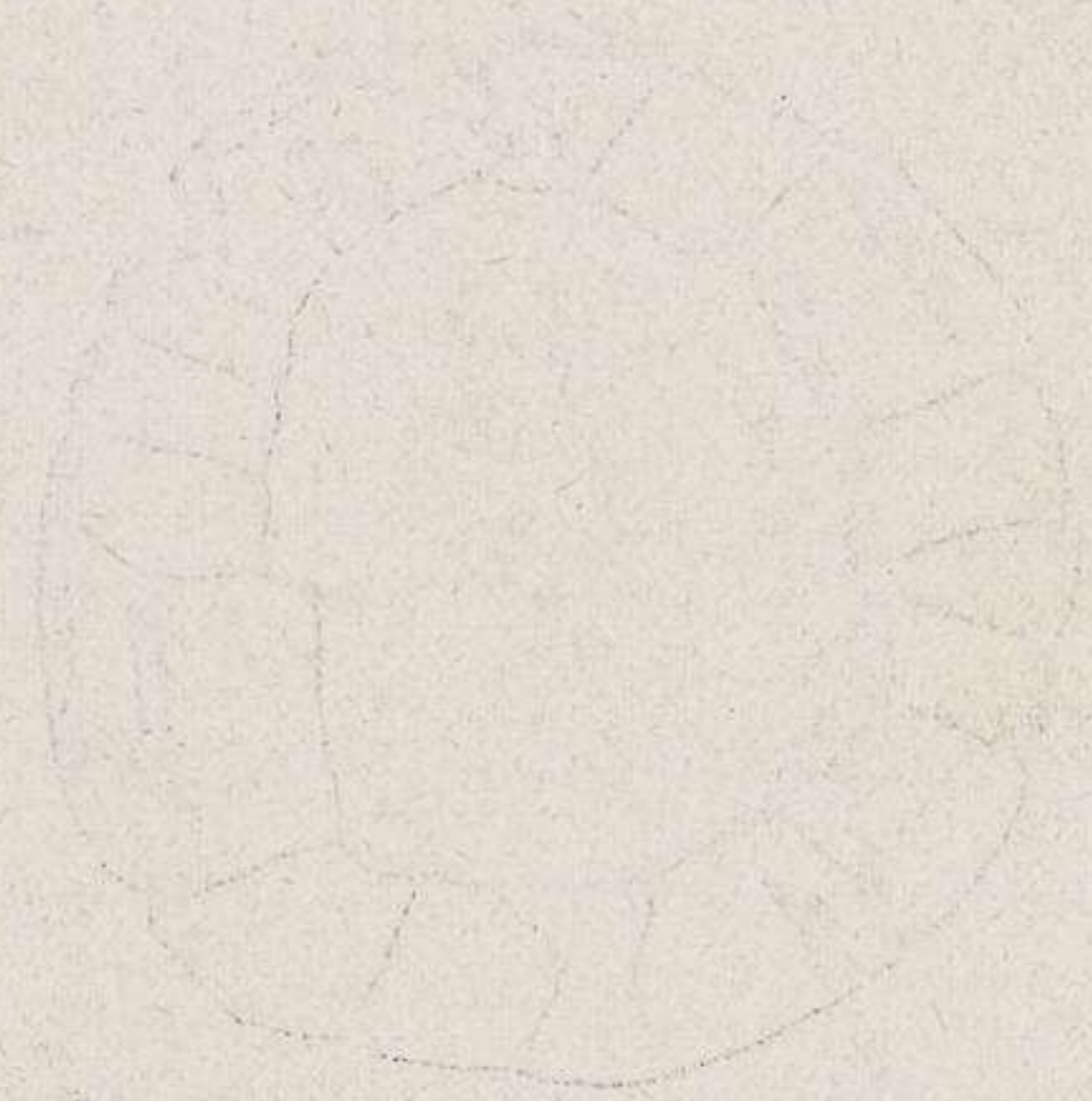




LÁMINA XIX.—Inscripción ibérica de Asturias.

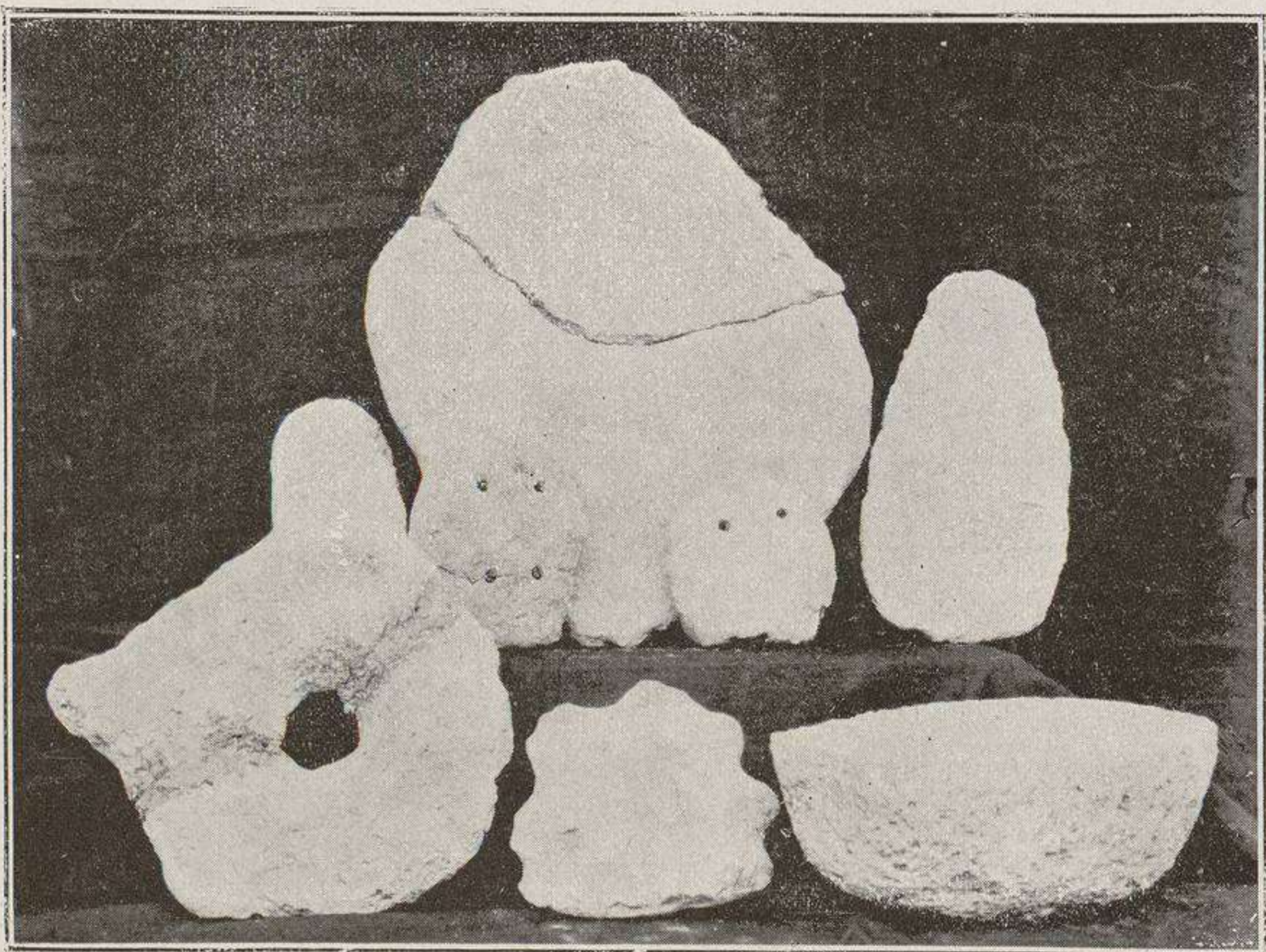
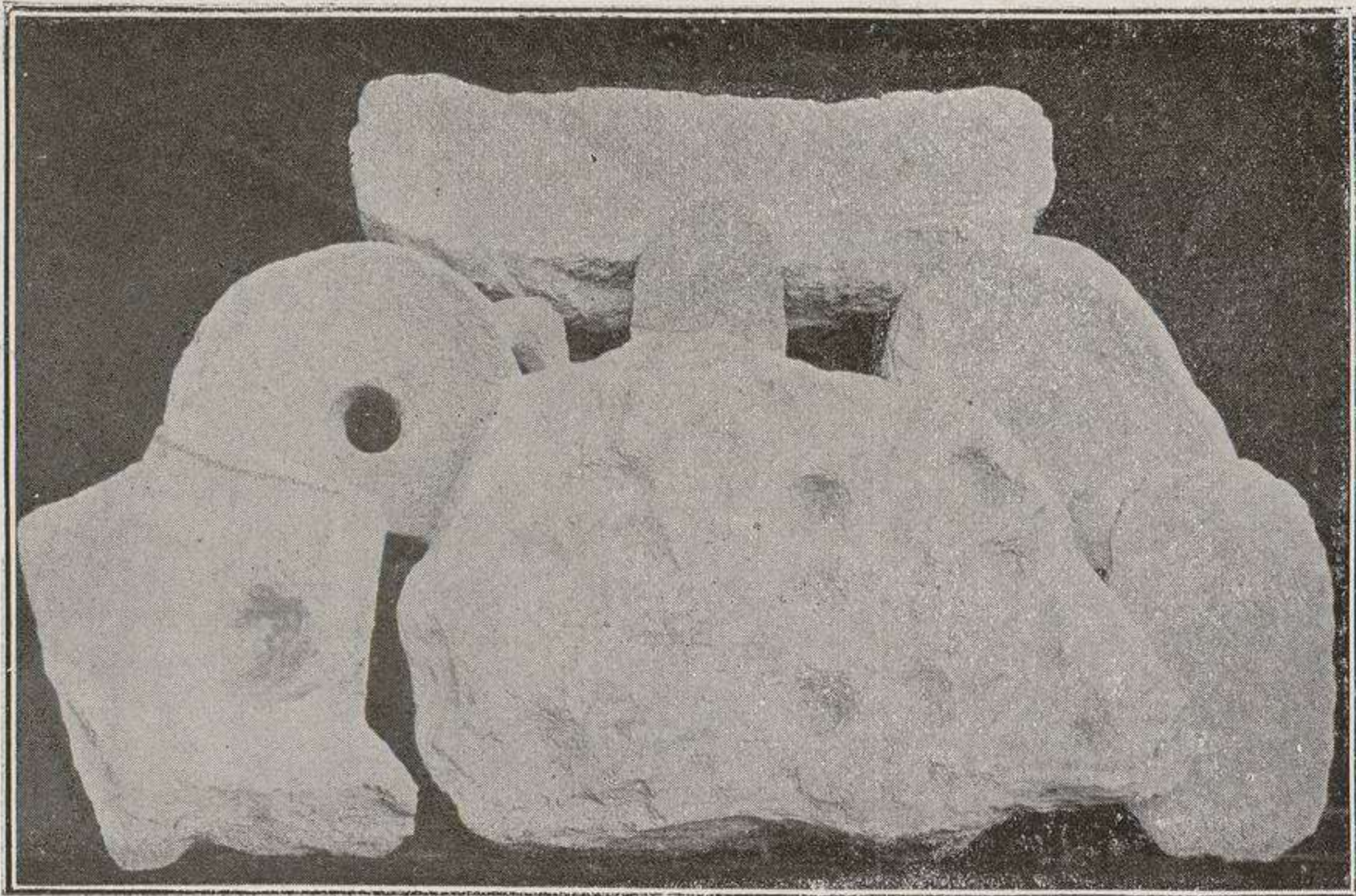


LÁMINA XX.—Tipos de escritura hemisférica en Orihuela,

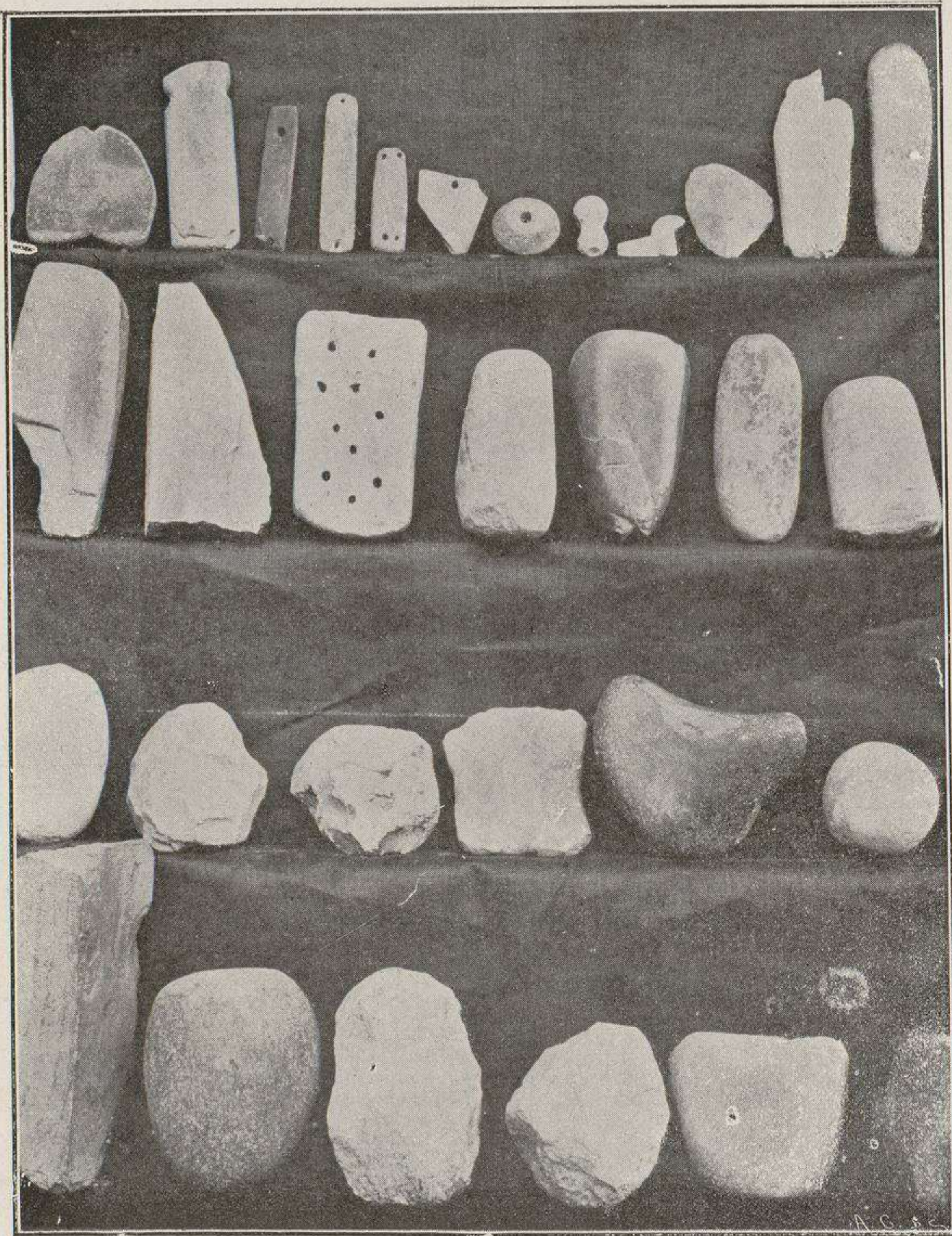


LÁMINA XXI.—Tipos de escritura hemisférica en Orihuela.

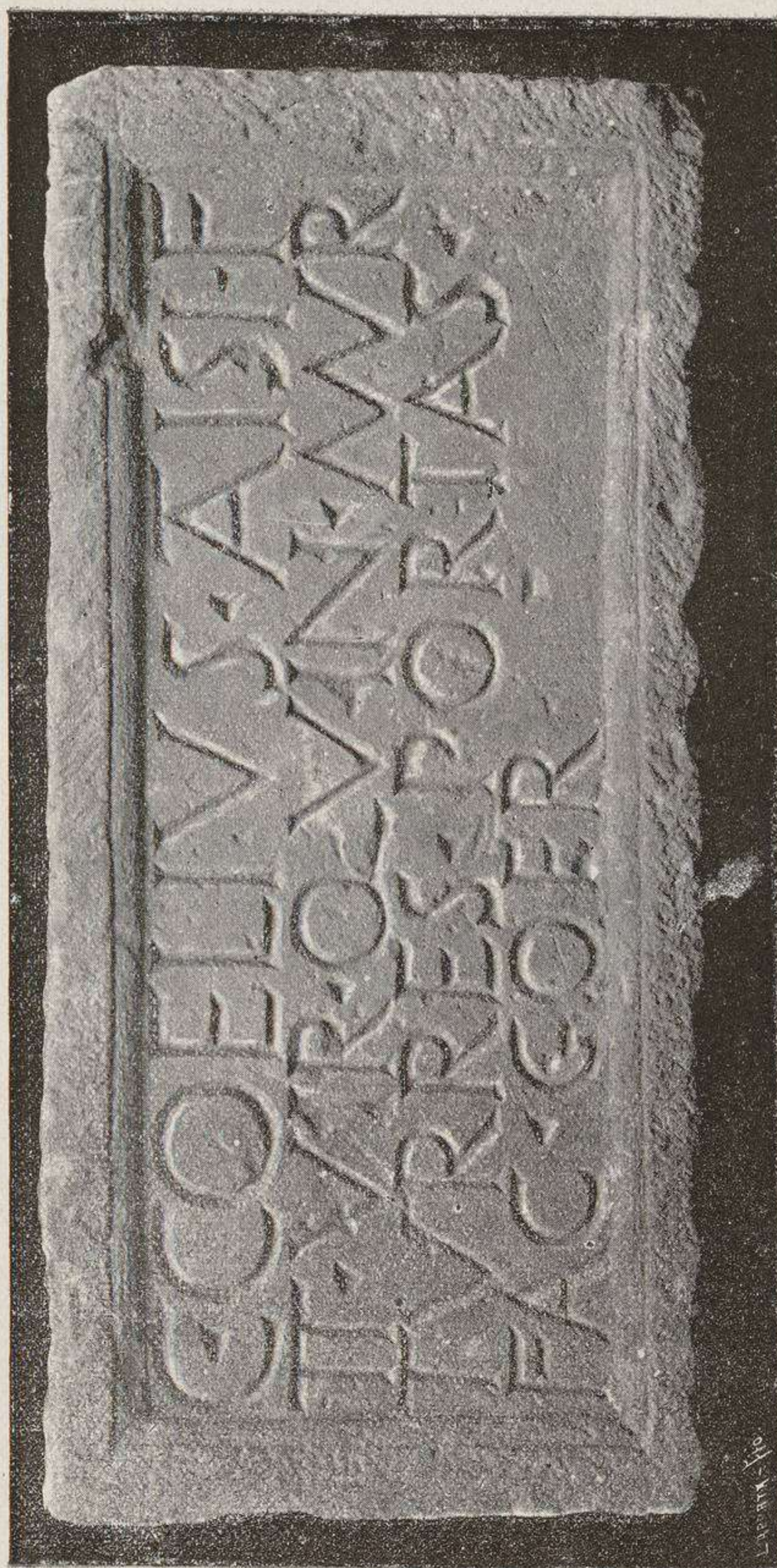


LÁMINA XXII.—Lápida histórica de las murallas romanas de Barcelona.

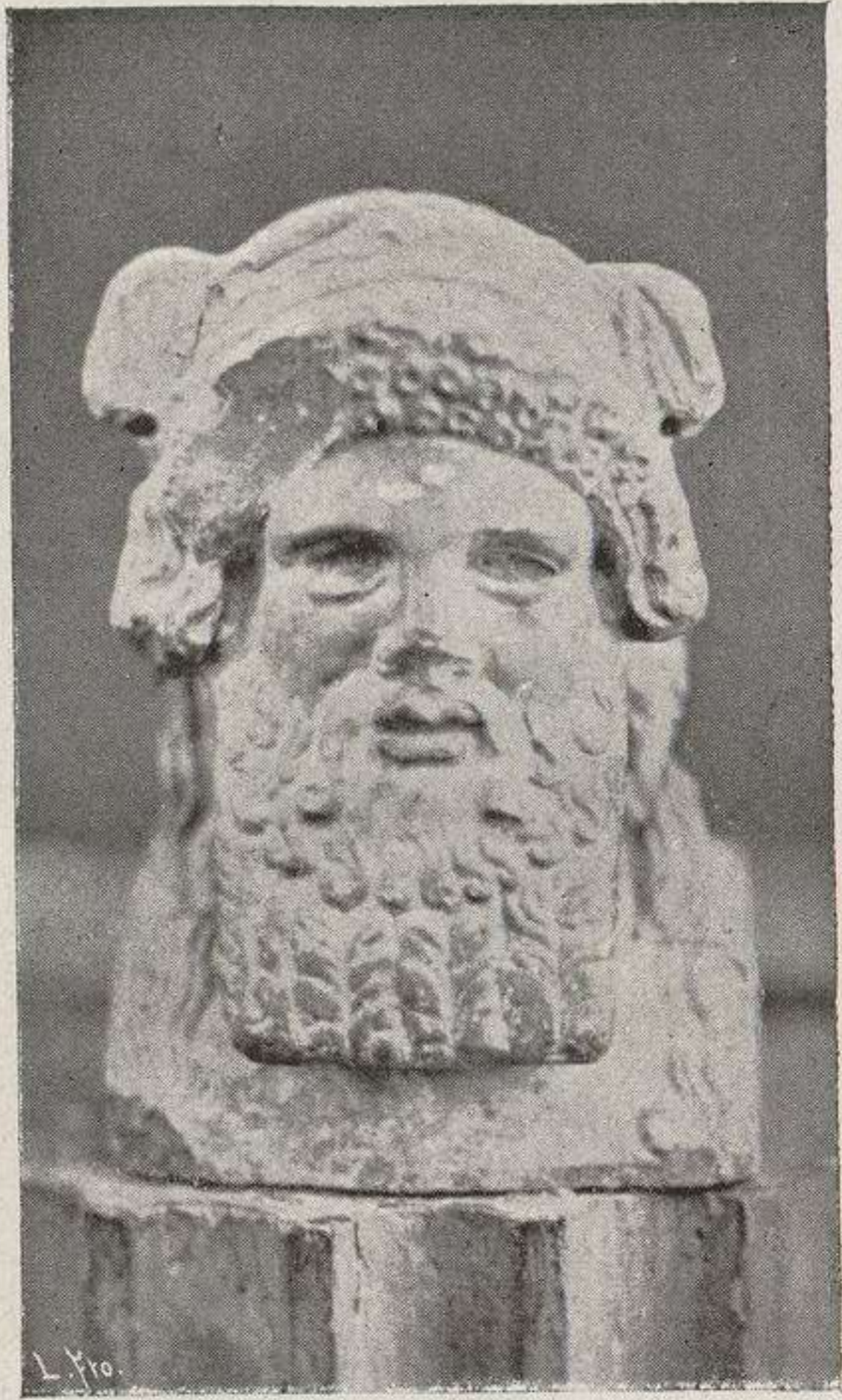
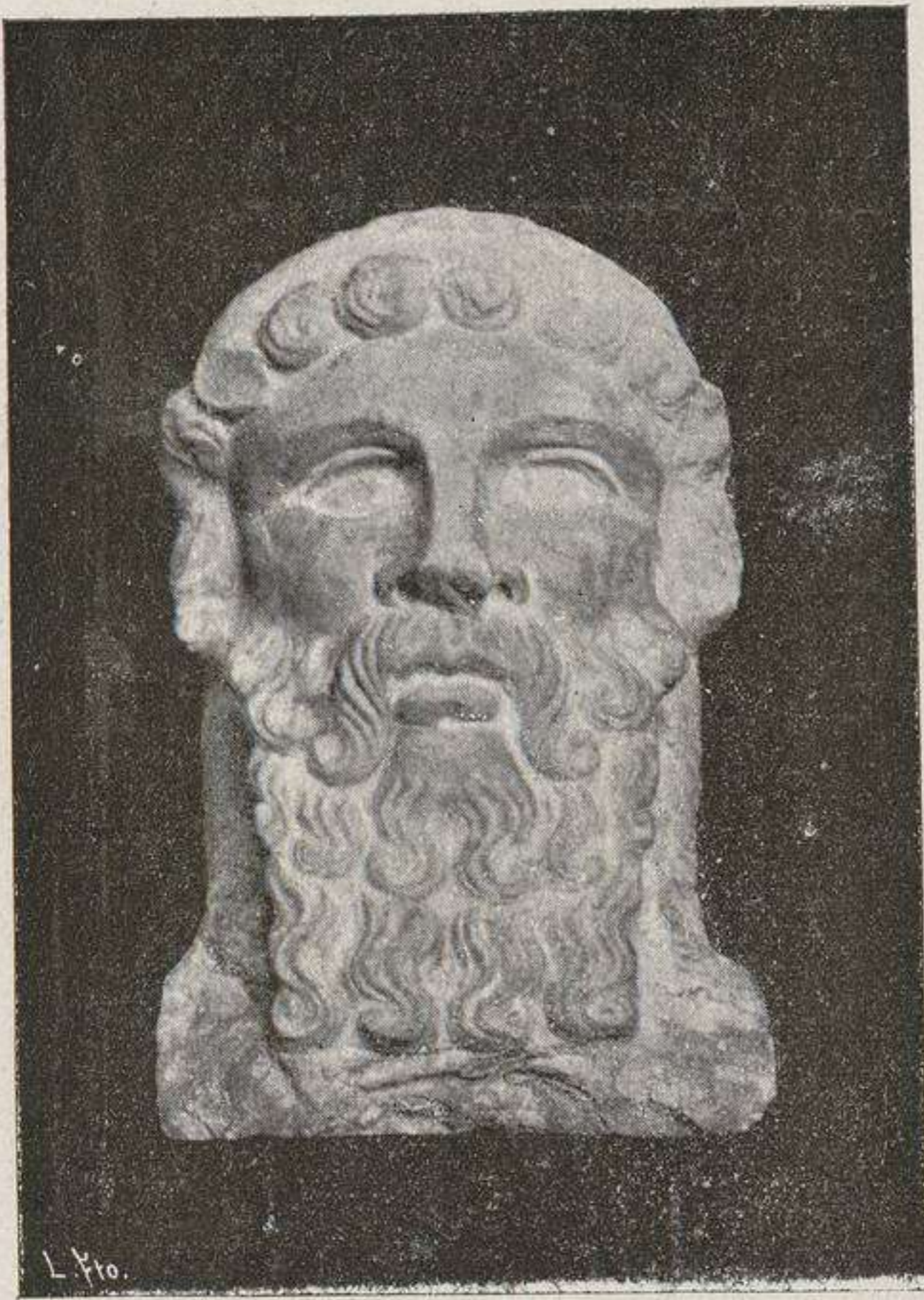


LÁMINA XXIII.—Bustos de mármol hallados en Cartagena.



LÁMINA XXIV.—Busto de Palas Atenea en Denia.



LÁMINA XXV.—Busto de Palas Atenea en Denia.



LÁMINA XXVI.—Ara del dios Airón, hallada en Uclés.



LÁMINA XXVII. —Inscripción que determina la situación de *Segóbriga*
en Cabeza del Griego.



LÁMINA XXVIII.—Estatua de mujer, descubierta en las ruinas romanas de Iruña, provincia de Alava.

INDICE DE LAMINAS

- I.—Pinturas prehistóricas de la cueva de Hornos de la Peña (Santander).
- II.—Cuevas prehistóricas de Bocairente (Valencia).
- III.—Cuevas prehistóricas de Perales de Tajuña (Madrid).
- IV.—Tumba de Antequera.
- V.—Tumba del Romeral (Antequera).
- VI.—Tumbas griegas y tumba del Romeral (Antequera).
- VII.—Marfiles fenicios de Carmona.
- VIII.—Hipogeo fenicio de Cádiz.
- IX.—Esfinge de Balazote (Albacete) y león de Bocairente (Valencia).
- X.—Esculturas ibéricas de la región SE.
- XI.—Esculturas ibéricas de la región SE.
- XII.—Bronces ibéricos de carácter egipcio.
- XIII.—Diadema ibérica de oro descubierta en Jávea (Alicante).
- XIV.—Esculturas sepulcrales con epitafios latinos.
- XV.—Escritura hemisférica usada en Escocia.
- XVI.—Escritura hemisférica en una peña de Cumaón (India).
- XVII.—Tipos de escritura hemisférica usuales en Europa.
- XVIII.—Escritura hemisférica en los túmulos de Nagpúr (India).
- XIX.—Inscripción ibérica de Asturias.
- XX.—Tipos de escritura hemisférica en Orihuela.
- XXI.—Tipos de escritura hemisférica en Orihuela.
- XXII.—Lápida histórica de las murallas romanas de Barcelona.
- XXIII.—Bustos de mármol hallados en Cartagena.
- XXIV.—Busto de Palas Atenea en Denia.
- XXV.—Busto de Palas Atenea en Denia.
- XXVI.—Ara del dios Airón, hallada en Uclés.
- XXVII.—Inscripción que determina la situación de *Segóbriga* en Cabeza del Griego.
- XXVIII.—Estatua de mujer, descubierta en las ruínas romanas de Iruña, provincia de Alava.

DI
A
A
E

DP

RAMON

MELIDA

DISCURSOS

ANTE LA

ACADEMIA

DE LA

HISTORIA

OP022

Ministerio de